



P I L A R S A L A M A N C A
LOS AÑOS
EQUIVOCADOS



XIII PREMIO
DE NOVELA
CIVIDAD DE
SALAMANCA

algaida

LOS AÑOS EQUIVOCADOS

These things are over, and no more mine
A. C. Swinburne

Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa
mejor.
Beckett

NOTA DE LA AUTORA

*Debo manifestar que **Los Años Equivocados** no es una crónica histórica y, mucho menos, una biografía. Se trata, simplemente, de una novela. La acción sigue, a veces con precisión y otras muy alejada de ella, la vida y trabajos de un periodista en distintos lugares del mundo. A pesar de que en el texto se han intercalado fragmentos ya publicados de noticias reales, todos los personajes, incluido **Q.**, el protagonista, podrían haber sido yo misma sin llegar a serlo realmente.*

P.S

Podía atrapar –habéis de saberlo – los ojos de todas las noches, como aquel campesino de la parte de los montes de Somiedo las truchas bajo la hierba y, cuando digo ojos, incluyo todo lo demás, la mirada, la boca, la imaginación, para hacerse un macuto de viaje con la voluntad de sus amantes y también la de sus amigos, cercanos o no, y deslizarla entre sus dedos como plumas estilográficas que goteasen tinta azul, tan azul como la aristocrática sangre de sus venas. Solía, a veces, mirar inmóvil, con los ojos casi cerrados, plegarse las crisis de un país en el peor brete de su trayectoria, volverse del revés la vida de los unos con respecto a la de los otros, todos esos complicados juegos de los años equivocados. Y luego estaba su trabajo, porque él vivía y escribía pero yo no sabría decir en que se distinguía lo uno de lo otro, de su titubear gallego: estremecerse, vacilar, precipitarse en la trampa de los estrechos y después ceder bajo el yugo de la fiesta del vivir como cuando, periodista sin acreditaciones, mordisqueaba el largo muslo de España en La Patena, su sección parlamentaria. En la maravillosa gelatina de sus ojos se gravó para siempre la gestación humeante de lo que otros llamaron la transición y él, bueno, dejó apenas en fiesta nacional poblada de un aquelarre de toreros y milicos con la raya del pelo sostenida a base de cal viva. Él, por supuesto, se reía amablemente del cotarro pero en el fondo le gustaban otras cosas: desiertos como los de Eritrea, lugares como el Sahara y los ligues y coqueterías gigantescas que todo ese exotismo traía consigo, rizados de información, hoyuelos de aventuras africanas e inesperados regresos. Las circunstancias, bien lo sabeis, escupen pedazos de sarro – amargo pero sobre todo chisporroteante – sobre el que nosotros edificamos la vida, nuestros castillos de naipes. Para él fue otra cosa, él jugó a ganar - ¡como si pudiera! - y atravesó esos años equivocados que le tocaron en suerte con

somnolientos ojos abiertos, sin pestañear nunca, el esqueleto del capitán Ajab, vigilando.

Luego desapareció.

Pero ¡ojalá no se trague su recuerdo la ballena del tiempo! ¡Ojalá, no se pierda su memoria en el túnel de algas de su estómago, sino que resurja en las palabras de sus víctimas y amantes, él, mi amigo, tras haber sido arponeada su muerte predadora, abierta en canal sobre el puente de estas páginas!

ÍNDICE

Uno: Era diferente, entonces.

Dos: La penúltima vez.

Tres: raíz sorda.

Cuatro: Cierta vez, El Cosmos.

Cinco: Eritrea, mon amour.

Seis: La estirpe de los negusa nagast.

Siete: Abiye.

Ocho: No teníamos nada mejor que hacer.

Nueve: Sólo la tierra es oscura.

Diez: este mundo tan diverso.

Once: Faltan hombres, dice.

Doce: una sinceridad relativa.

Trece: Ritos de paso.

Catorce: Al otro lado del agua.

Quince: Agonía en el limbo.

Uno: Era diferente, entonces.

Me contaron que aterrizó a finales de septiembre en el Aeropuerto Internacional Jorge Chávez de Lima justo antes del amanecer. Al parecer, tras sobrevolar la costa de Perú, el avión incrementó la velocidad de modo que todavía estaba oscuro cuando él, entre los demás pasajeros, puso el pie en tierra.

Al salir de la terminal, después de recoger los equipajes, había amanecido. Hora de todos los muertos, solía decir.

Y yo,

¿Por qué?

Porque después de luchar por sus vidas, a lo largo y a lo ancho de toda la noche, los moribundos caen rendidos y, en lugar de dormir, se mueren.

Dejó que examinaran su pasaporte. A continuación, una joven funcionaria se le acercó y después de dar unos pasos a su alrededor, le obligó a pasar por la garita. Me contaron que ya entonces empezaba a sentirse mal, con cierta confusión mental y algunas dificultades de equilibrio y coordinación que él mismo fue el primero en atribuir al mal de altura y también, cómo

no, a la terrible jaqueca que venía padeciendo desde un par de días antes de salir de Madrid.

Pero no es eso lo que quería contar. Ahora que tengo tantas cosas que hacer pero ninguna prisa. Ahora que todavía es de noche y entre las cortinas se filtra la pálida luz, el único ruido callejero es el maullido de un gato viejo y los camiones de basura aún no han comenzado su rutinaria tarea. Ahora que él no está tumbado a mi lado, espalda contra espalda y que ni siquiera puedo ver su rostro en la absurda oscuridad de mi memoria, recuerdo sin embargo el suave oleaje de su respiración, el mapa de su cuerpo, las largas ceremonias de nuestras noches. Y me quedo quieta, esperando la visitación de su memoria. Su rostro ocupa la oscuridad y borra todo lo que toca. Me ha llevado años alcanzar esta quietud. Incluso ahora, que me estoy desmoronando, sé que nunca volveré a sentir esta nostalgia pura. La noche es un cristal.

Era diferente entonces

Después de hacer el amor, se me dormía como quién se sumerge en el fondo de un pozo sin salida y allí permanece, desaparecido, hasta las del alba. En mi caso el proceso resultaba siempre más difícil, luchando siempre con las olas por miedo a verme arrastrada a la mar alta y a quedarme sin orillas, luchando, luchando siempre con los ojos abiertos para no dejarme ir. De vez en cuando, alguna noche que volvíamos con un vino de más, me despertaban las pesadillas. Entonces él tenía que soplarme los párpados para apartar las telarañas de mis miedos como quien sopla una vela antes de apagarla. Luego, con labios somnolientos yo le contaba lo del tren "...el último y me dejaba tirada"o "la bruja de siempre, esa, ya sabes, que me agarra". Purgada mi inconsciencia me volvía a dormir mientras él se daba la vuelta y encajaba su cuerpo en el tibio zig-zag del mío.

O eso decía.

Hasta la mañana siguiente.

Pero no crean que el hombre que se abraza así a una sonámbula es sólo porque la ama. No. O quizá sí. Supongo que podría decirse que es un gesto de ternura, pero ¿acaso no podría ser también el reflejo de un hambre, de una carencia escondida debajo de algún colmillo retorcido? Lo sé, lo sé no debería estar permitido ser tan escéptica, una debería ser más indulgente con sus propios sentimientos. Y con los suyos, de él. Sólo hasta cierto punto. Desgraciadamente no pertenezco a la estirpe de escritores fantásticos, esos que sueñan que pueden construir con sus recuerdos la estrofa más perfecta del Cantar de los Cantares. De manera que tú, hijo mío, tampoco me pidas milagros.

No hay otra cera que la que arde que decía mi abuela.

Aparto la sábana. La habitación sigue a oscuras. Tengo las ventanas abiertas pero, con todo, me levanto desnuda en mitad de la corriente. Como una curruca enjaulada oriento mi instinto hacia el sur-suroeste. Tanta parte de mi cuerpo transida de nostalgia, tanto del suyo dentro de mí. Su peso me sigue todavía cuando me acuesto, su sombra contra la mía, encorvada por el peso su ausencia, fardos de puertos lejanos, el poder de las olas, la tristeza de aquellos cuyos dioses les han obligado a dejar atrás tantas cosas... Por suerte, él nunca supo las coordenadas de mi deriva. Fui yo quien se vio obligada a largar el ancla irremediabilmente. Yo, la que me escapé del nudo y ahora floto, suspendida en el presente como aquel barco fantasma que, después de haberse hundido completamente en las aguas del Mar Árabe, ascendió de nuevo a la superficie. Y volvió a flotar ¿sabes? porque la sal que llevaba en la bodega se deshizo. Se deshizo como el nudo que nos unía.

Cuando le conocí, yo estudiaba y, al mismo tiempo trabajaba para una editorial corrigiendo documentos y trabajos llenos de faltas de ortografía. Traducía algunos del árabe y, cuando tenía tiempo, intentaba acabar mi tesis: no tenía, en realidad, mucho tiempo para pensar. Vivía sola y a través de la historia de las palabras, intentaba alejarme poco a poco del pasado. Después, pero entonces todavía no lo sabía, alguien me dijo que cuando nos alejamos del todo, lo único que sobrevive de nosotros es el amor. ¿El amor de quién? pregunté ¿el nuestro o el de los demás? ¿De quién, vamos a ver? Porque yo siempre estuve dispuesta a creer cualquier cosa pero, al menos, guardaba para mí la posibilidad de fruncir el ceño, de sospechar de tanta esperanza. Lo dicho: mejor sería para todos aceptar que el amor apenas sobrevive un rato. Si un amante muere, el amor que existía entre los dos sobrevivirá tanto como el del amante que se queda. Y cuando éste desaparece... se acabó.

No, no te hagas ilusiones, te guste o no apenas sobrevive nada del amor o la memoria.

Y bien, ahora la situación es ésta: él ha muerto y yo estoy aquí todavía. ¿Y del amor qué ha sido? ¡Por dios! no lo veo por ninguna parte. De manera que si después de nosotros y me refiero sobre todo a él, fuera a sobrevivir algo sería...bueno ¡quién sabe lo que sería! De **Q.** probablemente su media sonrisa y algunos reportajes. De mí, de la mujer que él nunca llegó a conocer del todo, no lo sé, quizá sólo tú o este libro. En todo caso muy poco más.

Aunque puede que de nuevo me equivoque: mis recuerdos siguen siendo recuerdos y los gestos del amor siguen siendo, apenas, los gestos del amor. A mí me paralizaba el asombro de cómo mi sueño, es decir él, se expandía, se enroscaba alrededor de mi cuello en pliegues y dobleces; me quedaba

mirando sus manos de huesos larguísimos, sus ojos somnolientos y un poco tristes. Le decía, “a veces no puedo mirarte a los ojos; me recuerdan al agua de las cascadas: una nunca sabe qué hay detrás”.

Pero seguía, seguía mirándole sin ver casi nada.

Nada más conocernos íbamos juntos al trabajo, reíamos. Cuando yo vacilaba en el umbral de una puerta **Q.** no entendía que estaba dejándole pasar primero, asegurándome de que no se quedaba atrás y le perdía de vista para siempre. Con el tiempo, todo se redujo precisamente a eso: desapariciones y renunciadas. Dramáticas despedidas. Entre medias, los versos del sirio Ali Áhmad Saíd Ésber:

Taabbata lleva una máscara/ que le estorba la mirada, pero sus ojos confían en todo lo que ven, / salvo en la alucinación del espejismo.

Sólo que nunca fui su *Taabbata*, iba por la vida sin máscara y, después algún tiempo, no volví a fiarme de mis ojos ni de mi corazón. Sobre todo, de mi corazón.

Y tenía mis razones.

*

Para empezar, estaba su famosa teoría del *Amor Satelizado*.

Llevaba a algún tiempo dándole vueltas, elaborándola, buscando –supongo– supuestos prácticos, pero nunca la expuso a nadie hasta el final. Yo me la encontré en su mesa, descrita en un papel metido entre un montón de cartas... La intimidad que los celos nos imponen. Reconocí enseguida su caligrafía deshilachada. Y las cartas eran todas de sus amantes escritas antes, durante y después de haberme invitado a mí a compartir su vida.

“Cuando estás solo – en el mar, en el desierto – una ausencia puede mantenerte vivo. La ausencia de la mujer amada puede mantenerte vivo. Pero cuando ella vive al otro lado de tu calle, la simple intuición de su presencia puede llegar a corroer tus huesos”.

“En cuanto a mí, soy demasiado promiscuo para permanecer monógamo. Mis relaciones con las mujeres, incluida Clara, serán a partir de ahora más bien plurales, fieles mientras duren e incluso ¿por qué no? apasionadas, pero, sobre todo, cortas”

“Para completar esta monogamia sucesiva pienso acometer una tarea similar a la carrera espacial emprendida por americanos y soviéticos: colocaré a mis satélites en órbita. Y como el secreto consiste en no perder nunca el control, he perfeccionado un método propulsor que me permitirá recalar en ellos sin preocuparme de los plazos, del ritmo o del tiempo que me cueste alcanzarlos. De vez en cuando, la casualidad hará coincidir mi deambular con quien, en otro tiempo, fue mi amante y ahora no es más que un satélite colocado en determinada órbita. El reencuentro con ese amor antiguo me producirá, nos producirá a los dos, estoy seguro, una alegría enorme”

Pensé que era una broma y me esforcé por entender por qué la había mantenido en secreto. Al poco, sentí cómo el ascensor de mi estómago caía, en caída libre, hasta los pies y tuve que sentarme. Intentaba respirar, tomármelo a broma. Aún no había aprendido que la verdadera esperanza vive separada de las expectativas y esta teoría, como la búsqueda constante de la fama, parecía dolorosamente inocente.

Sujeté aquel papel como un cirujano sujeta el bisturí.

¿Comprendes lo que quiero decir?

Infidelidad, amor. Hay palabras que deberían estar prohibidas, que no se debería permitir que salieran de la cárcel ni siquiera para dormir porque, cuando andan por ahí sueltas, se tropieza con ellas y nos hacen caer. No siempre, pero casi siempre. Al principio nos resistimos un poco pero terminamos echando mano de ellas, lo haremos, te lo juro, las usaremos sin pensar: te quiero, te quiero... y luego, si es que no estamos muertos, querremos morirnos enseguida. De arrepentimiento. O querremos que se mueran los demás. Los que ninguna culpa tienen por haberlas escuchado.

Amor satelizado. ¡Venga ya! Pero si eso no es amor ni es nada apenas dos palabras cargadas de hierro colado que, al reventar, esparcen su oxidada metralla por los adentros del alma.

Pero no había manera, muy a menudo **Q.** aplicaba lo astronómico a lo humano y analizaba las relaciones sociales como haría con el universo: misterios galácticos y catástrofes. Agujeros negros. Explosiones. Construyó su propia filosofía estelar. En los casi dos años que viví con él, su pensamiento llegó a parecerse, en mi imaginación, al relato de las Mil y Una Noches; un cuento que son mil cuentos que son un solo cuento inacabable: un espejo que, eternamente, se refleja a si mismo.

Y luego, cuando nos separamos, alguien que nos conocía bien, vino a consolarme y me contó una parte de su historia. Aquel amigo – que era también su hermano- sabía que para mí, el descenso continuaría indefinidamente hasta mucho después de haberle olvidado pero, en aquel momento, sus pequeñas confidencias me ayudaron. El propósito del mejor de los amigos no habita en sus palabras, dicen, sino en su corazón.

Me contó que la mitad de los habitantes de Vigo, su ciudad, y muchos de los de Madrid, eran medio parientes suyos. Tanto él como Q. habían nacido entre gentes que fueron siempre, o habían llegado a ser, influyentes ciudadanos. Así, una tercera parte de los profesores de su Universidad eran amigos de sus padres y se podría decir, sin exagerar, que un gran número de aquellos bajo cuyo poder se encontraba el reparto de las mejores oportunidades de trabajo no podían por menos que sentir algún interés por él porque era el primo o sobrino y, en el peor de los casos, el hijo de algún mejor amigo de manera que hasta entonces, de lo único que tuvo que preocuparse fue de no llevar la contraria, de no sentir envidia, de no ofenderse porque la gente le tratase con reverencia, como a un maestro, algo que, por otra parte, su innata bondad y simpatía nunca le había inspirado.

Con el tiempo llegué a conocer bien algunas de esas incoherencias tuyas. Sabido es que las mujeres (no pueden evitarlo) suelen quererlo todo de sus amantes, incluso las incoherencias y esa es la causa por la que, con demasiada frecuencia se hunden bajo la superficie de todo ese barro como un explorador mal advertido se hundiría en las arenas movedizas. Increíble felicidad.

Porque sí, algunos amantes nos quieren un rato. Lo que dura un alunizaje. Yo, sin embargo, le dije muchas veces que le amaba. Es más, se lo repetí cientos.

¿Pensaba tal vez que estaba enamorada y no podía resistirme a probar esas dulces palabras por ver si eran las adecuadas? No. Ocurrió que me di cuenta enseguida que nunca llegaría a saber lo que sentía si, antes, no me oía a mí misma expresarlo en voz alta:

Te quiero, Q.

Él nunca supo qué contestarme.

Un día, sin ir más lejos, estaba conmigo en la habitación y él no podía, lo vi en sus ojos, pensar en otra cosa que no fuera en salir corriendo. Quizá había notado, en mi voz, una inflexión que le hizo pensar que no le admiraba lo suficiente, que hasta una tontuela como yo era perfectamente consciente de los esfuerzos que él tenía que hacer para guardar el tipo. Quizás pensó que bastaba con sacar a relucir ciertos nombres, ciertos contactos y darme así una excusa para que yo exclamase *oh, no me digas*, maravillada. Quizás fue algo que nunca supe. Lo que en todo caso sí entendí es que, aún a pesar de que mi admiración por él no fuera lo que él esperaba, su interés por mí sobrevivió hasta el final. Lo sé, con toda seguridad: hubo incluso días - lo sabría más adelante porque entonces lo ignoraba - durante los cuales él se sintió a mi merced. Días en que, sin querer entender cuanto le amaba o quizás probando su resistencia a cualquier clase de compromiso, probándola, o quién sabe si arriesgándose a perderla de algún modo, hizo de mí su principal interlocutor y me invitó a compartir su vida. Sé -es poco más o menos lo único que sé - que resistió la tentación posible de amarme a mí sola (aunque resulte difícil sostener una afirmación tan contradictoria) en honor a su vieja, conocida imagen. Y que renegaba un poco de sus años de Salamanca y de cuando las alegres cintas de su capa estudiantil. Digamos que fue entonces cuando entendió que no podía seguir jugando a ser simplemente un niño guapo, que tenía que cambiar radicalmente si lo que quería era pasar de simple gacetillero a autor memorable de artículos mitad sacros mitad profanos, icono de la prensa ibérica

En fin.

Lejos de él en este instante no existe para comunicarnos otro teléfono que la nostalgia. El otro mundo es lo que tiene: no hay cobertura. Por otra parte, poner en palabras mis recuerdos no está resultando tan sencillo como yo

creía. Temo que las palabras, repetidas por un eco de ultratumba, se vuelvan demasiado públicas. Panegíricos. Aún así, seguiré intentándolo. Cuando te enamoras, has de ser muy precisa en los gestos del amor, su lenguaje y nunca te atreverás a pronunciar su nombre en vano. De manera que, con firmeza, con la misma firmeza con la que él hubiera debido enfrentar a la muerte, intentaré contar nuestra historia:

*

Eran años equivocados.

Un día despejado de septiembre. El viento acumulaba las tristes hojas de las catalpas entre los alcorques embotados. Había mucho ruido. **Q.** y yo habíamos entrado en un sueño: tanto él como yo habíamos encontrado trabajo: él en el *ABC* de la calle Serrano y yo como becaria en el Departamento de *Árabe e Islam* de la Universidad. Ese día, hasta el ruido del tráfico nos pareció música celestial, remolinos y espirales del concierto nº.....de Chewkosky que iban subiendo, subiendo, *andante ma non troppo* hasta el estallido final. Pero entonces, me di la media vuelta y **Q.** ya no estaba; mi mirada había hecho que se desvaneciera. Me giré bruscamente. Le llamé, pero pronto el fragor del tráfico lo engulló todo.

Seguro que se ha adelantado – pensé - y ha ido a Tosca para celebrarlo. Corrí hasta allí y pregunté a sus amigos. Señalaron hacia fuera, hacia la otra acera: Fue entonces cuando le vi: una sombra, su pelo negro. Una mujer, el reflejo de la luz sobre el cristal del escaparate, su vestido blanco.

*

Como cuando hablaba con las hadas, amigas desconocidas, miraba ahora su camisa colgada detrás de la puerta de nuestro dormitorio y esperaba ver aparecer a su fantasma. Aquí, en Madrid, a la fluorescente penumbra del televisor, donde veo fluir las noticias:

*“Treinta horas antes de fallecer en aquel hospital militar nos decía en su habitación:”Me duele mucho la cabeza. Nunca me había dolido tanto” No obstante, tomó una aspirina, y, aparentemente recuperado, bajó al bar del hotel por su propio pie. Minutos después, se derrumbaba en el suelo. Tendido en la enfermería del hotel, Felix intentó hablarle, para ver si reaccionaba. No fue así, y entre todos le llevamos a un taxi para trasladarle al hospital. Perdido el conocimiento llegó a la entrada de urgencias, en uno de los traslados más dramáticos que recordaremos por mucho tiempo. Aún hubo que perder varios minutos en cuestiones burocráticas del tipo ¿Desean una atención de clase A,B,C o D? hasta que un médico de aspecto diligente, el doctor Tascón, se dio cuenta de la gravedad de la situación y se puso a trabajar. Poco se pudo hacer. Tampoco unos minutos antes hubiera sido posible intentar siquiera una intervención quirúrgica. Conectado a un **respirator** pero ya con electroencefalograma plano, vivió – por decirlo de alguna manera – veintidós horas más”*

La que no podía respirar era yo. Sencillamente, no podía. ¿qué estaba sucediendo? Qué estaba diciendo ese maldito busto parlante ¿qué decía?

Ahora, cuando había empezado a aprender que la vida era previsible, cuando había renunciado a la esperanza de que él me necesitase va y a la superficie del dolor aflora algo con lo que nadie contaba: su repentina, imprevisible muerte. Y una urgencia angustiosa por disputarle su presa no más fuera un último segundo, o quizá por suplicarle a la asquerosa huesuda que me le devolviese por favor, por favor en un esfuerzo que mucho antes

de emprender sabía condenado al fracaso desde toda la eternidad. Fue una décima de segundo pero enseguida me di cuenta que con su muerte Q. acababa de destruir la ya de por sí sutil membrana protectora de mi ser dejando al descubierto una soledad aterradora. Mi disconformidad con la vida que llevaba, con la sola sospecha de esa disolución compartida cuyo rastro advertía ya en mi propio rostro, si me hubiese atrevido a mirarme en el espejo, tatuado ya con las manchas de moho de una soledad indescriptible. Y por primera vez, entre todas las veces que él se había marchado y me había dejado sola, experimenté nuestra separación como un dolor físico que no me dejaba respirar. Nada me había preparado para ello. No se trataba sólo de su muerte, creía que hasta eso podía llegar a soportarlo, lo peor era que estaba empezando a sentir que yo tampoco estaba allí, en aquel piso, aquella cama, sino que me había muerto con él y que compartía, célula a célula, los leves movimientos de su desfallecer unida a él como si me hubiera alojado dentro de su piel, ya tan fría.

Tiemblo todavía de pensar en el esfuerzo que tuve que hacer para levantarme e ir a buscar un par de somníferos. A pesar de volcarme en lágrimas, de vaciarme en lágrimas sabía que llorase lo que llorase me tocaba seguir viviendo. Sin embargo, no imaginé cuanta fuerza, vulgar fuerza física y resistencia, iba a necesitar para intentarlo. En las semanas siguientes a menudo me dejaba caer agotada en mitad de ese trabajo. Sólo quería dormir. Sin soñar.

Dos: La penúltima vez.

¿En qué piensa la gente cuando habla sobre su vida? ¿La ve de verdad como un todo, como una serie cronológica de acontecimientos. como algo

lógico, racional y completo? ¿Cuáles son los hechos que recuerda y cómo los recuerda? ¿Con qué palabras? Desde que le conocí mi vida se desmenuza en una sarta de imágenes, escenas inconexas que sólo de vez en cuando se me vienen a la cabeza sin orden alguno. Sin embargo, existen acontecimientos clave, obra de la casualidad o del destino que me permiten recomponer mi existencia como una unidad lógica. Uno de esos acontecimientos es mi encuentro con Q.

El otro es su muerte.

*

Al principio, lo único que pensé fue en recuperar mis cartas. Corrí a su casa y por tener una coartada, me puse a limpiar obsesivamente. Convertida en la mujer de la limpieza para que el portero –nuevo, el viejo ya se había jubilado – me dejase pasar: kilos de escamas de Lagarto en un balde de agua y una bayeta que utilicé como un zurriago. Cuando me cansaba, iba a sentarme a un rincón de la cocina - el único rincón seco - y me fumaba un cigarrillo. Al terminar, toda la casa olía a sala de cine antes de las palomitas y el mobiliario - poca cosa aparte de una cama, una mesa y algunas sillas - seguía apilado en el pasillo, taponando la puerta de entrada. Sólo la biblioteca, trepando por todas las paredes de la casa, permanecía idéntica a si misma: libros sobre el arte de la tauromaquia o el arte a secas, libros de pintura o de viajes, sobre mitología o lingüística, docenas de diccionarios, libros sobre sociología o periodismo, libros de antropología.

A ratos, me distraía husmeando entre los pedazos de papel que había entre sus páginas, comprobando las fechas de los antiguos billetes de avión utilizados como marca-libros. Manejaba con cuidado cuadernos de hojas cuadrículadas llenos de anotaciones que se estaban desintegrando o perdía el

tiempo hojeando recortes de periódicos con artículos o entrevistas, poemas inéditos y otros publicados, hacía ya veinte años, en *Noso Lar*. Encontré incluso una agenda con anotaciones de gastos y una lista en la que había nombres y apellidos de mujeres con la edad consignada entre paréntesis, una calificación (del cinco al diez), su número de teléfono y la dirección. Yo no estaba. Al final, cuando parecía bastante claro que no iba encontrarlas, me dio por pensar que podía habérselas tragado disueltas en el café con leche del desayuno. Incluso contemplé la posibilidad de investigar en su banco por ver si tenía algún depósito secreto. Me imaginé diciendo que era su verdadera mujer para que me dejaran entrar.

Pero el error hubiese sido dejar de buscar.

La casa era un teatro de marionetas. Allí todas las cosas estaban disfrazadas de lo que no eran, desgastadas de tanto manoseo, viejas, extrañas... Y un desorden de horquillas.

Al llegar la noche, la casa se fue oscureciendo con la tormenta inminente. Encendí la lámpara de la mesilla. Finalmente empezó a llover con tanta fuerza que pensé que los cristales de las ventanas acabarían reventando por las costuras. Los relámpagos rasgaban la oscuridad y echaban borrones de tinta encima de las paredes. Fue en una de esas cuando di con ellas. No apiladas en pequeños paquetes o sujetas con goma elástica sino descubiertas al resplandor diagonal de los relámpagos detrás de una pequeña reproducción de los *Girasoles*, dentro de un álbum de fotos. Bueno, en realidad eran dos, ambos del mismo color verde, pero sin etiquetas, y uno de ellos con el culo de un vaso de vino marcado sobre la cubierta. Dentro del primero, mi nombre y la fecha, Octubre de....(¿?). En el segundo, de 19....seis meses antes de su muerte

Era bien entrada la madrugada cuando recogí mis cosas y dejé los dos cuadernos, un diario, y el *narguile* que me llevaba de recuerdo, junto a la

puerta, al lado de mis zapatos. Después de echar una última ojeada y colocar los muebles en su sitio, cerré la puerta con llave.

Y al llegar a la calle, la dejé caer en una alcantarilla.

*

La penúltima vez que morí fue en 1958, al final de una carrera de 1500 metros donde conseguí el record provincial en la categoría de cadetes, en los Campeonatos de la Sociedad Atlética de Vigo. Las hojas de parra virgen que cubrían parcialmente una de las paredes del estadio se estaban tornando rojas y los grajos se arracimaban en los cables del teléfono: era otoño.

Aquel día, ya digo, fui el primero en romper con el pecho la cinta de llegada, pero aunque conseguí cruzar la meta sin mayores problemas, una vez al otro lado ya no pude dar un paso por culpa de un dolor demencial muy parecido a éste. Era inútil. Como si mis piernas se hubieran convertido en alguna clase de resina especialmente frágil. No entendí entonces, ni entiendo ahora, lo que me estaba sucediendo y con las pocas fuerzas que pude reunir me desorientaba pensando que, quizá, lo más seguro era que me estuviera muriendo.

Lo que no quiere decir desde luego que me muriera del todo o que aquel episodio de dolor me hiciera perder la memoria.

Y por más que no sepa a quién podría interesar lo que vino después, aparte de mí mismo, todavía me acuerdo de todo. Que lo recuerde precisamente ahora, no es nada raro porque esta vez, me temo, no sobreviviré a este dolor indescriptible que ahora golpea mi cráneo.

Por eso digo que aquella fue la penúltima vez que morí, lo pienso ahora que sé que el dolor es el mismo y las náuseas y el cansancio también son los mismos. Ahora que conozco mejor los olores de la muerte.

En cualquier caso, no es mi intención redactar un parte médico; puedo, eso sí, contar lo que siento como más mío, la pena y también los recuerdos más íntimos. O quizá ni eso. Serviría también una pequeña mirada atrás, un relato cargado de nostalgia o el placer de evocar un futuro que, o mucho me equivoco, o esta vez se ha terminado,

Y como precisamente ahora este dolor hace que todo destaque con especial nitidez será cosa de aprovechar las pocas fuerzas que me quedan. De manera que tengo que darme prisa. De un momento a otro podría estallarme la cabeza.

A duras penas intento guardar el equilibrio mientras permanezco sentado en una de las banquetas del lounge. No estoy asustado, pero temo estar a punto de caer y, para ser del todo sincero, me tranquilizaría bastante que alguien acudiese en mi ayuda. Alguien. Quien quiera que fuese, quizá Clara. Me veo caminara mí mismo, un cuerpo de puro celofán, claro y transparente, mientras yo sigo detrás arrastrando unos pies infinitamente pesados; como si me fuera imposible soportar la tortura de la separación al verme arrancado, tan bruscamente, de mí mismo.

Y entonces, para tranquilizarme un poco, me digo que no pasa nada, que lo único que ocurre es que la circulación sanguínea de mi cabeza ha debido de atascarse un poco como se ve por la masa pulsátil que golpea desde adentro mi sien izquierda. O se vería, si es que alguien tuviese la amabilidad de acercarse un poco.

Mientras tanto el humo de los cigarros empaña los espejos que decoran la pared al fondo de la barra. Como una niebla que me hiela por dentro a pesar de llevar puesto un grueso jersey de lana. Pero quizá no es frío lo que siento y lo que sucede más bien es sólo que tengo miedo a sentirlo, que este entumecimiento es una piadosa ilusión de los sentidos porque, en realidad, ya estoy muerto de angustia. Y si bien es cierto que en otro momento me hubiese tomado a broma esta tiritona, que hubiera justificado este temblor aduciendo que sí, que en realidad el frío es enorme, esta vez no quiero engañarme. Como si la imagen que proyectó, en el fondo sólo una caricatura, esa imagen que con tanto esfuerzo he ido construyendo y que, a fuerza de mostrar a los demás he terminado por considerar propia y verdadera, se hubiera emborronado y me fuese imposible hacer uso de ella, precisamente ahora, cuando más la necesito.

De manera que no, en este individuo de ojos vidriosos y barba guevariana no reconozco a ese otro, que también soy yo, llegado a Lima desde Santiago de Chile para ir a morir – ahora mismo o quizá dentro de un rato - de un aneurisma cerebral que, supuestamente, ha viajado conmigo a través del Atlántico y a través, también, del cauce sanguíneo de ésta, muy infame, arteria coroide.

Para no gemir ni llamar la atención con mis gemidos decido recordar lo que me ha traído hasta aquí y, al mismo tiempo, concentrar mi atención en esa realidad libre de dolor que conforman mis recuerdos, los inventados y esos otros que todavía no se han producido pero que de un momento a otro podrían llegar a producirse, que se producirán sin duda dentro de unas pocas horas, cuando la noticia de lo que en el mejor de los casos será algo parecido a mi muerte, llegue a oídos de mi familia, mis amigos o mis queridos satélites y como si lo ocurrido, es decir mi vida entera, le hubiese

sucedido a otro. Y aunque ya no estaré aquí para comprobarlo me produce una emoción especial contemplar esta especie de disociación mental por más que asuma todo este proceso con la calma de un hombre de experiencia – casi treinta y ocho años de experiencia ¡se dice pronto! - o la de un anciano que, puesto a recordar su juventud, se viera obligado a reinventársela al comprobar que, sin darse cuenta, ha ido olvidándola.

Es así como decido separarme de mi mismo gracias a lo poco que queda de mi imaginación y no más sea para olvidar este dolor que por momentos amenaza con hacer saltar los huesos de mi cráneo para, convertido en puro NAPALM, incendiar el aire que a duras penas me esfuerzo por hacer entrar en los pulmones. Lo curioso es que, a pesar de todo, no puedo evitar que se me venga a la cabeza la posibilidad de que no sea a mí a quien le esté sucediendo todo esto, sino que, en realidad, sea el universo la verdadera víctima de este dolor excepcional.

Sólo pensarlo casi me pongo a dar saltos de alegría.

Pero no. Enseguida me doy cuenta de que, ya sin fuerzas, acabo de desplomarme en el suelo.

*

A la mañana siguiente me desperté temprano en el piso que había alquilado en los alrededores de la Plaza Mayor y salí al balcón en la oscuridad del amanecer siguiendo el sonido de los estorninos atareados con sus reclamos y anuncios. Estuve un rato allí, bebiendo café. Después, cuando se hizo la luz y a pesar de que seguía amenazando lluvia, decidí ir a trabajar como si no pasara nada. Al salir, se puso a tronar. En un paso de peatones, un taxi se detuvo a mi lado y lo tomé. El taxi arrancó pitando y atravesó la Avenida a toda velocidad. A punto de llegar a la oficina me sorprendí rogándole al

taxista que se detuviera. ¡No podía respirar! Y eso que la traducción de *Adonis* urgía bastante, quedaban algunas citas por localizar y luego habría que intercalarlas en el texto, tenía que hacer unas llamadas... en resumen, que el trabajo no avanzaba con la misma fluidez que antes, al contrario, todo eran trabas pero...pagué y, entonces sí, bajo cántaros de lluvia volví a hacer el camino de vuelta a casa.

Llegué empapada y pensando en Q.

Y cuanto más pensaba en él, más rabia me daba. Hasta pasado un buen rato no comprendí la razón. Lo cierto es que me gustan los hombres, incluso algunos hombres como él que, por cualquier motivo o a lo mejor porque están hechos de la pasta de Colón o yo que sé por qué, se van a descubrir mundo de la noche a la mañana o se lanzan con un arrojo de lo más viril a vivir aventuras que persiguen dos metas opuestas. Como pensar no piensan mucho, en cuanto toman una decisión salen disparados y sobre la marcha, naturalmente, se dan cuenta de que las dos metas que persiguen se excluyen mutuamente y eso le rompe los esquemas y el tenderete se les viene encima con gran estrépito. En realidad, no hay nada que deseen tanto como tenerlo todo al mismo tiempo: libertad y trabajo, pasión y ternura, amistad y sorpresa pero eso sí, dentro de un aristocrático piso rehabilitado y con la instalación eléctrica funcionando. Con todo, no tardan mucho en darse cuenta, y reconocen, que esto de vivir aventuras y tener una hermosa mujercita esperando es algo que no les cuadra. Entonces es cuando les da por inventar esas teorías del amor satelizado, que es algo que, seguramente, les viene de Charlton Heston en el planeta de los simios o también ¿quién sabe? del primer Tarzán de los Monos lo que, probablemente, es todavía muchísimo peor.

Juntos al borde del pasado. En la oscura claridad. Sé todavía menos de la luz que una simple luciérnaga que al menos sabe desparramarse entre las

hierbas y encender el anhelo de su pareja. Su pelo y el sombrero dibujaban un círculo en torno a su rostro quemado. Era un hombre tan hermoso. Nos separan, una vez más, casi diez años y, mirándole sentía un dolor tan puro, una tristeza tan limpia que era casi como la felicidad. Su sombrero, el inclemente sol, me recuerdan al poema de.....

De vuelta en Madrid, el verano es una cueva salina. El macadán de las calles respira un vapor pegajoso, un calor espectacular, penetrante. Al mediodía la calle se queda en silencio, un teatro de sudor, golpes de aire como olas de fuego. Lágrimas de brea que centellean bajo las farolas. Hizo un gesto, señaló sus gastadas botas, “de media caña” y sentí su mano delgada alrededor de mi cuello: “Tendré que ir a comprarme otras”.

*

Pero volvamos al principio.

Y el principio fue muy simple. Como suele suceder, el papel principal lo desempeñó la pura casualidad. O una serie de casualidades que al final se convirtieron en destino. Vi a Q. por primera vez en el autobús que hacía la ruta desde Dr. Esquerdo a los Nuevos Ministerios donde, entonces, terminaba. Aunque estábamos a mediados de Septiembre (todo sucede en septiembre), el día era caluroso y dentro de un autobús sin aire acondicionado, mucho más. Yo acababa de estrenar un precioso vestido de color guinda y manga larga y ya empezaba a arrepentirme de mi tontería cuando le vi subir. Pero al entrar y colocarse a mi lado en el pasillo, perdí inmediatamente cualquier noción de tiempo atmosférico: calor, frío o bochorno, pero también esa inseguridad que cualquier joven provinciana suele llevar como equipaje la primera vez que viaja fuera de su casa y pone el pie en una gran ciudad.

Como digo, al principio fue sólo él, su pelo recién peinado y todavía húmedo bajo aquella claridad que se amoldaba a su cuerpo, su forma a la suya, las ondas luminosas sosteniéndole, leales a él. Exclusivamente. Yo, en la sombra. Y cuando de pronto se volvió de espaldas y su antebrazo, como una lija de agua, rozó sin querer mis pechos, no mis pechos no, para ser exactos tendría que haber dicho mis pezones, pegué un respingo y, simplemente, alargué el brazo y lo atraje hacia mí, sin mirarle siquiera.

Quizá ésta fue la segunda casualidad decisiva, pues aunque todavía no podía saberlo, mi futuro estaba contenido en aquellos primeros gestos, tan simples, con los que nuestros cuerpos accedían a comunicarse, en su caricia involuntaria, primero y en mi acción de aprehenderlo, después.

En cuanto habló, comprendí que me había enamorado. Había soñado muchas veces, y aprendido a reconocer, los matices de esa voz que parecía hecha en exclusiva para mis oídos. Disculpa, dije. Y él, disculpa. Los dos al mismo tiempo. Una palabra tonta que actuó como un conjuro liberándonos de repente de la incómoda tensión que embarga a una cuando un perfecto desconocido le dirige la palabra.

Pero los dos éramos unos recién llegados y eso nos acercó de inmediato. Como también la absurda casualidad que los dos bajásemos en la misma parada. Paradójicamente, y al no conocer ninguno de los dos la dirección exacta de la Escuela nos resultó más fácil iniciar la conversación ya que la sola palabra “ingreso” contenía una mínima cantidad de experiencia común: la primera vez en Madrid, el momento de coger una maleta y ponerla en un autobús creyendo que el mundo, o lo que sea que signifique esa cosa, le está esperando a una entre el ruido, el apabullante olor a metro, la continua tensión de la calle. Y, además, el esfuerzo constante por causar justamente la impresión contraria, quiero decir: que no eres primeriza, que conoces la dirección a donde te diriges, la disposición de las calles, las extrañas

costumbres de una ciudad enorme. Luego, al cabo de una semana, o quizá menos, la incertidumbre, el deseo de volver precisamente cuando podrías empezar a relajarte, cuando ya tienes algunos puntos de referencia en la ciudad, el horario de los exámenes, cuando conoces algunas tiendas, algunos bares de tu barrio, el deseo de volver, ya digo, a lo seguro, a la cotidianidad ajada que iba abriendo sus fauces ante ti, como una gran arcada.

Me dijo que se llamaba Q. que era el nombre que le habían puesto sus hermanos.

Después me pidió el número de teléfono.

Lo miré atentamente. En realidad creo que me atreví a mirarlo a los ojos justo en el momento que más convencida estaba de que no lo volvería a ver. Tenía una frente amplia de lóbulos un poco abultados, cejas espesas y ojos castaños. Es tan guapo, pensé. De una belleza soñada, amable, inaprensible como la de los cristos de las estampas. Pero su rostro me hubiera parecido vacío, como el de los modelos de las revistas, si no hubiera sido por sus labios y su media sonrisa desconcertante que le daba una expresión de constante alegría, una alegría irónica, tal vez fugaz. En ese instante me di cuenta de que me había aferrado a él sólo por esos labios. Cerré los ojos y por un momento los imaginé resbalando húmedos garganta abajo, entre mis pechos, y esa escena imaginaria provocó en mí una oleada de deseo, como si mentalmente mi cuerpo ya se hubiera entregado a sus caricias, como si el contacto fuera inevitable.

Le di mi número de teléfono sin atreverme a levantar la vista.

*

Años equivocados, teorías absurdas. El movimiento impulsor que permite a Q. recalar en sus satélites cada vez que se le cruza el cable, es decir, la órbita, empieza a dar sus últimas boqueadas. Me explico: de noche, tumbada en mi solitario sofá bebiendo una copa, o dos, a la vez que hago zapping, suelo tener mis gafas de lejos al alcance de la mano en la mesita de la luz. Las necesito para ver los telediarios y las entrevistas que se hacen sobre todo a esa panda de entendidos y cotorras de la política, directores de periódicos, enteradillos de la sociología o la psicología y otros especímenes de la misma fauna. *Su fauna*. ¿Que por qué me empeño entonces en verlas? Pues porque en esas entrevistas suelo enterarme de todo lo que no me hubiese enterado de haber tenido que esperar a que él me lo contara.

En realidad, fue así como supe que volvería a marcharse. Según decían, el famoso Q. andaba ocupado con los preparativos de un viaje, casi institucional, a las repúblicas americanas. Decían también que acompañaría al Cesar para intentar negociar el rescate de algunos presos políticos detenidos en las cárceles de Pinochet. La noticia me dejó anonadada y durante todo el día siguiente esperé en vano alguna llamada suya. Me lo había prometido. Había vuelto a prometer que, hiciera lo que hiciera, me mantendría al corriente. Lo había prometido.

Pero Q. no sabía mantener su palabra.

Las mías, sin embargo, no se hicieron esperar. Llegaron en forma de atropelladas preguntas: ¿Por qué demonios sigo enamorada de él? ¿Es que acaso este amor me hace feliz? No. ¿Y él? ¿Necesita él que alguien como yo le quiera? No. ¿Y yo? ¿necesito quererle? No y no. Y la prueba es que seguía sin querer compartir con él lo que teníamos de más nuestro. ¿Por qué este amor mío me hace tan extrañamente infeliz? ¿Por qué me empeño en esperar que nuestra relación cambie si él sigue siendo el mismo?

Desgraciadamente, estaba a un paso de comprobar hasta qué extremo el punto de partida de mi razonamiento resultaba correcto. Ciertamente, yo le amaba. ¿Y qué? Mi amor no le bastaba ni le hacía feliz. Su amor no era suficiente ni me hacía feliz. De manera que ¿a qué estaba esperando? era hora de tomar una decisión.

Durante aquellos días, cuando recién habíamos regresado del Sahara, tuve a menudo la impresión de que siempre que salía a la calle, me pillaba una tormenta: goterones de agua tibia resbalando por mi cuello; charcos irisados con los colores del diesel; bocinas como largos cuernos de caza. Y, cuando dejaba de llover, calles convertidas en un tendal de pañuelos.

*

Te digo que había llegado a casa una hora después y chorreando. La lluvia azotaba con fuerza las ventanas de la ciudad. Claro que para entonces ya me daba lo mismo: contenta de haber vuelto pero, por alguna extraña razón muy inquieta, hubiera dado cualquier cosa por no estar allí, por encontrarme en un lugar diferente. En cierta ocasión me explicaron que esa inquietud ocultaba, probablemente, una urgente necesidad de sexo. La verdad, no sé qué decir. Cuando viajo, es decir, cuando viajaba antes de nacer tú, me gustaba hacerlo sola y aunque a veces le echaba de menos, raramente me conformaba con cualquier sustituto. Había descubierto que cuanto compañía pudiera necesitar me esperaba escondida en los detalles más mínimos: la luz de papel de seda de ciertas amanecidas, los olores callejeros de un zoco, el violento color del añil en los sacos de pita, el aroma del polvo comino y el plañir de algunos instrumentos musicales. Descubrí también que la mayor parte de las cosas, incluida esa necesidad mía de estar siempre en otro lugar,

no es una sublimación de nada: es simplemente lo que es y quiere decir lo que quiere decir.

Me gusta el mundo, nada más.

*

Agosto, 1977

Aquí me tienes, amor, sentada a la mesa de la cocina, a una hora en que el reloj del Ayuntamiento acaba de romper el mediodía del 27 de agosto de 1977... Aquí me tienes, en un duermevela de toda esperanza, breve escala de una cadena de satélites que disfrutan de una saludable inocencia porque todos, ¿sabes? imaginan que son la luna. La única luna para ti. Cuelga sobre la mañana una luz que los reflejos del espejo tiñen de plata; y de lado a lado de la calle ruedan los coches con un rumor que adormece y, hasta las voces insoportables de las hijas del vecino parecen amortiguadas por la pereza del calor.

Ojalá, me digo a mi misma, tuviera yo un solo motivo de felicidad pero no es así y, mientras recuerdo tus últimas palabras, siento ganas de llorar. La última vez que nos vimos, esa ¿recuerdas? que fue más bien un aquí te pillo aquí te mato, dijiste que el amor *podía*, desde luego podía, hacerte feliz pero que tanto si te hacía feliz como si no, tu vida no cambiaría en nada. Me lancé tras el eco de esa palabra – *vida*- como un galgo se lanza tras la liebre, centella a través de los barbechos. El amor, tú sabes, no puede estarse quieto y rompe a correr a la menor oportunidad. De ninguna manera es paloma. El amor es una perra hambrienta y uno, me refiero a ti o a mí, siempre es el gazapo. El amor. Pero si lo que siento, lo que siempre he sentido aquí dentro, duele de esta manera ¿por qué habría de llamarlo amor?

Te juro que me resulta tan odioso que lo único que quisiera hacer con ello es arrojarlo al inodoro y tirar de la cadena. Sólo entonces acabaría. Pero no, nada se acaba. Ni el dolor ni el miedo. No hay otro final para nuestras pesadillas que el despertar o este hondo estupor. Pero tenemos que hablar. Es importante. Todavía hoy sigo mirando desesperadamente hacia otro lado para que tu amor no me alcance. Jamás estuve tan segura de nada ¿lo sabes verdad? Hice mi vida como pude y, para salvarme, construí un andamio de palabras con los brazos extendidos en el aire, no para sostenerte ni para sostenerme, sino, simplemente, para ayudarnos a guardar el equilibrio, para alejarme de tu órbita, de ese satelizado amor que nunca te comprometió a nada.”

Había intentado decírselo ¡dios, cómo había intentado decírselo!

“Acabábamos de regresar del Sahara y, desnuda otra vez entre tus brazos me sentía un poco ridícula porque de tanto tomar el sol me había puesto como un cangrejo y sentía los pechos en carne viva. Tendida en la cama temblaba de escalofríos mientras tú, que a duras penas habías conseguido hacerme un hueco antes del cierre de la edición y que para entonces, se rumoreaba, tenías un satélite italiano - la tal Mila ¿quizá? - sonreías al verme tan despellejada y me pasabas la lengua por las ronchas antes de decidirte a echar el último polvo. Tan último que, por decirlo de alguna manera, pasó sin pena ni gloria. Rápido y bastante triste, caballeroso por muy sucias que estuvieran las sábanas.

Me hubiera gustado hablar contigo entonces ¿qué había de malo en eso? pero ni siquiera me diste una oportunidad.

Luego, de vuelta al periódico, te acompañé hasta tu mesa y tú me devolviste el favor presentándome a tus nuevos compañeros. Eso fue todo. Después de

los saludos de rigor, y ya a las puertas del ascensor, nos dimos un único beso. A través del cristal, mientras el ascensor empezaba a bajar, pude ver cómo me decías adiós con la mano: igualito, igualito que la reina madre de Inglaterra. Nunca te lo hubiese dicho pero, a estas alturas, no voy a quedarme con las ganas: empecé a odiarte justo entonces y por primera y última vez en la vida. Con el codo pegado a las costillas, agitabas los dedos de tu mano como si estuvieras tocando las teclas de un piano invisible.

¿Sabes qué? Para ser la última vez que nos vimos me hiciste sentir como una mierda “.

Pero sobreviví también a ese naufragio y durante los días que siguieron, tranquilicé mi corazón y me dejé de abatimientos y gruñidos sobre el amor perdido y otras elecciones equivocadas. Por fin había aprendido lo que todos decían que algún día llegaría a aprender: que la pasión es como una tormenta y que, para seguir arando, hay que esperar que escampe.

*

Oí la noticia por la radio del coche, un sábado en Santander.

Se había puesto el sol, pero aún faltaba un rato para la noche. Cosas del mar. En el horizonte resistía un resplandor muy rojo mientras, poco a poco, el cielo se había ido tornando rosa oscuro, casi malva. Sólo el mar parecía haberse ennegrecido de pronto aunque todavía resplandecían sobre su superficie las cabrillas de espuma que traían las olas. A medida que mis ojos se iban llenando de agua, la bruma ascendía lentamente desde la superficie del mar e iba envolviendo la playa mientras las gaviotas aleteaban cada vez a mayor altura. De pronto:

El enviado especial del “Diario” murió esta noche en el Hospital Central de Lima, víctima de una afección cerebral

Mi propia respiración, que a duras penas percibía mezclada con el lento siseo de las olas y el suave roce de las pisadas sobre el enlosado del paseo, se vio envuelta en un inmenso cansancio, un cansancio tal que sumergido en él, hasta el terrible dolor que sentía se iba apagando al tiempo que la poca cordura que me quedaba, apenas conseguía asomar el hocico, volvía a sumergirse en lo profundo de aquella asquerosa náusea. No sé cómo me había puesto a llorar a gritos. Pero si de repente otros gritos, unos gritos que en nada se pareciesen a los míos, se hubiesen colado a través las olas o, incluso allí mismo, surgieran a mi lado, en el borde del agua, los tremendos alaridos que yo daba los habrían dejado en suspenso convertidos, apenas, en afónicos suspiros.

Me dijeron que algunos decían al pasar por mi lado en el Paseo que tenía cara de loca.

Y es que yo no sabía que esta clase de tristeza se pudiese vivir como una cólera. Es decir, no que la noticia de su muerte fuera a ponerme furiosa, sino que la sensación sería la misma que si lo estuviese. El mismo ardor en la boca del estómago, la misma rigidez en la nuca. En situaciones así, a una le crujen las mandíbulas de tanto apretar y para aflojarlas un poco se ve obligada a tragar saliva, toda la saliva que puede, hasta que se impla lentamente con el mismo crecer de un agujero negro que en esa región finita del espacio/tiempo provocase un campo gravitatorio tal, que ninguna partícula material, ni siquiera el oxígeno de la propia respiración, tuviese la mínima oportunidad de escapar.

Cuando al fin pude reaccionar, regresé al hotel. Una vez en mi habitación, cerré la puerta de un empujón y me dejé caer en el suelo. Me costaba trabajo pensar pero como siento una fobia insufrible a la mente en blanco me obligué a dejarla en *stand-by* y, por un rato mis pensamientos se pensaron solos y no me ví obligada a intervenir.

Sentada en el suelo, con la barbilla pegada a las rótulas.

Al cabo de media hora, me levanté y me metí en la ducha. Sin zapatos. Sin desnudarme. Como quien se mete en una historia sabiendo que saldrá de ella con la sensación de haber estado inmersa en las vidas de otros, en tramas que se remontan a siglos, con todo el cuerpo lleno de frases y momentos, como si hubiera despertado con una pesantez causada por sueños imposibles de recordar. El agua fría me hizo reaccionar. En momentos así, algo en mi interior aúlla, no podría describirlo de otra manera, y pugna por convencerme de que un dolor así no merece la pena. Que un amor así no merece la pena porque si una tiene un hijo tiene también, hasta cierto punto, la obligación de sobrevivir y, para sobrevivir, amar como yo le amaba no era, digamos, estrictamente necesario. El agua fría me achicó la cólera apenas un instante. Luego fue otra vez la memoria, esa lava al rojo vivo, la geometría casi esférica de un dolor completamente negro y toda mi cordura se fue al carajo, crepitando como crepitan las pelusas de los chopos cuando se les arrima la llama de un chisquero. De rechazo, me puse entonces a buscar la forma de enmendar la pena. Como si pudiera. El pringoso, contagioso placer de creer que eres la dueña de tu propia vida. Y por lo mismo, de tu única, intransferible muerte. De todo el dolor que causas y que te causan.



Así que decidí emborracharme.

Bajé a un bar de la esquina y empecé a tomar. De las mesas barnizadas se desprendía un leve resplandor. Los manteles a cuadros estaban doblados y apilados en un extremo del mostrador. Sobre la terraza, un toldo. Sentí que los ojos de algunos clientes me seguían golositos cuando hice el gesto de acercarme a la pared para apoyarme. Después, bebí respirando profundamente en el vaso para impregnarme de vapor los ojos y, de paso, espabilarme un poco. Alguien entonces se me vino encima y le oí decir que tenía el pelo bonito. “Me gusta tu pelo”, dijo. Yo me incliné hacia delante con expresión aletada y le miré muy cerca, explorándole el rostro. No sé qué esperaba encontrar allí. Palabras al otro lado de la piel, a punto de caer. Él seguía recostado en la barra e intentaba sostener mi mirada. Entonces vi cómo se le cerraban los ojos. Me sentía como si fuera el único ser vivo en toda la ciudad: Inmersa en una oscuridad eléctrica...y como me vino a la boca el regüeldo horrible de la bebida, me colé detrás del mostrador y, antes de que nadie pudiese impedirlo, abrí un grifo para lavarme la boca. Después, giré un poco el sintonizador de la radio, buscaba la melodía que él solía canturrear a menudo, la voz de aquella Chavela extrañamente poderosa y letárgica diciendo que *sin saber que existías te deseaba y antes de conocerte te presentí/ llegaste en el momento en que te necesitaba, no hubo sorpresa alguna cuando te vi.*

Me sorprendí en el espejo: una mujer con brillantes rizos revueltos que se llevaba las dos manos a la cabeza. Y que, antes de irse, da la espalda a su reflejo para, doblada casi por la mitad, apoyar la cara en el frescor mineral del mármol.

El mármol, la otra orilla de la Laguna Estigia y las lágrimas mojándole la barbilla.

Al ir a salir, el hombre seguía dormido. Un brazo apoyado sobre la mesa, la palma de la mano hacia arriba como si pidiera limosna. “Cómo te llamas” susurré a su oído, pero él no me oyó. Le besé en la frente y eché a andar hacia la puerta: la calleja de luz, estrecha y azul que conduce a la calle donde sé, pero ni siquiera sé por qué lo sé, que lo que vaya a suceder conmigo sucederá a partir del instante en que ponga el pie fuera.

Los muertos besan suave, me dije, como mariposas pequeñas, *volvoretas*.

A las ocho de la mañana la niebla se había disipado. Suena el teléfono y oigo: “¿Vas a ir a la Almudena?”, alguien pregunta “¿vas a ir a la Almudena?” A veces, cuando me pillan por sorpresa, me quedo sin palabras. Entonces, dejo pasar unos instantes canturreando, ordenando las sílabas lentamente, dando vueltas a su alrededor para disponer las oraciones como dispone su instrumental el cirujano, comprobando su estado, escogiendo las que necesito o sustituyéndolas por otras en un instante.

“¿Vas a ir a la Almudena?”

*

Tan pronto como pude, me puse a escribir compulsivamente una lista de todas las cosas que tenía que hacer. Tenía que volver a llamar para decir que sí, que contaran conmigo. Tenía que ir no más fuera por curiosidad. Tenía que terminar la traducción. Tenía que renovar el pasaporte. Tenía que llevar al niño al oculista. Tenía que abrir una cuenta en la Caja. Tenía que dejar de comer chocolate y chorizo alternativamente y, a veces, las dos cosas al mismo tiempo. Tenía que dejar de beber tanta cerveza. Tenía que dejar de

comprar tantos periódicos y revistas y de recortar todas y cada una de las líneas donde apareciera su nombre. Tenía que olvidarme de él. Tenía que empezar a tomarme en serio el paso de los años. Tenía que dejar de tomar en serio mi propia tristeza. Tenía que dejar de tomarme en serio toda esta angustia. Tenía que preparar la maleta. Y tenía que decirle – a Marga, la compañera que me había llamado -que por el amor de Dios no le contase a nadie, pero a nadie, nadie jamás que, yo también había sido su novia.

Ni que decir tiene que acabé por no hacer nada de lo que me había propuesto. A cambió, conseguí tranquilizarme un poco, tararear, incluso. Pero, a cada rato, aproximadamente cada diez minutos, me asaltaba el deseo apremiante de hablar con él y de explicarle, volver a aquella época de máxima intimidad entre los dos, allá en su cuarto o a veces en el mío, espacios ambos por los que discurría el turbulento río que nos separaba. Al recordarlo me sentía tan fascinada por mi propia presencia allí como por la suya: la de un chico irónico, cuya media sonrisa cruzaba el aire hasta los mismos labios de la muchacha de la que se había enamorado. Sus botas de siete leguas junto a la puerta y el brazo plegado bajo la cabeza de ella, yo, tumbada boca abajo encima de la cama.

Siempre iba a tener - lo comprendía ahora- un rosario de recuerdos inextinguibles y, ni siquiera iba a saber qué hacer con ellos. El recuerdo de aquel que fue siempre incapaz de decir que *sí* o que *no* a casi nada, pero creía apasionadamente en lo que hacía. El recuerdo de un hombre que no pretendía, desde luego, salvar su alma cuando a media noche se echaba la chaqueta por los hombros y salía a todo correr con la intención confesa de rescatar a algún pobre tipo a punto de ser desahuciado por no pagar la renta.

Con su deliciosa y complicada inocencia Q. era el hombre menos locuaz que imaginarse pueda. Lo recuerdo a veces sentado frente a mí, cuando se

entretenía leyendo en voz alta alguno de mis poemas. Los leía unas veces del derecho pero otras, del revés. Por pura curiosidad y porque, decía, desde siempre estaba acostumbrado a leer textos ininteligibles. Incluso bajo la sombría luz de aquella primera claraboya la comprensión inversa de mis poemas resultaba para él un juego, un elemento más del ruido que ascendía desde la calle y que era el de los bocinazos imprecisos del tráfico. Aquella primavera hizo mucho calor. Algunas tardes, yo le dejaba leyendo y, desnuda, salía a la terraza a darme un manguerazo. Para no interrumpirle. O para no molestar al *recogido* de turno.

Y, sin embargo, nuestras vidas carecían de estructura propia. Yo todavía me llamaba Clara – él me cambiaría el nombre - y sólo tenía diecisiete años pero él, con veintisiete, sabía ya de tantos patios y alcobas, de tantos amigos y enemigos que, sólo con escucharle decir la hora caí derretida a sus pies. “Clara es nombre alegre que sugiere abrazos, un nombre que puede cantarse, tan volatinero como un saltimbanqui, tan seguro como una canoa que con sólo dos paletadas atraviesa un riachuelo, solitaria y centella” “Pero, cuando crezcas, añadió, irás oscureciendo, y entonces te llamarás Lilit”.

“Y tú me gustas Clara y tú también, Lilit”.

Hay galanteos prolongados que tienen lugar en ausencia del ser amado y él solía decirme estas cosas, susurrando y cuando estaba a punto de dormirse. En ese instante inmediatamente anterior al sueño que siempre le había aterrado. Yo había soñado con esas palabras muchas veces y también las había dicho dejándolas caer como moneditas en la fuente de Treví suplicando confiada que se cumplieran mis deseos. Sí, las había dicho muchas veces antes, pero no a él. Las había regalado como prenda a chavales que hubieran debido ser más despabilados. Las había utilizado

como amenaza o como regalo. Y el resultado había sido siempre el mismo: en cuanto las oían, echaban a correr.

Te quiero Q. te querré siempre.

Será por eso, pienso ahora, que mi forma de comprender lo incomprensible de su muerte pasa por resucitarle a través de mis emociones. Tanto es así que a veces me resulta imposible recordar lo que hice o lo que él me hizo, a no ser que consiga antes recordar lo que sentí. Y, de igual manera, al revés, esa condición resulta cierta: sentir dolor, un dolor como el que estoy sintiendo me hace recordar otros dolores pero si estoy alegre, es porque experimento una alegría que me viene de antes, de cuando le conocí y que es, en el fondo, una y la misma alegría mía de toda la vida.

Ahora las cosas han cambiado. En la misma ciudad me he vuelto nueva incluso para mí misma. He puesto bajo llave mi pasado. Contemplo mi imagen en el cristal de las cabinas telefónicas y no la reconozco. A este desconcierto suele seguir siempre el olvido, la desmemoria inducida. Oh sí, me repito a mí misma, no hay nada como el olvido... sin darme cuenta de que cuando desechamos los recuerdos, desechamos también una parte importante de nuestra vida. No importa. Ahora nada importa demasiado porque he comprendido que, para seguir viviendo, una necesita desprenderse de capas enteras de su antigua identidad. Igualito que la cebolla dentro de la tortilla de patata. Mi infancia, sin ir más lejos o el nombre de tu padre. Esfuerzos necesarios. Esfuerzos para olvidar lo esencial.

Esencial: lo permanente e invariable de las cosas.

De este dolor ensordecedor.

Tres: raíz sorda.

Dicen los árabes que ser *absurdo* es no ser capaz de oír. En nuestro idioma, la raíz de la palabra *absurdo* que heredamos a través del latín *surdus* es una traducción del árabe *jadr asamm* “raíz sorda”, que a su vez traduce el griego *ahogos*, “sin habla, irracional”. El contenido oculto en esta telaraña etimológica es que el mundo seguirá teniendo sentido para alguien que sea ciego o al que le falten los brazos. Pero si una deja de oír, un lazo esencial desaparece y pierde el rastro de la lógica de la vida. Queda aislada, enterrada bajo tierra como una zanahoria.

La absurdidad de la vida.

Hasta entonces había intentado construirme una lógica a base de pequeños ecos, diminutos murmullos que de alguna manera me ayudaban a interpretar el mundo, a comunicarme con él, a expresarlo en voz alta. Pero luego él va y desaparece, y el “ruido” de su muerte, que al principio fue sólo una vibración, un titilar de moléculas de aire alrededor del sonido que produjo su cuerpo al caer, avanzó como una gran ola hasta mis oídos donde, al reventar, sacudió mis tímpanos hasta casi romperlos.

Dejé de oír al mundo.

En ese instante se esfumó toda lógica y, en su lugar, hizo acto de presencia la más pura desesperación. Y así como durante las llamadas horas de silencio, los internos de Alcatraz se las arreglaban para comunicar sus nombres, susurrando en las tuberías de agua vacías que recorrían las celdas (y después ponían la oreja para escuchar el del otro), así también yo empecé a susurrar su nombre noche tras noche en las tuberías de mi memoria.

Tap, tap, tap gotas de agua sobre el plato de la ducha. Un sonido atronador a las cuatro de la mañana. Sin planes, ni deseos sexuales o de otra clase;

viajes quizá, comida, no, el ruido nada más, los ruidos de las tuberías, indescifrables. Vaya, me decía optimista, sólo hace falta un poco de paciencia, enseguida terminará el duelo. Tap, tap, tap todas y cada una de las horas de la noche y, al amanecer, me levantaba del sofá y todavía con la ropa del día anterior, me preparaba un café antes de volver al trabajo. ¡Le echaba tanto de menos!

No podía dejar de pensar en él: en cómo con su mirada astuta podía centrar un hecho y reorganizarlo, captar los datos superfluos; en cómo afilaba su ironía pero también la confianza que tenía en los mayores desconocidos, en las posibilidades de una suerte improbable que iba desde un encuentro fortuito a una llamada telefónica con una oferta de trabajo que le llevaría muy lejos, tal vez, para siempre. Los años que viví con él estuvieron siempre llenos de semejante coreografía. Su intuición podía encontrar el hilo conductor entre casi cualquier causa y efecto y acertar con la urdimbre de un nudo invisible.

Pero no era conmigo, apenas un satélite, con quién más a gusto se encontraba sino con sus amigos, hombres que tenían como él la locura de desentrañar, averiguar lo más dificultoso de cualquier materia. Compañeros de tarea.

A mí sólo se me permitía observar. A mí y a los otros satélites.

*

El martes 24 de agosto a las 20.40 el avión del vuelo Iberia 412 a Lima se dirige a la pista de despegue. Q. iba dentro. En una mano, la copa para el miedo, en la otra, el temblor de la música Mozart a través de los auriculares. El viernes 20 de agosto, a las 6 de la mañana, sonó el teléfono
- ¿Estás despierta?

- ¿Qué hora es?
- Todavía temprano
- Ahh.
- ...Volvoreta?
- ¿Sí?
- Sólo quería despedirme

Para Q. mi amor era como un frasco de sales de baño, abrirlo lo hacía sentirse natural y relajado.

- ¿No me preguntas a dónde voy?

Le desconcertó mi silencio, que apenas escuchara sus palabras.

- Lilit ...
- Sí, ¿Qué quieres?
- Adiós.

El bueno de Q, tan preocupado siempre por dejar bien atadas sus emociones. Adiós. Adiós amor. Ya en el aeropuerto, se preocuparía del pasaporte o de las divisas sin olvidar los problemas que inevitablemente encontraría al llegar a otras fronteras. En otra ocasión pegándose al borde del mostrador y mirándome con sorna dijo que jamás había visto un rostro tan luminoso en una novia que se decía desolada por su marcha, que *eso* le hacía sospechar que, si de improvviso, me hubieran invitado a ir con él, me habrían hecho la mujer más desgraciada del mundo. No me molesté en contestar. Hay veces que las bromas se me atascan en la lengua. Sabía, porque él me lo había hecho saber, que en otras épocas había temido muy mucho los viajes en avión y que su madre solía acrecentar ese miedo con toda clase de presentimientos y ansias. Pero si bien es cierto que en aquel mes de agosto de 1977 Q. ya no sentía miedo a volar, el miedo a quedarse sólo seguía siendo grande y, claro, para disimular, mentía. Pero mentía también para espantarme de su lado.

Esa y nada más que esa fue la causa de mi silencio y la causa también por la que su amor, con el simple paso de los meses, empezó a perder altura en picado antes de que yo, la co-pilota de turno, tuviera tiempo siquiera de abrocharme el cinturón.

Nubes rasgadas, espesas gotas de agua de un pasado que no se disuelve, papilla de recuerdos de la que quisiera librarme y no puedo...Cada vez más, mi memoria se va pareciendo a un pastel de crema enmohecido dentro de un frigorífico apagado; un pastel verde y lleno de hongos.

Al ir a encender la lámpara compruebo que se ha ido la luz. Rasgo una cerilla y la acerco al cabo de una vela. La luz se eleva hasta mi frente. Me arrodillo, apoyo las manos en los muslos e inhalo el olor a fósforo. Me imagino, no sé por qué, que inhalo también la luz. Avanzo unos pasos y cuando alcanzo la alfombra, me tumbo en el suelo boca arriba. Deshilachadas gasas cruzan débilmente bajo mis párpados. Arriba, en el techo, serpentean los faros de los coches antes de convertirse en sombras para enseguida volver a iluminarse. Como en esa película en la que un verdugo después de decapitar a sus víctimas se duerme y, mientras está dormido, los cuerpos que él ha martirizado vuelven a colocarse las cabezas con sus propias manos. Tumbada todavía, cojo aire, soplo y apago la vela. Ahora estoy a oscuras. Sólo siento el olor a humo.

*

Antes de conocerle, conocí a Q. en un sueño. Una noche le dije a mi compañera de habitación “Marga dile que se vaya” Amiga de toda la vida ella se levantó y con toda seriedad, sin encender siquiera la lámpara de la

mesilla porque así le era más fácil disimular una indecorosa camiseta que ni siquiera le tapaba el pubis, le invitó a salir de la habitación. Bajo la luz que iluminaba los ascensores de hierro. Marga se dirigió al hombre de mi sueño con toda cortesía: haga usted el favor le dijo, pero él no se dignó a moverse, en realidad confesaría Marga a la mañana siguiente, no parecía sentir ninguna prisa. Entonces ella le amenazó con llamar al vigilante. Sólo entonces desapareció. O eso me dijo mientras me hundía en los últimos pliegues del sueño no sin antes escuchar un murmullo: “parecía encantador” y a Marga muerta de risa.

A la mañana siguiente me encontraría con él en un autobús de la línea 27. Y al cabo de una semana, me había ido a vivir a su casa.

Pero cuando le abandoné, todo seguía en el mismo sitio donde lo habíamos dejado: la guitarra, los discos, el narguile... incluso ahora, cuando cierro los ojos, veo el rincón exacto donde sus satelizadas amantes dejaban el bolso cada vez que Q. las invitaba a subir. Durante algún tiempo ellas se fueron pero yo me quedaba. Luego ya no más. Pero durante aquel año, disfruté mucho con la idea de que formábamos una pareja ¿cómo decirlo? liberada. Disfrutaba con el erotismo de la situación. A él, por su parte, le gustaba saber, cuando hablábamos de mi infancia, el pupitre que ocupaba en las aulas del colegio, mi marca preferida de chicle, si me había enamorado de mi profesora antes de cumplir los nueve años.

Esos detalles le hacían sonreír.

Y después:

“Cuando conozco a una mujer - decía - la única forma que tengo de conocerla mejor es acostándome con ella”.

Su seducción, suya sólo, formaba parte del mismo proceso de conquista. A pesar de todo, durante aquellos primeros meses me di cuenta de cuanto me

interesaba él, su vida, su manera de hacer las cosas, su trabajo en el periódico, el paisaje donde se había criado. Yo ya no quería ser feliz o independiente, sólo le quería a él. Sobre todo, cuando me contaba historias como la de la Papisa Juana. O cuando me cantaba a Chavela, rasgueando la guitarra con sus dedos de gitano. Aquellas canciones tuyas sentadas en el borde de la cama hacían desaparecer cualquier lugar donde nos encontrásemos, sus incoherencias, todo.

A su lado, sentía a menudo como si me estuviera perdiendo el mundo.

Y cuando por fin lo conseguí, cuando por fin conseguí regresar a ese mundo que hasta una noche antes de conocerle había sido casi mío imaginé, por fin, que me había liberado. Es decir, lo creí sinceramente durante algún tiempo pero enseguida, escondida en un nuevo espacio innominado y familiar, tuve que reconocer que me había convertido y era (soy y seré siempre) un territorio ocupado.

Mi cuerpo, un territorio ocupado para siempre.

En fin, lo cierto es que me descuidé y, en su momento, no supe hacer una revisión del mapa, seguí viviendo sin darme cuenta de que, hasta los rincones que siempre creí más míos, habían sido anexionados.

El corazón – dijo una vez – nunca se da, sólo se presta de vez en cuando.

Pero si así fuera ¿cómo es que todavía no he sido capaz de recuperarlo?

Q.. era encantador, pura cortesía galaica, ligeros indicios de condescendencia machista, familia feliz. Me gustaba porque tenía barba y se parecía a Jesús de Nazaret. Además, sabía lo que quería: El hombre más libre de todos, el que tenía su propia visión de la vida. Eso, naturalmente, resultaba un gran afrodisíaco. El único con visión propia que yo había conocido. Se rodeaba de gente como ----- y los demás. Formaban una piña.

Pero él era un mago, los tenía sitiados a todos. Era también un residuo de familia bien, el verdadero final de un linaje.

Yo, en cambio, era... sí, una señorita de provincias, pequeña rebelde, interludio adolescente, apenas.

*

Uno de aquellos días, sin venir a cuento, dijo que de las mujeres (de mí no, porque yo era una niña) lo que más le gustaban eran sus pechos. Dijo que a pesar de lo que pudiera parecer, él era un hombre muy duro y que la única maniobra que una mujer podía hacer para quitarle el sueño era acostarse con él. A partir de entonces me tocó aprender a convivir con los celos aunque, a fuer de sincera, tampoco eso fue tan difícil. Lo que resultaba más bien trágico era mi voracidad sentimental: mi afán, casi infantil, de prehendrer el mundo provocaban en él un montón de medias sonrisas. También lo de la inocencia deshilachada, esa que se iba alejando de mí cada vez que me dejaba plantada en el Gijón o cuando me obligaba a cerrar la boca delante de sus amigos, una pandilla en donde no había nadie que no quisiera algo de otro (sobre todo de él), que no aspirase al teléfono de otro alguien más influyente, que no buscase un trabajo mejor o una nueva vida. Eran unos desposeídos. Todos, menos yo.

Al principio me preguntaba si no habría querido simplemente robarme, no desde luego porque yo fuera Clara sino, simplemente, porque le estaba prohibida. Él sabía que, si mi padre llegaba algún día a echarle mano, terminaría en la cárcel por corrupción de menores. Por otra parte, enseguida tropezó con mi carácter: hija de un juez instructor de provincias fui siempre esa aguja de pino que, sin querer, el juez primero y él después, se habían dejado incrustada en la ranura de los dientes: virgen, hasta que él tuvo a

bien deshacer el entuerto, fugitiva de una residencia de monjas, llegó el momento que tuve que abandonar también a mi familia, desaparecer.

Me detuve algún tiempo entre sus brazos pero, en realidad, nunca llegó a conocerme.

Desde el primer día en que nos conocimos, empecé a jugar conmigo misma un juego privado y calculé, en el cínico dial de mi conciencia, hasta cuando duraría mi paciencia. Te preguntarás quién demonios era yo para permitirme esa clase de juegos. No sabría qué contestar pero lo cierto es que me sentía como frente a un médico al que no pudiera relatar mis síntomas. No sabía hasta qué punto me había enamorado de él o hasta qué punto se trataba de un juego de secretos. A medida que intimábamos, aumentaban las diferencias que nos separaban durante el día. Por un lado, me gustaba el espacio que él me dejaba, un espacio que, a su juicio, deberíamos tener por sagrado y que infundía en cada uno de nosotros una energía particular, un código de aire cuando él se levantaba de la cama y sin decir palabra, salía de casa camino del periódico donde volvía a reunirse con sus compañeros. A la vuelta, si volvía, me soplaba en los ojos y dejaba en mi regazo algunas fotografías exóticas. Yo le tendía la guitarra y le contaba una historia de duendes escondidos en un patio de vecinos. O trabajábamos juntos en alguna idea para el próximo reportaje o yo le leía los últimos versos que hubiera escrito: *Arena seré y un día, espuma, caracola, pez decapitado, y otro día fuego.*

Más adelante iba a comprender que, ni él ni yo, accederíamos nunca a vernos comprometidos. Busqué esa palabra en el diccionario, aunque por entonces ya la conocía, pero me olvidé enseguida de ella porque Q. dejó siempre muy claro que *eso* del compromiso no iba con él. Si atravesaba los

quinientos metros que separaban su apartamento del mío lo haría siempre por mi única, sola voluntad y, claro, entonces podía no encontrarle o encontrármelo con otra, no por falta de amor hacia mí, sino por pura pereza, por no renunciar a la dulce vanidad de saberse deseado. *Déjame acariciarte. De tus pechos es de lo que estoy más puramente enamorado, tu piel de seda.* Y más tarde, cuando yo misma, ella o cualquiera otra se hubiese dormido y Q. satisfecho, hubiera dejado caer su cabeza hacia un lado, hacia ese poco de aire que entraba por la ventana que él dejaba abierta, quizás se dijese: ¿No vamos un poco deprisa? Tal vez debiéramos esperar un poco ¿no te parece? ¿Lilit? ¿Me oyes, Clara?

Ay, amor mío, deja que el reloj se detenga. No me dejes salir de aquí.

Un día, por fin, le grité que no podía, ni un minuto más, con mi alma. Él se inclinó y me besó en la frente, pero yo no sentí nada. Y luego allí estábamos, otra vez, desnudos en la misma cama y mis labios sellados y, supongo, mis mejillas hinchadas como las mejillas de un pez globo, llenas de reproches. Es posible que debido precisamente a ese esfuerzo, me creciesen los colmillos necesarios para mi particular trastear en la vida diaria: Atravesar a solas la melancolía puritana del Madrid de los setenta, impregnada de prejuicios meapilas equivalía, pienso ahora, a una especie de terapia que contribuyó a mantenerme casi siempre lúcida y alerta, educando mi espíritu crítico e insuflando en mí un especial talento para salir corriendo y escapar a las pasiones no deseadas lo que, por lo pronto, me valió esa fama de indómita que a ratos más, a ratos menos, me ha acompañado luego a lo largo de mi vida.

Fue en 1970.

Pero espera, déjame recordar ¿Qué hicimos en nuestra primera noche? Supongo que caminar a oscuras por calles color charol. La luz de las farolas reverberaba en los charcos. Llovía. Dejaba de llover y eran las dos de la madrugada. Íbamos a Tosca, ya sabes, en Claudio Coello, donde una pequeña orquesta solía tocar boleros. A él, ya sabes, le gustaban los boleros. Sobre todo los de Chavela,. Y, además, creyó siempre dirigir la orquesta, pero yo me enredaba a solas en las cinco líneas de mi propio pentagrama.

Hasta que un día:

Creo que lo he conseguido, he conseguido que me envíen a Eritrea.

Y entonces yo me eché a reír y gemí como un espíritu que buscase el simple ojo de una cerradura para poder escapar. Apoyé las manos y la frente, me apoyé toda entera en la pared por miedo a desplomarme, y de pronto, la boca me estalló en un montón de ruidos que no decían nada. Él me abrazaba, me abrazaba pero yo había dejado de reír y sólo hacía que llorar.

Oh, vamos, cualquiera diría que voy a morirme

Lágrimas que hurtaban el verdadero nombre de las cosas; dos cuerpos que se dejaban caer entre los almohadones para después brincar, como gotas de lluvia que se liberasen de unas nubes cargadas de calor y corrían después bajo los truenos y sobre campos de color oscuro ...

Sí, cualquiera diría que me había puesto de duelo.

En momentos así hubiera podido llenarme de furia mientras Q., para tranquilizarme, cogiendo mi rostro entre sus manos y mirando, mirando allá dentro muy profundo, podría haber reconocido lo difícil que resultaba, a veces, decir ciertas cosas y que qué otra cosa hubiera podido hacer él, los

dos sabíamos que no tenía otra salida, que, por favor, no le odiase, que yo no le odiase por favor...

Pero no, no sucedió nada de esto.

Vale. No te odiaré nunca, pero elimina los puntos suspensivos, por favor.

*

Mientras Q. repetía por favores y me miraba, como seguramente miró Adán a la que fue su costilla, yo me sentía inquieta: sobre mi frente su generosa, condescendiente mirada. Por eso, y aunque ahora sea ya demasiado tarde, me gustaría que supiera que lo segundo que pensé fue en salir corriendo.

¿Y lo primero, recuerdas qué fue lo primero, Lilit?

Sí, lo primero fue la urgente necesidad de mandarle a la mierda porque lo cierto es que, para empezar, se iba y no contaba conmigo para nada.

Pero entonces no pude. En el fondo me sentía avergonzada por ese no saber estar a la altura, por esa falta de dignidad, por todas aquellas lágrimas.

Y entonces él,

Por lo menos, déjame decirte que te quiero.

¿Y sabes lo peor de todo? Que probablemente era cierto. Aquella primera, única vez.

Pero todavía me pregunto si algo parecido pudo llegar a ocurrir. O ¿acaso era yo como esos inocentes desahuciados que cuando reciben el diagnóstico final se empeñan, ansiosamente, en no leer lo que está allí escrito? Lo único que sé es que Q. tan muerto hoy a mi lado, sigue creciendo en esta ausencia suya como altísima palmera planetaria, meciéndome entre sus ramas, alimentándome con sus dátiles, el sabor de su dulce fruto, todavía en mi boca.

Cuatro: Cierta vez, El Cosmos.

El diario EL COSMOS fue literalmente erradicado, demolido, volada su sede por el poder omnímodo e impune del general. En la voladura controlada que hizo venirse abajo el cuerpo central del edificio a las 11 horas, se emplearon 1200 detonadores y 175 kilos de goma-2 que redujeron sus instalaciones a 105.000 toneladas de escombros. La actuación, que fue presenciada por una multitud de periodistas, supuso la colocación de 1.119 barrenos y la perforación de 325 pilares con la participación de 19 personas entre operarios e ingenieros y se invirtieron, aproximadamente, unos 150 millones de pesetas.

La voladura ejemplarizante y contundente del edificio del COSMOS, que no era precisamente un periódico de izquierdas porque, “esos”, no llegaban nunca a los quioscos, marca la cota más alta en la larga y negra lista de atentados contra la libertad de expresión acometidos en una tierra, madre de la Inquisición y víctima de iletrados déspotas y despóticos clérigos.

Nada dura – diría minutos después Q. todo parece un sueño. La libertad se quema y también se disuelve. Ser tratado con una mínima justicia eso, amigos míos, no es nada”.

En voz baja, cuando volvía sobre sus pasos, frente a los escombros.

Madrid es una colmena. Una ciudad de celdas abandonadas y manzanas de cemento redondeándose frente a plazas de cemento, de grandes portales y corralas, de vecinos, de bocas de metro húmedas de orines varios y de un infinito número de bares, el olor contagioso de las fritangas ascendiendo por las paredes de ladrillo en las polvorientas noches de verano.

Una ciudad en la que casi todo el mundo viene de fuera trayendo consigo diferentes miradas, aromas diferentes y diferentes músicas para las mismas palabras. Una ciudad de almas perdidas; el lenguaje como una especie de asidero. Una ciudad de socavones. Y en los lindes, los delantales de tierra de Castilla y otras cárcavas. Una ciudad que puedes recorrer entre alcorques hundidos a pie de calle, con la mirada levantada hacia balcones y marquesinas, terrazas, jardines colgantes de yeso. Una ciudad de varias cabezas, de varias columnas vertebrales, como un pulpo de brazos huesudos, articulados y en cada extremo, un zapato, una grúa, un casetón de herramientas. Y el ruido. Autobuses que en las orillas. Ciudad de atajos escondidos, de garajes oscuros con rampas onduladas que, en aquel mes de abril, cuando las fuerzas del régimen vuelan *EL COSMOS*, pinta de polvo rojo los arcones. Una ciudad, sí, construida a orillas del mayor albañal de la península, un monte del todo pardo y su reserva de caza mayor.

Abril, un día 24, a las tres y cuarto de la tarde.

Frente al gran vestíbulo de piedra caliza de la rotativa, se ha reunido una pequeña multitud pero a partir de ese único punto concurrido, las calles que rodean la esquina condenada se extienden desérticas, como la oscuridad derramada más allá del charquito de luz de una pequeña lámpara. De repente, la explosión. En dos segundos, lo que había sido un edificio de tres plantas y dos sótanos, coronado por un enorme chapitel filipesco, estalla. Se hunden hacia atrás las dos torretas de las esquinas y una nube de almagre descende sobre los escombros. Entre las piedras, algunos fragmentos de metal brillan todavía bajo los rayos del sol como las piezas de oro de una muy vieja dentadura.

*

Existe un borde grueso y negro sobre las cosas que están separadas de su sentido. De Q. yo había ido aprendiendo el significado de los paralelismos y de las líneas en blanco, la razón de que el ministro de la cosa se hubiese propuesto – y conseguido - cancelar la inscripción del *COSMOS* en el Registro de Empresas Periodísticas. Pero ese aprendizaje no me sirvió para nada. Podía mantener con cierta competencia mi punto de vista en una discusión sobre la censura, las razones aducidas, litigios o manipulaciones pero, aquel día, repito, no se me ocurrió pensar en lo único que de verdad importaba a saber, de qué íbamos a vivir a partir de entonces Y, también, qué significaba para Q. quedarse sin trabajo. Le sentí revolverse inquieto aquella noche. Cuando se despertó del todo, comprobó el silencio auténtico de la habitación y rió ante esta pequeña tregua. Como si sus antiguas propiedades: la guitarra, el tocadiscos, los libros le reprendieran y él se quejara, vacilando.

También yo tenía motivos para quejarme porque, también yo, me sentía abandonada. Como él, sentía cierto placer al sentirme deseada, pero quería o mejor dicho pretendía, que este deseo no se limitase sólo a mi supuesta belleza. Sus amigos solían decir, incluso, que mi naturalidad les parecía cautivadora pero él, últimamente, ni siquiera parecía darse cuenta. *¿Qué es lo que te ha hecho el tiempo?* Fuera como fuese, ya digo, yo me sentía abandonada y a pesar de que por entonces me ganaba, malamente, la vida con algunos trabajillos de traducción para el *Overseas Service* de la BBC, decidí cambiar de vida. Decidí aprender fotografía y aparcar por un tiempo mis estudios. Así él podría tirar de mí cuando le fueran mal las cosas y, como ahora, no pudiera disponer de un fotógrafo. Además, algunas veces había ayudado a Marga en su laboratorio y tenía una ligera idea de cómo funcionaba todo.

Cuando volaron el COSMOS y Q., se quedó sin trabajo, pensé que quizá nos vendría bien formar un equipo: él, periodista y yo, su *cámara*. Lo pensé a solas, claro, porque había descubierto que puesto que yo nunca llegaría a ser él tendría que hacer lo posible, al menos, por parecerme. Creí, para que todo funcionara, no necesitaríamos nada más.

*

Ansiedad, pesadillas, ignorancia y certeza. Suerte de varas en una torpe corrida. Todo muy doméstico por añadidura. Para entonces alquilé el primero de toda una serie de pequeños apartamentos. Vivía, al menos, con un techo sobre mi cabeza, las más de las veces, con grietas; Vivía con un montón de libros que, nunca había leído, arrimados a las paredes; Vivía con una cama de uno veinte y un juego y medio de sábanas, sin colcha; Vivía con los cartuchos de Tampax escondidos bajo la almohada; Y con una receta de píldoras anticonceptivas y, por supuesto las píldoras, en el mismo sitio; Vivía siempre, pero todavía no sé cómo, con una reproducción a tamaño natural del Guernica en la cabecera Vivía para comunicarme, relacionarme y, a veces, hacer el amor con Q.; Vivía, de noche y de día, con su nombre encima de mi conciencia y con su peso encima de mi cuerpo; Vivía como una beduina, dispuesta a levantar el campamento de un día para otro; Vivía, a ratos, en mi propia casa pero, las más de las veces, en la suya. En esas circunstancias ¿cómo hubiera podido contemplar la vida mía como algo realmente propio, personal o siquiera relevante? Llevaba un tipo de vida que se burlaba de una.

Alguna de aquellas mañanas íbamos a pasear por el Jardín Botánico. Árboles llenos de trinos proyectaban sus elevadas ramas sobre los parterres.

Los gorgoros, el fru-fru de las hojas y las gotas de agua que los surtidores de las fuentes lanzaban al aire caían sobre nosotros como gotas de perfume. Las pelusas de algunas semillas alfombraban los bordillos de grava y nosotros caminábamos sin ver, sólo mirándonos. En realidad, íbamos de paso a comprar algún libro a la Cuesta Moyano. Q. decía que sus casetas, de tan húmedas, olían a Piélagos, allá en Cantabria, donde sus padres conservaban la antigua casa. Fuera como fuese, lo cierto es que Q. estaba acostumbrado a comprar – y a leer- libros con argumentos claros, autores que acompañaban a sus personajes para ayudarles a aclarar sus motivos, imaginativas soluciones que sacaban a los pobres de su indigencia y daban de comer al hambriento. Cuando Q. terminaba de leerlos, todas aquellas vidas se habían solucionado, todos los amores, consumado. Incluso los desdeñados aceptaban su destino como caso de fuerza mayor.

Pero lo nuestro era una historia diferente.

Besos a la altura del Monumento al Soldado Desconocido. Con los labios entreabiertos. Abrazados.

- Lamento tener que pedírtelo, pero siguen sin concederme el visado y, si quiero encontrar trabajo no puedo seguir perdiendo todas las mañanas en el Consulado ¿Te importaría ir por mí?

- No hay problema pero no sabía que necesitaríamos visado (imbécil de mí seguía creyendo que iríamos juntos a Eritrea).

- Soy yo quien lo necesita. Lo siento. No es un trabajo pagado y tengo que venderlo. Además, con El COSMOS cerrado no hay suficiente dinero.

- ¡Venga allá!

- Deja que te explique.

- Habla claro, maldita sea.

- Voy a ir solo.

Evitando torpemente una discusión.

Él y yo. Yo y él. Como el perro y el gato. Pero ¿quién el perro? Cada uno de nosotros hubiésemos contestado de manera diferente.

De manera que dejé lo de la fotografía y seguí con lo mío. Llegó un momento en el que estaba asistiendo a un curso de periodismo en la Escuela y a otro de Lengua y Literatura Árabe en la Universidad mientras, de paso, ganaba algo de dinero con la traducción. Traducir no sólo era una parte importante de mi sustento sino también, fascinada como estaba por las corrientes subterráneas del lenguaje, una especie de juego permanente.

Tiene gracia. Ocurre a menudo que lo que es más importante para una, acaba siempre por convertirse en un juego. Cierto que en mis fantasías de gran profesional no me preocupaba demasiado la cuestión de por dónde empezar a traducir un texto y, mucho menos, un libro completo. Suponía – porque de ninguna manera podía estar segura – que en aquella fantasía mía había una vaga noción de que una vez traducida la primera frase, todas las demás seguirían como si tal cosa. Pronto descubrí que no tenía que ser necesariamente así. Pero todavía me faltaba un poco para entenderlo. Aquellas primeras veces, cada nuevo trabajo suponía enfrentarse con el más absoluto de los vacíos y tener que volver una y otra vez al principio impulsada, únicamente, por el deseo de entender mejor una lengua, el árabe que, desde mi punto de vista, funcionaba como la alta y poética Matemática, con una percepción intuitiva, inocente o desesperada de las ideas que subyacían aquellos textos y sin comprender plenamente a dónde podría llegar. Persistí, sin embargo. Supongo que por una mezcla de curiosidad y de amor propio. El conocimiento me fue llegando con la práctica. Cada artículo, y después de eso cada libro, supuso una etapa en el proceso de descubrimiento de un continente ignoto, irrepetible. Había sólo

un pequeño inconveniente: las traducciones llevaban mucho tiempo y tiempo era lo que menos nos sobraba porque lo necesitábamos para ganar un poco de dinero. Así y todo, lo buscábamos como podíamos. Por carta, Q. le contaba su familia lo felices que éramos. Yo no. No contaba nada porque no tenía a quién contarle. Nos levantábamos pronto y, después de la voladura, salíamos a buscar trabajo hasta bien entrada la noche. Regresábamos a casa derrotados.

Y luego, otra mañana, era casi mediodía y estábamos en la cama.

Su mano, la mano de él, jugaba a reptar entre las sábanas como un tentáculo recién salido de algún helado purgatorio. Me tocó y di un grito.

¿Te he arañado?

No, es sólo que tienes las manos muy frías.

Se levantó y fue a la cocina a preparar un café.

Poco después, al volver de la cocina, dijo:

No tengo botas, necesito unas botas.

¿Y cuándo piensas ir a comprarlas?

No sé, más tarde quizá, ahora tengo que preparar la maleta.

Los mejores momentos fueron siempre aquellos instantes breves y tranquilos, cuando conversábamos perezosamente en la cama después de hacer el amor. Para él, yo era transparente, ingenua y hermosa; para mí, él era inteligente, irónico y estaba permanentemente a la defensiva. De esas tres cualidades, nunca quise prescindir de ninguna.

Cinco: Eritrea, mon amour.

Se cree que los primeros habitantes llegaron desde el valle del Nilo a las tierras bajas de Mereb-Setit. Con los años Eritrea, a orillas del Mar Rojo, vio pasar en migración a cientos de pueblos nilóticos, cusitas y semíticos. En 1941, Inglaterra impuso a Eritrea un protectorado que duró hasta 1952, año en el que la ONU decidió apoyar su federación con Etiopía. El acuerdo no fue respetado por Haile Selassie que, en 1962, transformó el país en una provincia etíope.

La imagen de satélite muestra el estrecho de “Bab Al- Mandab”, la “Puerta de las Lágrimas” en todo su minúsculo esplendor; cada sombra, la estela de un petrolero; el rizo de la superficie del agua en las orillas, extrañas masas de arena atrapadas en las profundidades del relieve.

Las fotos estratosféricas demuestran que “La Puerta de las Lágrimas” es un enclave tan estratégico como el estrecho de Ormuz, entre el Golfo Pérsico y el de Omán, un embudo en las comisuras del Mar Rojo donde convergen África y Asia. El emir del estado de Kudjrad, en la India, tenía guardias procedentes de la antigua Absisina y en todos los puertos abisinios, desde Massawa a Adisabeba, hay gentes conocidas como los “Abanas”, que hablan chino.

Tierra adentro, se oculta el petróleo.

Toda la zona ha sido explorada en sus recursos y vendida, mediante lucrativas concesiones a cuatro gigantes anglo-americanos. En 1986, las multinacionales Conoco, Amoco, Chevron, Phillips y por un corto espacio de tiempo también la Shell, obtendrían licencias de explotación en Eritrea. El país, prácticamente entero, fue hipotecado a los tiburones petroleros. Según los expertos, el problema con estas tierras no es cómo paliar su hambre, sino cómo sacar el petróleo, es decir, si las concesiones serán respetadas o no cuando llegue la paz, si es que la paz llega algún día”.

El mapa geológico incluye también otros recursos codiciables: amplias reservas de hierro, estaño, bauxita, cobre, sal y gas natural. También uranio.

Para desgracia de sus habitantes.

Pero estamos en 1971. A finales de marzo las autoridades etíopes ofrecen 1600 dólares a la persona, o personas, que proporcionen alguna información sobre el paradero del cuerpo y la documentación de Adalbert Eugene Smith, piloto de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas, destinado en Asmara y cuya avioneta había sido derribada por los guerrilleros eritreos cuando, en misión de observación, volaba a baja altura sobre los montes de Gheddam. Días después, y a pesar de las intensas operaciones de búsqueda realizadas por americanos y etíopes, seguían sin localizarse los restos de la avioneta ni los del piloto.

En paro, por aquel entonces, Q. se creyó que podría intentarlo.

Cada noche, desde su llegada se dedicó a interrogar a los que habían participado en la operación. No habían sobrevivido demasiados. Una gran parte había sido eliminada. Otros habían sido encarcelados. Entre sus interlocutores, los más, seguían peleando en las montañas. Todos intentaban sobrevivir; cada uno a su manera y según los medios a su alcance. Q. los visitaba al caer la noche y, para evitar ser descubierto se veía obligado a cambiar de disfraz con frecuencia.

Gatos escaldados, los eritreos no tenían ninguna razón que les llevase a creer en la sinceridad de sus intenciones.

En Asmara, Q. no dejó de adentrarse por callejones y veredas llenas de barro. Asmara, una ciudad peinada por las ametralladoras etíopes.

Pero, al poco de llegar empezó a sentirse inseguro cuando cayó en la cuenta de lo difícil que era distinguir entre los que eran buenos de verdad y los que sólo lo parecían.

Oía pasar un coche, sonar unos disparos y no podía dejar de preguntarse ¿Quiénes son? ¿Ellos o los otros? ¿Quiénes ellos? ¿Quiénes los otros?

Pasó algún tiempo hasta que consiguió acostumbrarse.

Pero durante los primeros días, sólo distinguía claramente el aullido de los perros salvajes del de las hienas.

*

Asmara, 5 de marzo de 1971, en torno a las seis de la mañana, llega al aeropuerto desbordado de sueño y de coraje.

Harnet Avenue, 5 de marzo de 1971, a las 9 de la noche, en el domicilio de uno de sus contactos.

Village of “Maria Scalera” Acria-Asmara, 7 de marzo de 1971, cuando habla con el corresponsal de la Agencia....

Piazza Roma Asmara – Bank of Italy, 9 de marzo de 1971, después de retirar cierta cantidad de dinero, de vuelta a la habitación que acababa de alquilar.

Hamassien Hotel, 9 de marzo, en torno a las 11 de la noche, en el lounge.

Troop Command Headquarters, 10 de marzo, a las 12 del mediodía: entrevista con un antiguo soldado del ejército francés reconvertido en

sargento de las tropas regulares etíopes.

Mitsiwa (también conocida como *Massawa*) 12 de marzo, a las cinco de la mañana, en el puerto, frente a las Islas Dablak, buscando un guía.

Bahía de Zula, Arafali 13 de marzo, a las 2 de la tarde, cuando se retiran los soldados etíopes después de arrasar la aldea.

Arafali, 14 de marzo, a las 10 de la mañana, en la explanada de tierra calcinada donde antaño se levantaban 400 casas antes de ser borradas del mapa. Conoce a Abiye.

*

El estruendo. El inesperado y fugaz olor a pólvora. La hora del derribo, el momento exacto en que la avioneta empezó a perder altura y fue a estrellarse en uno de los lugares más inaccesibles de las estribaciones de Khudamm.

Entre los documentos del piloto, un carné que atestiguaba su pertenencia a las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos; un permiso para volar libremente sobre todo el territorio etíope; otro que justificaba la posesión de un rifle M-14 para su seguridad personal; El carné de socio del Club de Caza y Pesca de Kagnev, la base militar norteamericana en Asmara; una tarjeta con el decálogo del Código de Conducta de todos los miembros del ejército estadounidense y otro carné más, que le identificaba como miembro de la Comunidad Internacional de Masones.

A la sombra de las guerras y de la política se producen algunos giros surrealistas de causas y efectos. Así, las fotografías, toda la información

recogida por Q. y desde luego, también su cabeza, fueron puestas a precio por unos mil seiscientos dólares etíopes, es decir, 30.000 pesetas de la época que era la cantidad exacta en la que el Gobierno de Haile Selassie valoraba cualquier pista sobre los restos del oficial norteamericano y sus pertenencias.

Antes de regresar, Q. desapareció por completo durante dos meses. Nadie parecía saber dónde estaba. Luego nos enteramos de que había viajado a Adén para fotocopiar algunos documentos. Fue allí donde escribió su reportaje antes de enviarlo a Madrid.

*

Según informaciones de los guerrilleros eritreos que se encontraban cerca del lugar donde fue a estrellarse, la avioneta de Smith comenzó a perder altura a consecuencia de los disparos recibidos, pero intentó remontar las cumbres de Gheddám para dirigirse a la cercana Massawa. No lo consiguió y cayó en uno de los lugares más inaccesibles de la sierra. Los soldados de las Fuerzas Populares tardaron tres horas en subir. Nosotros llegamos algún tiempo después con un grupo de quince guerrilleros y el cámara tras una agotadora caminata de nueve horas en una sola jornada. Los restos de Smith, de sus acompañantes y del avión se encontraban esparcidos en un radio de cuatro o cinco kilómetros. Tanto los hombres como el aparato estaban diseminados en pequeños fragmentos casi irreconocibles, que mostraban la tremenda violencia del choque. No pudimos encontrar ningún rastro de sus dos acompañantes ni tampoco de las armas o del dinero que portaran y que, probablemente, fueron a parar a las sacas de los pastores nómadas que cuidaban sus animales por aquellos parajes y que pudieron llegar al lugar del suceso antes que nosotros. En la

mano derecha, Smith conservaba un anillo completamente abollado a consecuencia del golpe y, a pocos pasos del cuerpo, su documentación.

Le dábamos por perdido.

Informes, listas de muertos y, también, datos sobre otras desapariciones y matanzas reunidos con la ayuda de Abiye, el cámara eritreo. Nada de lo que, en realidad, hubiera querido hacer ninguno de los dos y, sin embargo, lo único que hicieron durante aquellas cinco semanas.

Quise pensar que era por mi culpa, que no daba noticias por mi culpa. Quise pensar que no era la aventura, por primera vez, de reconocer el peligro. O, mejor dicho: no sé si quería pensarlo, pero me resultaba muy difícil pensar en otra cosa, y hace tiempo que prefiero pensar sólo las cosas que no se me hacen demasiado difíciles. Había ocurrido y no necesito volver a contarlo para que quede claro a qué me refiero: fue humillante comprobar cómo unos meses de mi vida se destacaban, tan nítidos, del resto y triste aceptar que esos pocos meses la seguirían definiendo para siempre. Me lo repito a menudo, ahora que ha terminado todo: Me pasé aquellos años pensando cosas que, a día de hoy, resultan fantásticas, absurdas así que, en algún momento decidí que, a partir de entonces me dedicaría, simplemente, a lo más obvio.

Digamos que, por fin, me había hecho mayor.

Pero, desde luego, no fue por mi culpa. Yo, en realidad, no tenía que ver nada con todo aquello. Pero, claro, de eso me enteré después. A su regreso. Cuando yo esperaba, todavía, que me dijera que sí, que gracias por mi apoyo, que no hubiera sido posible etcétera o que no soportaba más seguir hablando de esos días, que la angustia de volver a recordar experiencias tan duras era más de lo que quería soportar para complacer a nadie, ni siquiera

a mí. Que si, para otros, revivir el horror se había transformado en una especie de negocio, una actividad casi profesional en su caso la cosa no iba por ahí. Que la situación en Eritrea, pero también en otros lugares del África y del Medio Oriente, era de una injusticia intolerable y que él no quería resignarse, someterse a la evidencia, de que hiciese lo que hiciese, no iba cambiar nada. Nada.

¿Te das cuenta?, repetía ¿Te das cuenta? Repetía.

Me contó que, uno de los últimos días, en Asmara, recién llegados de Ghuddam y a punto de salir clandestinamente para el Yemen, estaba cotejando sus notas con Abiye en una especie de buhardilla de la avenida La Nación cuando oyeron que se acercaba una fanfarria de trompetas, clarinetes y tambores. Se asomaron a ver. Una cuadrilla con uniformes verde oliva avanzaba por la avenida. Era un destacamento del ejército etíope que desfilaba con galones, la bandera a la cabeza y dos blindados ligeros cerrando la marcha. Cuando la comitiva hubo llegado a la altura del consulado italiano, se detuvieron. El sol no quemaba todavía demasiado y por encima de la terraza del Café D'Azur no habían extendido el toldo. Cuando los pocos clientes, probablemente italianos, oyeron la música, se acercaron hasta el bordillo para ver. Unos cuantos que había dentro salieron y se unieron a ellos. Entonces, al mismo tiempo, se quitaron el sombrero y se lo cruzaron sobre el pecho ¿te das cuenta? sonreía amargamente Q. ¿te das cuenta? Toda una hilera de viejos fascistas saludando en posición de firmes a un

destacamento de indígenas uniformados y negros como el carbón, que desfilaban muy marcialmente detrás de una bandera roja. ¿No te parece patético? Y conste que allí sólo

llaman fascistas a los peces gordos, a esos italianos, no a todos, con responsabilidades en la colonia, peces gordos o también “italianos negros”

que se han ido marchando después a Sudamérica de manera que los que quedan, los del sombrero, son ya sólo unos pobres diablos a los que llaman “encallados”, porque embarrancaron allí como barquichuelas y no tienen dinero para regresar.

*

Pero hasta que volvió, mis días fueron un delirio de indecisiones. ¿Qué se suponía que debía hacer? Todo empezó un par de días después de que un compañero del periódico me hablara de su supuesta desaparición: esa noche soñé que alguien me entregaba una carta suya; soñé también con unos dedos que a través de la arena se alzaban como estacas (veía sus uñas amoratadas) y parecían decir adiós. Al despertar, me dolían las mandíbulas de tanto apretar.

Por las mañanas, desde la pequeña terraza de mi apartamento, contemplaba el deslizarse de coches y autobuses calle abajo y más lejos aún, hasta la Gran Vía donde el tráfico acorralado se arrastraba hasta la plaza de la Cibeles. Siempre ausente, holgazaneaba sin sentido en un círculo de sol junto a la barandilla mientras dejaba pasar las horas. A mediodía veía llegar al mandadero con la caja de la pizza que había encargado por teléfono. El alboroto de las palomas grises que sobrevolaban su cabeza era la señal y el muchacho solía levantar la cabeza para ver si me descubría a través de tantas alas. Terminada la comida, bajaba a la calle para tirar los restos en el contenedor. El resto de la tarde lo pasaba intentando dormir. Uno de aquellos días, cuando volvía a casa después de dar una vuelta a la manzana, escuché un suave susurro, una voz alojada dentro de mi cráneo, que me asaltó sin darme tiempo a reaccionar: *cerca de ti otras voces...* decía...

cerca de ti otras voces... A partir de entonces y como si un Jenkill cualquiera hubiese incrustado una lente *zoom* en mis oídos y con ella, la capacidad de aislarme de los demás ruidos no dejé de oír, incansablemente, el extraño *vivrato* de aquella voz.

Cuando estaba sola, para espantar los fantasmas, cantaba o me vendaba los ojos y me movía de un lado a otro de la habitación, al principio despacio, después más deprisa hasta sentirme inmaculada y mágica, un poco grogui entre esas cuatro paredes. A veces, incluso, me inclinaba para pasar por debajo de las pantallas de las lámparas y de mi única planta colgante, un *poto* anémico, o corría y saltaba en mi propia oscuridad por encima de los almohadones para intentar distraerla. Después, agotada, procuraba dormir. Una vez en la cama, mis brazos estirados apuntaban hacia la lejanía, como dos aspas, y daban vueltas sin parar como un molino de viento. Cierto, entre nosotros no había existido nunca promesa de solución ni de regreso pero a mí me resultaba imposible aceptar aquella situación.

En Madrid, colgada a media altura en un apartamento de mala muerte y bajo la lluvia, esforzándome por conservar el empleo que había conseguido por fin en Attira Foto, una agencia que gozaba de muy buena reputación por sus trabajos de arte y viajes pero también por sus documentales y reportajes. Como trabajaban con agencias extranjeras y suministraban material a revistas francesas, suizas y norteamericanas, me había hecho la ilusión de que a lo mejor, quizá, terminarían enviándome fuera y, de una manera u otra, lograría por fin darle alcance. Pero allí, de momento, lo único que necesitaban era una asistente. Y aunque, al final, este trabajo terminaría siendo una gran oportunidad, de mí sólo les interesaba mi relativo buen manejo de los idiomas. Con todo, el sueldo estable, la experiencia personal y los contactos me parecieron más que suficientes para arriesgarme a dejar

aparcados, de momento, los exámenes finales. Attira Foto era una agencia interesada en lo exótico y entusiasmada por las culturas y los mundos lejanos.

Con ellos aprendí una forma nueva de mirar.

Y en eso estaba cuando llegaron las primeras noticias. Q. había sobrevivido y aunque enfermo y muy cansado, había logrado reunir toda la información que había ido a buscar. Regresaría. Antes o después regresaría. Por fin.

*

Abrí el cuaderno que había sobre la mesilla contigua a su cama. Una especie de diario de viaje que Q. llevaba consigo cuando las Fuerzas Populares le hicieron salir clandestinamente de Eritrea con la documentación de Smith y que había estado repartida, desde el día de su hallazgo, entre los bolsillos de los dirigentes guerrilleros. El mismo cuaderno de notas que, en su día, habían servido para elaborar el guion de su famoso reportaje: anotaciones, testimonios, cartas y mapas recortados de algún libro de historia en cuyos márgenes había escrito sus propios comentarios, todo ello cobijado bajo el difícil francés de Abiye, el cámara eritreo: su diminuta, retorcida caligrafía titilando en una extensa carta.

“Guerra y hambre, claro, pero también miseria y desesperanza. Un año terrible aquel de 1971 cuando nosotros, los guerrilleros eritreos de las Fuerzas Populares, derribamos una avioneta norteamericana sobre los montes de Kheddám y la venganza del Ser Supremo, el Valiente Señor, tan menudo y frágil que apenas si se dejaba ver entre sus regias ropas, se abatió sobre nuestras cabezas. Oremos, nos decían, pero ¿en qué nos podría haber

ayudado Dios? En los cielos soplan vientos gélidos y Dios ha de permanecer encogido y alerta para que el demonio no le quite el sitio. Así que, rindamos las armas e inclinemos la cerviz, pongamos la mano en el corazón y despedámonos de los cuentos. Hoy ya sabemos que entonces estábamos presenciando el principio del fin y que lo que vendría detrás sólo podía ser peor: despiadadamente peor, irreversiblemente peor. ¿Mis recuerdos? ¡Pero si ocurrió apenas ayer! Apenas ayer y hace un siglo, en este mismo lugar pero en otro planeta ¿me explico? Pero los periódicos lo han ido mezclando todo: épocas, lugares, fronteras, los mil pedazos de un mundo roto, imposible de recomponer. Es por eso que ahora sólo perdura la pesadilla o más bien la espesa niebla que vidria ese espacio cóncavo que existe entre la realidad y nuestros ojos. Pesadillas son lo único que hemos conseguido salvar, lo único que resiste, aferrado a los juncos. Y el miedo. El miedo también, claro. Una sensación de amenaza permanente que nos impide conciliar el sueño. Cansados, vivimos rodeados de un fuerte olor a miedo. Ya sabes, ese tufo pringoso, producto de una biología un tanto violenta que no repara en nada; un tufo rancio en máximo estado de concentración, insoportable. A veces, puede incluso ser inesperado, momentáneo y fugaz y aún así evocar la sangre de la última masacre, detonar violentamente en nuestra memoria como una mina, oculta bajo la hierba de muchos años de experiencias; basta tropezar con uno de esos cables invisibles para que los recuerdos exploten al instante. Para que las pesadillas exploten al instante. Una visión infernal surge entonces arrolladora desde muy debajo de la tierra y nos golpea en la cara. De cuando en cuando uno diría que ese olor a miedo fuera a evaporarse: cesa el fluir de humores y podemos relajar los músculos de los hombros como si algún jefe de partida nos hubiese echado el alto. Hay entonces un secarse de frentes húmedas y un bajar los párpados para protegerse del sol pero,

enseguida, vuelve a fluir el río de la inseguridad cuando allá arriba, es decir, donde sea que los poderosos se reúnan, recomienza la gran ceremonia del sahumero, entre tragos de vino y entrechocar de copas que brindan a la salud de unos pueblos que aún teniendo el mismo nombre ni por asomo son como los nuestros. Y entonces, a nosotros, la turba mendiga, no nos queda más remedio que reiniciar la ardua tarea de taparnos las narices porque, de siempre, ya tú sabes, la sangre huele a polvo y eso confunde y nos hace perder el paso.”

“Aunque también puedo hablarte de mí o de mi historia si es eso lo que te interesa. Contar cómo empezó todo y, si no todo, al menos algo de lo ocurrido en estos últimos meses, justo antes del accidente y cuando, en silencio, ya se nos habían muerto más de cien mil. Nadie quiso saber nada de ellos porque eran un “asunto interno”. Pero cuando derribamos la avioneta, el mundo se detuvo. Esa es la razón por la que, entre nosotros, ha podido la muerte “trabajar” a su gusto por la mañana y también por la noche: no encontraba ningún obstáculo. Algunos han justificado ese silencio porque también existe, dicen, el legítimo orgullo de los pobres. Pero ¿qué clase de “orgullo” es ese que ya nos ha costado cien mil vidas? ¿Te das cuenta? Han muerto cien mil hombres y mujeres por falta de alimento, agotados, con la boca seca y ardiente y el estómago contraído. Otros siguen muriendo o morirán dentro de poco, porque el hambre perdurará: se han perdido las simientes, ha desaparecido el ganado, se han producido, y se producirán todavía más inundaciones cuando la lluvia, a destiempo, quiera saldar la partida y llueva de golpe todo lo que tenía que haber llovido durante estos últimos 22 meses sobre las provincias del altiplano donde viven aproximadamente cuatro millones de habitantes: pastores y campesinos que caminan descalzos y se cobijan en *tuculs* de adobe.”

Porque ya sabemos que la vida aquí nunca fue muy cómoda. Los hombres trabajan la tierra con el viejo arado de reja y las mujeres, cubiertas sólo de cintura para abajo, ayudan en las faenas del campo cargando las pobres cosechas a la espalda. Pero, a pesar de todo vivíamos relativamente felices. No teníamos cámaras ni transistor, pero como ignorábamos la existencia de tales ingenios, vivíamos sin desearlos. Los campesinos sembraban y cosechaban dos veces al año. En febrero, por ejemplo, plantaban los guisantes, las lentejas y la cebada y recogían los frutos en junio, después de las pequeñas lluvias. Luego, en julio, se hacía la siembra del trigo, del maíz, de las alubias, que se podían cosechar en noviembre o en diciembre. Cierto que eran cultivos inestables y que dependían mucho de las lluvias de cada temporada pero, en fin, esto nunca fue un problema demasiado grave. Ahora sin embargo... ¡mira! ni los más ancianos recuerdan una tragedia semejante. Algunos dicen que una desgracia parecida, aunque, desde luego, sin las mismas consecuencias aconteció en 1938. Ese año también fue de pocas lluvias y hubo gran escasez de alimentos pero las víctimas fueron cien veces menos. La infame, esperada muerte que, entre otras razones, fue la causa de que nosotros, los eritreos de las Fuerzas Revolucionarias empezásemos a pensar si no sería el momento de decir ya basta. Es bien sabido que el reino etíope fue siempre uno de los peores administrados del mundo. Cabría preguntarse qué es lo que hizo Haile Selassie, si es que alguna vez hizo algo, para ayudarnos. Algunos dirían que, seguramente, hizo “lo imposible” pero creo que nuestra respuesta sería del todo diferente: nunca hizo nada porque ni quiso ni pudo hacer nada. Para conservar su autoridad se vio obligado a pactar con los grandes señores feudales y vendió el respeto a su persona a cambio del reconocimiento de los feudos. Así consiguió su autoridad y pudo gobernar el país durante tanto tiempo. Ahora bien, con autoridad o sin ella, el viejo Emperador sigue siendo

incapaz de construir pozos. Nada hizo, ni nada hace, para prevenir las calamidades que asolan a su pueblo tal vez porque su vergüenza por disimular ante el mundo la miseria en que vivimos, no le deja tiempo para otra cosa”.

Protegida por una cartulina doblada, había una foto. Delgado, de estatura media, piel negra y rasgos negroides Abiye aparentaba una edad indefinible. Parecía un muchachito, pero no debía tener menos de veinticinco años. Al menos, eso calculé yo al verle, es decir, mucho antes de que C. me confirmara que, en efecto, lo era. Contaba que a los quince había empezado a trabajar como ayudante del jefe de estación pero la realidad era que se había visto obligado a buscarse la vida como picapedrero a lo largo de la línea ferroviaria. Fue sólo, pasado cierto tiempo, cuando consiguió ascender a capataz puesto que tuvo que dejar cuando resultó herido por una esquirla de dinamita que le dejó cojo de por vida.

“Como te iba diciendo, en aquellos meses, pasábamos mucho tiempo recorriendo las estribaciones de Kheddám, unas escarpas montañosas situadas a unos 15 kilómetros de Mitsiwa, en las cercanías del Mar Rojo. Pero no te engañes, ni siquiera tú, con todo tu entusiasmo, hubieses podido imaginar cómo te las ibas a arreglar para salir de allí una vez que hubieras conseguido la información que habías venido a buscar. No había muchos turistas en aquella ardiente primavera. Tampoco periodistas. Claro que todos ellos... en fin, mejor sería no hablar ¿Qué por qué? Pues porque los hombres que llegan a estas tierras suelen ser hombres duros que han visto de todo, que lo han vivido todo y que para ejercer su profesión se ven obligados a mutar en piedras. Hombres como tú, de raza blanca, que llevados por el agotamiento y furiosos ante los mil obstáculos que encuentran serían capaces de liarse a golpes hasta con el mismísimo dios.

Pero incluso hombres así deberían reflexionar sobre lo que dicen y también, desde luego, sobre lo que hacen porque si no ellos mismos, es probable que sus guías o sus colaboradores, carguen después con las consecuencias de las acciones equivocadas.

Vosotros os vais, nosotros nos quedamos.

Bien sé que cuando se trata de describir el horror, faltan las palabras. Las palabras, esas minúsculas formas en el violento caos del mundo que lo enfocan, acotan ideas, enfilan pensamientos y pintan con polvo de almagre nuestras sensaciones. El peligro de las palabras, y su encanto, reside en que, aún siendo obra nuestra pueden llegar a capturar cosas, pero sobre todo emociones, que simplemente no existen. Y luego está la memoria. A veces entre lo que algún reportero ha decidido contar y el momento en que se pone a contarlo, ha pasado mucho tiempo. No lo digo por ti, claro, pero es que entonces todo resulta ya un poco inútil porque has de saber que el tiempo cambia la realidad, cambia incluso los recuerdos. Otra cosa es que también se puede mentir incluso sin querer y sólo porque nuestra memoria es limitada o bien a causa de nuestras emociones.

En fin, que hay mil razones para que nadie crea nuestras palabras, al menos en este país donde la gente es tan suspicaz. Diría incluso que está enferma de suspicacia y que esa es la razón por la que no nos fiamos de nadie. Desde niños nos enseñaron a no contar demasiado con el prójimo porque ¿sabes? las intenciones *del otro*, ese que no somos nosotros, son por definición, malas y perversas. Por eso pienso que, tratándose de los mapas de la confianza, necesitaríamos cartógrafos extremadamente inteligentes que inventasen nuevas palabras, precisas como mojones o postes de dirección. Debería por ejemplo existir una palabra para designar al amigo verdadero: no al mero conocido, no al colega ni al hermano, no al amante ni al compañero porque si todos los matices del miedo tienen su nombre (recelo,

sospecha, pánico, espanto, pavor o terror) ¿por qué no existen palabras para describir los distintos tonos y matices de la confianza?

Lo que si es cierto es que, en un mundo de palabras veloces, hay sentimientos que se quedan en la punta de la lengua, no se atreven a salir y eso les da una suerte de distancia mágica, un misterio, un poder sin nombre, un aura sagrada.

Pero no te inquietes.

Tú, al menos, conseguiste ser aceptado en todas partes. Evitabas con cuidado los tópicos y las versiones oficiales y esa, creo, fue una de las razones por la que mis compañeros y yo decidimos confiar en ti. Te he dicho ya que nuestro talante tiende a ser pesimista y triste y a no esperar demasiado de los demás. Pero cuando me aseguraste que si yo te ayudaba a ti, tú me ayudarías a mí y que, en cuanto pudieras regresar a España informarías de lo que estaba sucediendo y conseguirías, además, ayuda médica para mí y para mis compañeros yo, simplemente, te creí.

Te creímos.”

Levanté la vista del cuaderno y, en la penumbra, me pareció descubrir su rostro. Hubiera jurado que, con los ojos clavados en mi, Abiye sonreía. Tristemente

“Después de tu partida tuvieron que pasar algunos meses para que nos diéramos cuenta de que, muy a tu estilo, no habías dicho sino, sólo, una parte de la verdad. De ningún modo *la* verdad completa lo que, traducido, vendría a querer decir que sí, que tú informarías porque, al fin y al cabo, información era lo único que habías venido a buscar pero lo de la ayuda médica, vaya, eso era otra cosa, y no dependía de ti. Resumiendo, que la culpa, una vez más, había sido nuestra: deberíamos haber supuesto que *eso*, es decir, la publicación de tu reportaje, era toda la ayuda que pensabas

prestarnos. Cosas así hace que nuestras miradas se vuelvan cada vez más tristes y que nuestros labios reseco raros veces se relajen en una sonrisa.

Y eso que, según tú, nosotros, los eritreos estábamos siempre demasiado asustados.

Y demasiado armados.

Lo que, ya ves, era y a día de hoy sigue siendo cierto. Siempre llevamos encima alguna clase de arma, aunque sea vieja. Es decir, sobre todo vieja: me refiero a los mosquetes, a los fusiles de chispa, a escopetas y arcabuces que ya no sirven para nada porque han dejado de fabricar municiones para ellas. ¿Qué por qué las llevamos? Pues no estoy seguro, imagino que se trata de una cuestión de prestigio. Las llevamos al hombro, a la espalda o cruzadas al pecho, simplemente porque hace bonito. Como el pavo real lleva sus plumas o el leopardo sus grandes manchas.

Para dar miedo pero también, para ayudarnos a soportar el miedo.

Mi padre solía decir que la vida era más bien una costumbre, una especie de reflejo automático y que por eso había que dejarla fluir porque cuando uno se detenía a analizarla o intentaba profundizar en ella, su flujo se detenía y ya no vivías más, aunque todavía no hubieses muerto. Nunca lo tuve muy claro porque, dime, en tu país, ¿cuál es el verdadero valor de la vida de un hombre? Aquí, en Eritrea, el *otro*, sólo existe en la medida en que constituye un obstáculo en nuestro camino. La vida en sí misma no significa gran cosa pero, y eso lo sabemos muy bien, resulta mejor quitársela al enemigo antes de que el enemigo nos la quite a nosotros.

Se trata de matar ¿comprendes? Y eso que tal vez pudiésemos vivir de otra manera; de una manera diferente que no fuera precisamente ésta. Luego, cuando te fuiste y pasó el tiempo y no volvimos a tener noticias tuyas, nos dimos cuenta que, tú también, habías vuelto donde solías”

Las notas e ilustraciones describían hasta el último detalle los paisajes, las gentes, la transparencia de la luz o la difícil marcha a través de los montes. Cómo los vientos soplaban en las grandes vaguadas provenientes de varios cuadrantes, dependiendo de las estaciones que se sucedían, trayendo la humedad, el frío, la tibieza primaveral o las escasas lluvias. Cómo, con saltos de canguro, los ratones del desierto salían de sus madrigueras mientras las dunas se cubrían de una hierba que enseguida amarilleaba y olía a quemado en la ardiente aire de la canícula; cómo el mar de la Bahía de Zula, plagado de tiburones, permanecía inmutable todo el año tal que si los milenios hubiesen forjado una fisonomía que las estaciones rozaban sin llegar a alterarla nunca y cómo, por fin, en las aguas inmutables de ese mar, los tajamares de los faluchos egipcios enderezaban sus colores púrpura y azafrán mientras él entrecerraba los ojos.

Cierto, sus notas daban información sobre toda clase de cosas excepto sobre las gentes que, de hecho, le habían ayudado a realizar su trabajo. Nada sobre el esfuerzo de Abiye que a la sazón fotografiaba cada movimiento de la partida: los muertos por accidente al despeñarse los animales desde los arribes del monte, los heridos, los niños cazadores de pájaros, los regueros de mujeres con sus hatos a la espalda, en resumen, nada sobre *las otras voces* y sí mucho sobre esas informaciones más o menos oficiales que traía desde España, almacenadas dentro de su cabeza. Historias de periódicos siempre tan débiles como su retórica o como la retórica de un político que pronunciara un discurso con la intención de tranquilizar a las masas; un político que, en su casa, sería probablemente incapaz de cambiar los fusibles.

Por el contrario, algunas de las fotografías de Abiye – no publicadas en su día, pero conservadas por Q. entre las hojas de su diario - desenmascaraban

la historia oficial y retrataban el mundo verdadero: Un hombre descalzo, envuelto en una niebla de polvo de arena; dos ancianos arrodillados cubriéndose la cabeza con las manos; un niño en brazos de una mujer, quizá su madre, con los ojos llenos de moscas. Sus fotografías eran los dedos de uñas amoratadas que se aferraban a nuestras pupilas, las cuevas de cuya boca emergían los nombres, nombres de un solo hombre o de una sola mujer, los sudarios de unos sentimientos fantasmas. Yo no había visto nunca esas fotografías. El mundo, tampoco. Y es que, las historias oficiales y las historias que cuentan los periódicos, nos envuelven día tras día, pero los hechos reales siempre llegan demasiado tarde. Viajan lentamente, como los mensajes que un náufrago envía dentro de una simple botella.

“Pero que sepas que tanto yo como el resto de los compañeros, somos conscientes de que tus ideas, aún amputadas de tu mente, han terminado albergándose, filtrándose, en nuestros recuerdos. Desde que te conocimos hubimos de aceptar que el simple intento de olvidarte sería inútil. De modo que ahora tu traición – ¿o sería mejor decir olvido? nos ha sumido a todos en una extraña espera, una espera que ha sido expulsada del territorio de la esperanza para siempre. Y eso que no. Hay un lugar donde esta esperanza vuelve a enraizarse, a introducir su rejo, un lugar del que todavía no podemos expulsarla. Me refiero a nuestros propios cuerpos. ¡Cobraban una importancia tan grande cuando todavía éramos compañeros! Ahora, sin embargo, parecen jaulas deshabitadas. Pero no desesperemos. Cada mañana, cuando abrimos los ojos y antes de darnos cuenta de dónde estamos, hay un instante en el que nos atrevemos a pensar que quizá sea hoy, hoy precisamente, cuando alguien venga a ayudarnos. Por fin.

Pienso que sólo entonces, en el hipotético caso que ese alguien llegara, conseguiríamos poner punto y final a tu historia y, también, a la historia de esta guerra olvidada que tú empezaste a publicar cuando juntos preparamos aquél reportaje desde Adén. Contar cómo y de qué manera llegamos a ciertos lugares inaccesibles, gracias a la ayuda de quién, a través de qué peripecias y con qué riesgos, no sólo de tu persona sino también de todos aquellos que te ayudaban a ver con sus propios ojos realidades – según reconocerías tú mismo en algún momento - totalmente ausentes de los informativos europeos. Sí, nosotros fuimos quienes te ayudamos pero, más que ninguna otra cosa, te ayudó su condición de europeo pobre y un convencimiento muy profundo de que para tener derecho a escribir según qué tipos de reportajes había que disponer de un conocimiento directo, físico, emotivo y hasta olfativo, de esa realidad casi fétida sobre la que te has atrevido a escribir.

Pero antes de terminar, recuérdame por favor ¿qué es, aparte de los papeles de Smith, lo que habías venido a buscar? ¿acaso las pruebas de su pertenencia a la CIA? Pero si eso ya lo sabías. Entonces, quizá, ¿algo acerca del dolor que causan los seres que se creen que están haciendo lo que deben, que son inocentes? ¿He entendido bien? ¿Te refieres a alguna clase de inocencia especial, una inocencia, por ejemplo, como la de esas ametralladoras montadas en inocentes *yeeeps* y manejadas por no menos inocentes tiradores cuya profesión consiste precisamente en no pensar y en matar obedeciendo las órdenes que reciben a través de una, también inocente, radioemisora instalada en ese mismo vehículo? ¿O te refieres a la inocencia de los perros salvajes, esos perros de Adis Abeba devorados por los gusanos y la malaria y cuya mordedura, de puro infecciosa, resulta mortal de necesidad? ¿A qué clase de inocencia te refieres, dime? ¿A la de los recién nacidos, quizá?... Explicáte por favor “.

Seis: La estirpe de los negusa nagast.

Abril, 1971: Otro día de calor sofocante. Por la mañana temprano, y por la noche, sigue haciendo fresco pero en cuanto sale el sol, lo arrasa todo. Apenas hay humedad en el aire; las nubes necesitan mucho tiempo para subir desde el mar. Y lo peor es que cuando suban, volverá a pasar lo mismo: se dejarán caer en plancha sobre los bordes de la meseta, y comenzarán las lluvias convirtiendo las cárcavas en barrancos.

Entre tanto, agonizamos de calor.

Abiye conduce un todo terreno hacia las elevadas escarpas de los montes de Khudamm, una serie de estribaciones montañosas situadas muy cerca del mar Rojo y que van a morir al borde de la ciudad de Mitsiwa, el puerto más

importante de Eritrea Es ahí donde ha planeado que encontremos al resto del grupo. Veras, me dijo, sería más fácil creer lo que me dices si, antes, hubieras vivido algún tiempo entre nosotros. No puedes presentarte así, en esta especie de viaje de negocios y largarte después sin más. Abiye - su cuerpo flaco, su cuello flaquísimo, sus ojos de gacela yendo y viniendo – se estaba esforzando mucho por hacerse entender pero lo que venía era ya demasiado evidente y yo no quería verlo todavía: le contesté que no importaba si lo que en realidad quería decirme es que él no podía ayudarme pero él insistió en que lo único que intentaba era hacerme comprender la situación porque, de lo contrario, insistió, sería como si yo también fuera uno de esos *arriesgados reporteros* que nunca olvidaban mencionar en sus crónicas a las famosas hienas y que venían a la guerra, pero se alojaban en el Hamassien, para seguir dando vueltas a lo que ya sabían, o les habían contado, sobre los orígenes de la antigua estirpe del *negusa nagast*. O sea, exactamente igual que si por la historia, la nuestra, pero también la suya, no hubieran pasado ya los últimos mil años. Con toda su falsa empatía y su sentimiento de culpa también falso. Contó también, aunque su relato se detenía a veces en pequeños detalles como si no quisiera llegar a ninguna parte, que las cosas habían cambiado mucho, que se habían vuelto peligrosas y que ahora luchaban contra dos enemigos al mismo tiempo, es decir, contra el Emperador y sus padrinos los USA. Supongamos, añadió, que esta vez no tenemos tanta suerte y fracasamos. Sólo la idea alarma. A ti, quizás te asuste nuestra aparente necesidad de violencia pero no, por lo visto, la posibilidad de que tú de la raza de los colonos y yo, de la de los esclavos, podamos mantener complejas y sutiles conversaciones sobre la amistad y las responsabilidades pasadas o futuras cuando, a nuestro alrededor, mi gente que no la tuya, sigue cayendo como moscas. Para entonces, yo había dejado de mirarlo a la cara; miraba sus largas manos,

mucho más largas que las mías, descansando olvidadas sobre la baqueteada superficie del volante. Y de pronto entendí, y pensé que no tenía fuerzas para seguir oyendo la continuación ineludible de la historia: la existencia de ocho mil hambrientos errantes, la vegetación miserable, los cursos de agua secos, las tierras sin cultivar que el ejército etíope, que domina con dificultad las carreteras y algunos núcleos urbanos, se limita a bloquear para que el contrario, es decir sus propietarios eritreos, no pueda aprovechar sus frutos. Destruir, saquear, aterrorizar: estos son los únicos trabajos que se hacen en los campos. Respondí que estábamos de acuerdo, que no fuera a pensar que yo, por venir de donde venía, rechazaba todo tipo de violencia, que, en mi opinión, no se consigue la libertad y menos una libertad justa si desde el principio, es decir, si desde la formulación misma de esta exigencia, no se está resuelto a vencer todos los obstáculos que puedan aparecer en el camino. Resulta claro, añadí, que este mundo estrecho, sembrado de contradicciones, no puede ser impugnado sino por la violencia. Saber esto forma parte de esta libertad. Abiye guardó silencio como si no supiera qué contestar. Pero un minuto después, detuvo el todo terreno y suavemente, como si estuviera intentando hacer comprender algo muy importante a un cretino, respondió: Lo que pasa es que seres tan encariñados con su libertad como vosotros saben, porque lo han aprendido desde muy pequeños, cómo plantearse casi cualquier pregunta. Si hay una cosa en la que realmente los blancos se muestran magistrales es, precisamente, en la de empujar los límites, en inventar estrategias, en encontrar caminos para rodear las verdades más impías. Estáis acostumbrados a tomar a la vida por los cuernos y a sacudirla sin piedad. Sólo que aquí ¿sabes? nuestra vida no tiene más cuernos que los de un caracol tan frágiles que a la menor sacudida, nos los cargamos.

Esperé a ver lo que venía a continuación y él, prosiguió:

- Te contaré un cuento que solía contar mi padre.

- ¿Tu padre?

- Un hombre valiente que luchó por su país. Con la guerra, las cosas empezaron a ir mal y tuvo que exilarse en el Sudán. Murió el año pasado.

Érase una vez, hace mucho tiempo, en los años antiguos, cuando no había leyes y los hombres se mataban unos a otros, que en las montañas vivían cuatro jóvenes diferentes de todos los demás porque tenían muy buen corazón, y predicaban a la gente para que dejaran de matar. Tenían muchos seguidores.

Una vez estaban muy cansados y se fueron a dormir a una cueva, los cuatro jóvenes y una pareja de perros que se les había juntado. Así que se echaron a dormir y pasaron los minutos, las horas, pasaron los días, los meses, pasó el verano, pasó el otoño, y después del invierno llegó la primavera, y le siguió el verano, y así un año y otro año... Pasaron tres mil años.

Sus barbas eran ya tan largas como el tiempo. Un día salieron de la cueva y bajaron a la ciudad a comprar algo de comida. En el mercado, no pudieron comprar nada porque las monedas eran antiguas y los mercaderes no las admitían. Los cuatro jóvenes dijeron que las monedas y ellos eran de otra época y que por eso la gente lo creía nada de lo que decían.

Entonces hablaron con Dios y le pidieron que, ya que no podían comer, les hiciese dormir otra vez. Un mago que pasaba por allí les oyó mientras hablaban con dios y les dijo que quería escribir su historia. Los jóvenes se la contaron y después volvieron a la cueva y ésta se cerró para siempre. El mago la escribió, pero las gentes que la leyeron no se la creían.

También la leyeron Isaac, Moisés y Jesús. Mahoma volvió a contarla para nosotros.

Y ahora tú me lo cuentas a mí.

Abiye no me dejó terminar.

No has entendido. En realidad, yo soy uno de esos jóvenes que está a punto de cerrar sus ojos para siempre, estoy cansado y, en realidad, no me queda mucho que hacer por aquí y tú, tú eres el mago y, al mismo tiempo, las otras gentes. Oyes mis palabras pero, en el fondo, no las crees. Y aunque las creyeses, te costaría demasiado hacer que las creyesen los demás. Ni siquiera creo que tuvieras las fuerzas necesarias para intentarlo.

*

Casi un año antes, a través de la puerta de cristal de una habitación situada al final del largo pasillo de su casa, yo había descubierto un secreto: al ir a entrar, encontré a Q. sentado e inclinado sobre su mesa. No podía verle la cara ni los brazos, sólo la espalda y los hombros desnudos. No estaba inmóvil ni dormido. Parecía manipular algo. Me quedé parada. Quienes fabrican secretos consumen más energía que quienes los descubren ¿no es cierto? Recuerdo que aún no había amanecido. Su hermosa nuca se recortaba contra la madera clara de una pequeña librería. Q. – dije - y él se inmovilizó, como si la inmovilidad hubiera podido ocultarle ante mis ojos. Y, otra vez yo: - Q -.

Sin darse la vuelta, me pidió que esperase todavía un poco y se puso a silbar despacito como si con sólo ese silbar pudiera abrir entre nosotros un río a cuya orilla, la suya, yo no pudiese saltar.

Al principio dudé ante la idea de tocarle, medio desnudo como estaba. Apenas me atrevía a respirar; después, suavemente, como una polilla, posé un dedo en ese hueso que hay debajo de la base de la nuca y que Q. tuvo siempre un poco abultado.

Entonces él se puso de pie con la cabeza aún gacha, cerró el libro que tenía entre las manos y se apretó contra mí.

“Vamos a la cama”

Tenía la cara roja.

¿Qué estás leyendo?

Q. guardaba todos sus documentos junto con los recortes de sus primeros trabajos, cartas de amor y poemas, en un archivador metálico que había en la terraza y cuya llave escondía celosamente. Al día siguiente, cuando él hubo salido, me dije que quizá fuera el momento de empezar a investigar. Y es que, hasta entonces, en aquella casa, su casa, me había sentido siempre un poco desorientada. En realidad, no había sabido nunca qué demonios estaba haciendo allí ni en virtud de qué milagroso azar se me había aceptado como inquilina con derecho a compartir cama con el muy famoso Q.. Día sí, día no sentía un cosquilleo que me nacía a la altura de los tobillos, como si la inquietud, ya ves qué tontería, quisiera salir corriendo. O como si me hubiera convertido en la princesa del cuento de Barba Azul que, asustada y desde lo alto de la torre, intentase adivinar a quien pudiese pertenecer la sombra que se acercaba al galope por la antigua vereda, bajo las negras agujas de los cipreses.

Encontré el libro. Un antiguo volumen de Derecho Romano. Allí, en un pequeño hueco recortado en el cartón del lomo y justo debajo de una extraña etiqueta, estaba la llave. A partir de entonces pude curiosear a mi gusto siempre que me dio la gana. Solía dejar abierta la ventana porque sabía que el lento eco de sus pasos encontraría siempre la forma de llegar a mis oídos y que, para entonces, habría tenido tiempo de dejar las cosas como estaban y volver a mi habitación. Q. nunca se dio cuenta de nada.

Fue así cómo me enteré de su vida, de la fecha y hora exacta de su nacimiento, que pertenecía a los “hijos del Cangrejo”, que era el mayor de cuatro hermanos y los nombres de cada uno de ellos y, también, que en

Galicia tenía una novia de toda la vida que desde luego no era yo, pero tampoco ninguna de la otra media docena de mujeres cuyas cartas desesperadas se guardaban también allí.

Por ejemplo:

¡Martes y trece! de junio (sin año)

Querido mío: te escribo para decirte nueve cosas, a saber:

- 1- Hace dos semanas te escribí una carta.*
- 2- Hace dos semanas y media te escribí otra carta-nota-convencional para devolverte tus recortes.*
- 3- Hace cinco días que llegué a Menorca y aquí estoy rodeada de pinos y de lagartijas. Mucha soledad y mucha tristeza. A joderse, macho.*
- 4- Hace cinco días que pensé llamarte y no lo hice porque: el teléfono está a 15 kilómetros. Por la mañana sueles dormir. Por la tarde, andas de juerga. Por la noche debes estar en el diario rodeado de orejas por todas partes. Y, además, ni siquiera me has escrito. Mierda. También pensé – pensar, pienso – que estarías en Marruecos, pero después de ver el resultado de la Marcha allí, cambié de opinión.*
- 5- Si vas a Argelia, pasa por aquí que te coge de camino. Me quedaré hasta el mes que viene. Volveré en septiembre, pero habrá más gente, más lagartijas, más ratas y toda la mierda que tú quieras.*
- 6- Pienso en ti.*
- 7- No piensas en mi*
- 8- Te estoy diciendo más cosas de las que quisiera decir.*
- 9- Y ya basta, que me pongo a llorar.*

Encontré también los recortes de *Al borde del camino* su primer trabajo profesional, irónico y machista. Irreverente. Pero aquel día, tan sólo unas semanas después de habernos conocido, no estaba lo que se dice al borde de ningún camino sino sentado, simplemente al borde de una bañera. Desnudo. Con los ojos entrecerrados parecía absorto en sus propias cábalas. Ninguna desde luego, que tuviera mucho que ver conmigo. Yo no sabía entonces que, impulsado por una especie de nomadismo congénito, había empezado a dar vueltas a la posibilidad de largarse a Etiopía. ¿O era Eritrea? Acababa de cortarse el pelo y, debajo de su preciosa barba, se notaba que su rostro había adelgazado mucho. Parecía obsesionado con la falta de trabajo. Es más, hubiera apostado que ni siquiera se había fijado en que yo, dentro del agua, estaba también desnuda. Mira las palomas, dijo. Se acercan por aquí todas las mañanas. Cualquiera día van a meterse dentro de casa a través de las ventanas rotas de la galería. Lo demás, si te fijas, también está averiado. Ni siquiera funciona el agua caliente. La bruja de la propietaria desmontó el calentador hace casi un mes y no ha vuelto a reponerlo. Se creará que con esos manejos puede obligarme a salir.

Me incliné hacia delante y quité el tapón; después volví a reclinar me para sentir cómo el agua borboteaba antes de desaparecer por el desagüe. Cuando hubo desaparecido del todo me puse de pie en el suelo de baldosas mientras él me tendía una toalla.

Y yo, alardeando un poco,

- Deberías aprovechar el agua. Todavía está caliente.

Me miró, esperó que dijese algo más, pero no había nada más que decir sobre el agua. Murmuré: Ayer he aprendido algo. ¿Te gustaría oírlo? *Sucram yassilan, ya aji*, muchas gracias, hermano. Para hacerlas durar, yo arrastraba las sílabas como si estuviera contando hacia atrás después de una anestesia.

En esta Facultad ¿sabes? una puede encontrar toda clase de profesores. Casi todos, eminentes arabistas incapaces de coger una tiza sin descalificar, al mismo tiempo, el objeto de su estudio o, por lo mismo, cualquier otro aspecto de la cultura árabe. Y luego está Mahdi, el profesor de prácticas. Como es palestino, no goza de tantas libertades como los fijos. Me dijo una vez que sus compañeros le tratan con tanta condescendencia que, algún día, se teme, terminará restregándoles la boca con un estropajo. Tengo sueño, ya no puedo ni hablar, cuéntame tú...

- ¿Qué cosa? ... Déjame pensar ... Ya sé: érase una vez un tal Sandokan, jefe de los feroces piratas de la isla de Mompracem que desde hacía años venían ensangrentando las costas de la Malasia...

- Eso es de Emilio Salgari y ya lo he leído

- Bien, entonces un bolero.

- Sí.

Pero cuando volvió con su guitarra, yo me había dormido.

A la mañana siguiente, acababa de levantarme, cuando él atravesó la puerta, recién salido de la ducha y con el pelo chorreando. Podía oler el vapor del baño y el aroma de su jabón, áspero y un poco acre. Extendió los brazos con la cara dulcificada por el deseo y yo me llevé sus manos a la boca y besé, una a una, la punta de aquellos larguísimos dedos. Todos. Me los hubiera comido. Cierto que, por aquellos días, yo deseaba ardientemente su cuerpo pero no sólo: sus huesos también, su sangre, sus tejidos, cada uno de los tendones que le ayudaban a mantenerse erguido, cada uno de los pequeños lunares de su cara. Le hubiera achuchado entre mis brazos hasta que el tiempo hubiese despojado su piel de todos sus tonos y texturas. Me hubiera aferrado a él durante mil años, hasta que nuestros esqueletos se hubieran vuelto polvo con el puro roce. Nuestros esqueletos. Nuestro cuerpo. El único instrumento, con su guitarra, del que disponíamos, el único lenguaje

al margen de las palabras y la única forma en la que era posible abrirme un camino hacia él, hacia su volátil interior. *De las mujeres, lo que más me gusta son los pechos.*

Pero ahora, maldita sea, empezaba a ser difícil recordarle ¿qué clase de hombre era éste que me hacía sentir así? Derretida entre el calor de sus manos me condené a él como si fuera mi hogar; elegí su pulso antes que cualquier otro y me convencí de que, siguiera el mundo con sus idas o venidas, yo habría de permanecer a su lado de por vida, cobijada bajo las palmas de sus manos.

- Ven, dijo.

Y yo le seguí. Parecía que aquel dichoso pasillo no fuera a acabarse nunca, que la pared, a través de su inútil recodo, nos condujese a una torre, o a un ático, donde las eternas palomas aleteasen contra la ventana tan sólo por entibiar la luz. Allí, de nuevo en la cama, fuimos otra vez más grandes que gigantes, más grandes y más altos que la torre de Madrid. Me dolían los labios de tanto besarle.

Y, esta vez, yo,

- Te quiero, cuanto te quiero.

Con mucha suavidad, me puso entonces la mano sobre la boca y ladeó la cabeza.

- No digas eso ahora. No lo digas todavía. Tal vez, después de todo, la cosa no vaya en serio.

Protesté con una cascada de quejas que, estoy segura, me hicieron parecer ante sus ojos más niña de lo que era. O previsible. O ingenua. Porque, naturalmente, con mi poca experiencia de entonces, aquel tenía por fuerza que haber sido el mejor, el más importante, el más maravilloso e, incluso, el más incomparable polvo de entre todos los polvos de los que guarda

memoria la historia. Y, sin embargo, cuanto más énfasis ponía yo en decirle lo increíble que había resultado todo, más hueca sonaba la cosa.

Al final, opté por callarme.

Y él, al cabo de un largísimo rato.

- Cuando digo lo de que quizá esto no vaya en serio, estoy diciendo que es a ti a quien, seguramente, no le resulta posible *decirlo* en serio.

- No te estoy pidiendo una promesa de matrimonio.

- ¿Crees que así te sentirías más tranquila?

- Estoy tranquila.

- ¿O crees que algo así nos garantizaría la felicidad para toda la vida?

- Sólo he dicho que te quiero.

- En realidad, eres demasiado joven, no creo que sepas calcular la enormidad de lo que estás diciendo.

- Eso suena a disculpa.

- No es tan sencillo.

- Eres tú quien ha empezado todo esto.

- Tienes razón. Pero reconocerás que ha sido con tu ayuda.

Pero ¿de qué estábamos hablando? Habíamos hecho el amor un montón de veces. Llevábamos juntos más de tres semanas ¿qué era lo que no estaba suficientemente claro?

- No sé realmente quien eres pero, créeme si te digo que he hecho lo imposible por no quererte. Estaba segura de que intentarías zafarte. Primero me haces perder los estribos y, cuando lo has conseguido, me dejas que me las arregle yo sola. El resultado es que ya no sé lo que hago, he perdido el control.

- Lo echas de menos ¿eh? el control...

- Lo nuestro nunca fue premeditado.

- ¿Estás segura?

Ya era oficial. Q. no se fiaba de mí. Y eso que ni siquiera sabía que le espiaba. Pero ¿acaso pretendía yo que se fiara? Ahora que lo pienso, es probable que él estuviera en lo cierto. Yo, todavía, no había aprendido a controlar la enormidad de todo aquello.

Siete: *Abiye.*

En otra fotografía, el mismo hombre joven recostado contra una pared de adobe con un pie levantado y la suela de su alpargata apoyada en un bidón de lata. El rostro impassible, sin la menor expresión de sorpresa, nada que interpretar. Sabía que era él, pero podría haber sido cualquiera porque en ciertas situaciones hay algunos hombres que son capaces de borrar toda expresión de su cara. Para evitar represalias, dicen. A partir de entonces, dejan de tener rostro, se parecen a los demás y todos son el mismo.

En la ciudad de Asmara, el ejército etíope reclutaba a los jóvenes de toda condición para ir a luchar contra la guerrilla. No importaba su edad. Si se negaban, los reducían a golpes obligándoles a caminar sobre los codos y las rodillas. A veces también los encerraban. Pequeñas celdas sin techo donde debían colgar sus ropas al paio para protegerse del sol. Jugaban con sus miedos y los hacían crecer para que cambiaran de idea. De vez en cuando, los sacaban de la celda y al rato sonaban unos disparos que hacían creer al resto que los habían matado. De todas maneras, algunos ya no volvieron nunca. Abiye se libró porque su abuelo pagó el rescate. Fueron a buscarle y lo trasladaron a Karen, una ciudad pequeña donde le esperaba su familia. Unos amigos organizaron su huida.

Le veo apoyar la cabeza contra la pared. Conozco esa clase de expresión neutra. Sé cómo interpretarla.

Abiye contó que fue a partir de entonces cuando se unió a la guerrilla. Después de las largas jornadas de adiestramiento, se quedaba dormido en cuclillas, en cualquier rincón. Se habría pasado medio dormido dentro del laberinto de las cárcavas, atravesaba la guarida de los zorros y llegaba al refugio, en lo más alto de la escarpa. Entonces, se despertaba de repente.

“A menudo somos culpables ante los ojos de las víctimas, no por haber sido sus verdugos, sino por saber quiénes lo han sido”.

Las indómitas montañas del Khuddam. Desde que entró en la clandestinidad, había pasado más de la mitad del periodo de entrenamiento bajo las órdenes de Yarid, otro joven de casi su misma edad que nunca había salido de la región y que, una vez acabada la guerra, no pensaba volver a salir de ella. Cuando Abiye llegó allí, tan lejos de su familia en Ginda, no conocía a nadie. Tenía veinte años y allí no había sino soldados. En su cuaderno de notas, Q.. lo describe sin muchas contemplaciones:

Es un joven educado y tímido que dice que antes de entrar en la guerrilla se dedicaba a curar animales. Un ser sin sombra, alguien que cuando le miras por primera vez, no deja huella. Como un perro, observo cómo me olfatea, cómo busca mi rastro, él. La primera vez que nos vimos no quiso que nos encontrásemos en el hotel. Demasiada gente, dijo. Quedamos, pues, en una tienda de comestibles de Asmara propiedad de un hombre mayor, de ascendencia griega e italiana, conocido por sus simpatías independentistas. Se llama Ulises. Parece un hombre desilusionado al que una inquietud del

alma o las contrariedades de la vida hubieran empujado ultramar, con el fin de poder olvidar el pasado y construirse una nueva vida bajo otro cielo.

Acodados en el mostrador de mármol, vemos pasar los enormes todo-terreno de la Cruz Roja, laqueados de insignias protectoras. En la acera, los vientres redondos de las sandías se abren obscenos sobre las banastas bien ordenadas. Cuando los automóviles han terminado de pasar, Ulises me ha mirado de soslayo y arrugando sus ojillos de gato dice: “Vienen por lo del hambre” Y se echa a reír. En silencio, como suelen los gatos.

Conseguir pruebas, documentos, buscar contactos: ¡qué trabajo tan extraño! Buscar las huellas de un extraño y cargar con sus restos a la espalda...el testimonio de un cadáver ¿pero qué demonios tengo yo que ver con todo esto?

Abiye se pone en pie y se tienta la ropa. Su mano recorre con cautela todos y cada uno de los bolsos de su desgastada sahariana antes de dar con las llaves del coche. Vamos, dice.

Situada al noreste del Macizo Etiópico Eritrea fue durante años la salida al mar de Etiopía. El puerto de Masawa era el único con capacidad para buques de gran calado a lo largo de miles de kilómetros de costa y, tradicionalmente, uno de los más activos en las desérticas riberas del mar Rojo. Pero, a diferencia de la Etiopía central, donde el cristianismo copto es mayoritario, en Eritrea, el Islam, es la confesión más numerosa. Este pequeño detalle sirvió, primero al Negus y después a Mengistu, para convencer a la comunidad internacional, y que la comunidad internacional le creyese, que lo de Eritrea era un caso más de secesionismo ilegítimo lo que, andando el tiempo y con la inestimable ayuda de países como la antigua URSS y Cuba, permitiría al gobierno etíope, con la inestimable

ayuda del armamento USA, dejar la región convertida en un inmenso estercolero plagado de cuerpos insepultos resultado del NAPALM y el gaseado de la población civil con agente nervioso.

Por eso digo que en Eritrea, nada depende de lo que uno decide o, si vamos a eso, de lo que a uno le gustaría hacer. Depende de la caída de los precios del café, de las obsesiones del dictador de turno, de la relación entre las etnias, de la climatología. La gente se mueve entre leyes inciertas y el miedo lo impregna todo. Que no sepa hablar árabe, no me pone las cosas más fáciles así que pediré a Abiye que sea mi intérprete. Desde que llegué, la situación se ha ido pareciendo cada día más a esas bolas de caucho – imaginarias - que rebotan cada día contra la pared de los telediarios: Pim, pam, ida y vuelta, pim, pam, gran agitación pim, pam sin moverse ni un centímetro. Nadie me había dicho que en esta parte del mundo la simple vida de todos los días implicara esta clase de riesgos y que teníamos que vivir como si estos riesgos fueran simples gajes del oficio o como si se diera por hecho que, sólo por vivir, tuviera uno la obligación de correrlos.

A la vista de una pobre tienda flanqueada por dos acacias medio secas, Abiye detiene el todo terreno y me invita a bajar. Después de hacerse a un lado y sujetando con el brazo una manta que hace las veces de puerta, me invita a pasar. La tienda es una de esas que suelen llamar *de razzia*, una tienda de forma panzuda, tan alta que uno puede estar de pie sin tocar el techo con la cabeza y muy espaciosa porque está sujeta por un único palo central. Con el doble paño y la cubierta de lana negra se protegen del frío durante el invierno y del calor en verano. Dentro, las alfombras desgastadas desprenden un leve vaho y las cubiertas de lana de cabra, oscilan colgadas de los palos. Hay colchonetas forradas con telas de colores. Están dobladas y apiladas en una esquina. Siento que esta atmósfera en penumbra

representa bien el mundo en que vivimos: es pesada, como cinco mil trillones de toneladas de peso y la gravedad es el garfio que la retiene pegada a la tierra. El calor del sol, la luz a través de las mantas, el sol a través de las mantas, el brillo eléctrico de las partículas de polvo a través de las mantas conforman un útero de la lana para que los huéspedes, lleguemos de donde lleguemos, nos sintamos en calma.

Bienvenidos, susurra una mujer.

Pero no es calma lo que busco, no puede haber calma aquí, en unos metros de alfombras que no albergan sino una *rababba*, palos de acacia y color de sombra. No puede haber calma aquí, ni en ninguna otra parte, donde vibre esta clase de vida, esta clase de aire agitado por el aliento incansable de una lengua que, como agua salpicando dentro de un caldero marca en el corazón, un latir pautado. Excepto cuando él habla. A medida que voy conociéndole, me he dado cuenta que Abiye suele mezclar el árabe con la letra de ciertas canciones que seguramente ha oído por la radio y gracias a las cuales, seguramente, ha ido aprendiendo francés. Habla de sí mismo y de la historia de su país sin advertir que la voz se le va escindiendo en voces diferentes mientras no deja de repetirme que, cuando escriba mi reportaje me ande con ojo: nada de descripciones, nada de nombres, de filiaciones o de etnias, que si padres o si hijos, si jóvenes o si viejos, que su religión, que su trabajo, que su fidelidad... Le digo que aquí no hay nadie a quien se pueda prestar fidelidad como no sea a él o a mi propia vida o quizá, también, a la vida de su gente, saqueada a estas alturas de lo más suyo e, incluso, de sus príncipes, aquellos que la hicieron grande y de cuyas victorias no queda hoy ni rastro pues desaparecieron después, o quizá, no mucho después, de lo de Adwa y le pregunto y él me cuenta, como si fuera ayer mismo, que esa noche, la de Adwa, las cuatro brigadas italianas del general Oreste no sé qué, avanzaron por separado a través de los pasos de

montaña hasta que por fin, muy lejos unas de otras, llegaron a la hondonada donde esperaba Menelik II y sus cabezas y ejércitos, los Ras Makonen, Ras Mikael y el Negus Tekle Haymanot de Gojjam porque en árabe, ya sabes, *ras* significa *cabeza*, con todas sus bocas a los gritos, unos gritos de espanto, hasta que el tal Oreste cayó y empezó la escabechina.

Empeñado en describírmelo por lo menudo, Abiye no ahorra ningún detalle escabroso: la tradición de los guerreros Soa que, orgullosos, gustan de engalanar sus cintos con los atributos viriles de sus enemigos; las 5000 bajas de los italianos o los 10.000 muertos de Menelik sin contar, claro, con el castigo de los *askaris*, las tropas de abisinios que luchaban bajo el mando italiano y que fueron castigados por traidores con la amputación de la mano derecha y del pie izquierdo.

Los ríos de sangre....

Con un soplo de voz, Abiye.

Dentro de la tienda, hay rostros que empiezan a resultarme familiares. Sin dirigirnos la palabra, no dejan de dar vueltas a nuestro alrededor. Entran, nos miran o se sientan. Vuelven a salir. No sé qué hacer pero, a medida que va pasando el tiempo y la tensión se relaja, reconozco que esa curiosidad me importa cada vez menos. Abiye columpia su vaso de té entre las manos y yo estoy a punto de quedarme dormido cuando....

Nací en Guinda...

Vuelvo a oír a Abiye entregado a sus recuerdos, oigo el silencio de los demás – ni un susurro - le oigo recapitular, con los ojos clavados en mi cara, casi a oscuras: *en realidad, yo nací en Ginda* y sin poder evitarlo me dio por pensar en la carga de significado que entraña el añadido de una sola palabra, cualquier palabra, frágiles todas como hilos de una tela de araña. En cómo utilizábamos *realidad* cuando – en realidad – queríamos decir

tiempo, un tiempo que, bien visto, no había dejado de correr mientras nosotros mirábamos y no hacíamos nada.

Al otro lado de las mantas oigo el sonido cobre de un entrechocar de bandejas y espero que aparezca de nuevo la mujer. La mirada, su mirada, que surge de la oscuridad se clava en mí como una flecha y la luz reflejada por la enorme tetera baja de su cara al cuerpo de Abiye y a la alfombra y después me toca y resbala por mi rostro apenas un instante. Abiye continúa hablando:

Es sólo cuando la subversión armada empieza a extenderse a todo el territorio cuando mis compañeros toman la decisión de “documentar” lo que está sucediendo Y como yo soy el único que tengo una cámara piensan que podría estar bien contar conmigo. Recuerdo que yo había ido a Asmara sin objetivo alguno. Nací en Guinda y lo cierto es que por entonces, allí no había mucho que hacer. Supongo que eso fue lo que me llevó a Asmara: la capital fue siempre una población con muchos italianos y en Eritrea, mi querida amigo, si existe alguna puerta, puedes jurar que la llave la tienen ellos. Y no sólo la llave. Es bien sabido que en África son los colonos quienes hacen la historia y, además, saben que la hacen. Ahora bien, la historia que hacen no es desde luego la historia del país que violan y hambread sino la historia del suyo propio en tanto que viola y hambrea al de los demás. Un mundo seguro de sí, éste de los blancos, que aplasta con sus piedras, pero también con sus llaves, millones de espaldas desolladas por el látigo. Ellos necesitan siempre llaves para cerrar las puertas de las casas que nunca debieron ser suyas. No pueden vivir sin llaves. Y tampoco sin algo que llaman *objetivos*. Tiemblan de alegría, de un placer profundamente sensual, cuando se refieren a los famosos objetivos y juran por la cabeza de sus hijos que una vida sin objetivos no tiene sentido. Se diría que tener un *objetivo* es algo imprescindible para sobrevivir en el

mundo. No, espera, creo que me he expresado mal: Por lo que a esa gente se refiere, no cabe hacer distinción entre una cosa y otra, entre *vida* y *objetivos* porque para ellos son algo inseparable. Viven siempre para *algo* y en eso, precisamente, consiste su profunda sabiduría. Sea como sea consiguen siempre arreglárselas para sacar buen provecho del lote que les ha caído en suerte. Ahora bien, a mi modo de ver, se utilizan a la baja, los objetivos, digo. Y es lástima. En eso no nos parecemos. Digamos que nosotros, somos de miras más altas. Suele ocurrir que lo que está más allá de nuestro primer objetivo o, simplemente, a su lado, nos parece también muy interesante. Luego, la propia vida se encarga de ir tocando los palillos hasta sacar de su instrumento una música desconocida, y también impredecible, que deleita nuestros oídos y nos hace bailar a ese preciso son. Para empezar, y por si no lo sabes, nuestro primer –y casi único objetivo– consiste en seguir vivos. Vivir, sí. Vivir aún cuando todo lo demás haya desaparecido y nos toque vagar entre los escombros. Después, ya se verá.

Observo con atención, observo que sentado frente a mí, Abiye me mira con cierta sorna y, de paso, intento imaginar el cauce de sus pensamientos. Está sentado en la alfombra con las piernas cruzadas y no aparta la vista de mí mientras, a pequeños sorbos, va terminando su te. Contemplo su oscura silueta recortada sobre lo pardo de las mantas, su piel, el crespo cabello negro. Llevo ya vistos muchos jóvenes como él pero, en este preciso lugar, en este preciso instante, apenas si queda mundo a nuestro alrededor y tanto Abiye como yo, nos vemos obligados a ensimismarnos. Puede que sea esta, o no, la verdadera razón pero lo cierto es que, desde mi llegada, no he vuelto a pensar demasiado en el famoso Smith. Creo que, ya sea arrastrando los pies por las estribaciones de este fin del mundo o ya sea encerrado en este útero de mantas, me he dado cuenta de que Abiye tiene razón: siempre habrá cosas más importantes que un *scoope*.

Ocho: No teníamos nada mejor que hacer.

Durante aquellos largos meses no dejé de repetirme que aquella obsesión mía era casi normal porque, en nuestras vidas, hay hombres a los que una no puede dejar de abrazar o, en su defecto, morder en el cuello si lo que se pretende es seguir conservando cierta salud mental. Que, sea como sea, hay que agarrarles del pelo y mantenerse aferrada a ellos ya que, de lo contrario, son muy capaces de pasar de largo; capaces de dirigir su barca hacia ti y, cuando están a punto de atracar y, mientras tú les saludas agitando la mano, arrancan el ancla y siguen navegando. Y, luego, desaparecen durante años. Desaparecen muchas veces. Yo me acostumbré. Para mí, Q. fue siempre el hombre que desaparecía. Aún ahora, su inquietante sombra sigue haciendo el gesto involuntario de envolverme entre sus brazos, entre sus alas. Me abraza como si quisiera disolverme. Aún ahora.

Algunas noches, me arrebujé debajo de la manta y disfruté más con su peso que con el calor que me da. Y cuando la luz de la luna se me viene a los ojos y me despierta, me quedo en la cama, a la deriva con mis pensamientos. Sólo así descanso. No en paz ni en guerra, sino conmigo misma porque en eso, y no en otra cosa, consiste el descansar, aceptar el lote que te ha tocado en suerte sin atreverte a juzgarlo; bañarte en la lluvia, hacer el amor, mirar con ternura. Mirarte.

Le echo tanto de menos.

Atardeceres lentos, sus silbidos a ritmo de bolero, la ironía de su voz.

Al principio, cuando iba a buscarme, llegaba siempre tarde porque no sabía conducir y tenía que arreglárselas con taxis. Como no le gustaba el metro

porque, decía, olía a hierro y a veces no le alcanzaba el dinero, llegaba tarde. Desde la calle, me avisaba a silbidos y organizaba gran estruendo con el timbre de su bicicleta en la calzada. Hasta que se la robaron, la bicicleta. Casi siempre, me alegré de no vivir con él, de no sentirme demasiado atraída por su planeta, esa constelación de estrellas, satélites y amigos, a menudo tan suficientes. En su compañía, una se veía obligada a mutar en miembro indistinguible de una panda de actores, actrices, periodistas y escritores que, cuando estaban juntos, hablaban un lenguaje especial, lleno de sobreentendidos radiantes que le dejaban a una completamente privada. A veces, cuando Q. me notaba particularmente ausente, se dirigía a mí como quien da un cachetito en la mejilla de un niño o como quien llega con un geranio en la mano al encuentro de una novia que ya le importa poco. A veces, cuando creía verme contenta o yo le decía, por ejemplo, que su último artículo me había parecido muy divertido, preguntaba en voz alta mi opinión porque, seguramente, quería contribuir un poco más a mi alegría o para conseguir, quizás, que siguiera hablando elogiosamente del mencionado artículo o para contradecirme – demostrarme que no sólo podía prescindir de mi opinión cuando yo decía, o hacía, cosas que le molestaban sino que tampoco estaba dispuesto a hacerme caso cuando decía algo que debería gustarle - y probar precisamente lo contrario. Es decir, cuando se sentía demasiado superior y necesitaba inclinarse hacia mí por pura mala conciencia, o cuando estaba tan aburrido que, charlar conmigo, era una forma de demostrar a los demás que poseía ¿por qué no? su propio monito amaestrado y que, en el fondo, hablar conmigo no significaba gran cosa para él. Lo que sí recuerdo es que, durante aquellas veladas, no hubo ni una sola vez que hubiera contado conmigo simplemente porque sí o porque tuviera ganas o sin que yo le atribuyera una segunda intención. Como casi

todo lo que se veía *obligado* a hacer, preocuparse por mí era, para él, un simple incordio.

Curiosamente, eso lo hacía aún más atractivo a mis ojos. Porque a mí no me gustaba particularmente que nadie estuviera pendiente de lo que yo hacía o decía –él estaba convencido que sí y yo no tenía el valor de contradecirle. Y yo no le contradecía no porque no me atreviese, que, si me atrevía, sino porque me hubiera visto obligada a dar muchas explicaciones. Y no estaba preparada para hacerlo. En primer lugar, porque entonces, ni siquiera sabía que existían, las explicaciones digo, dado que, en mi alma, los sentimientos surgían –o eso creía yo – por generación espontánea. Esa fue, en primer lugar, la razón por la que le permití creer lo que le diera la gana: resultaba más fácil dejarle pensar que yo “funcionaba” como las demás a tener que ofrecerle otras explicaciones – que seguramente, él no entendería, que yo no entendería -. Más allá de estas minucias, lo que más me impresionaba de Q. era su labia. Siempre estuvo muy orgulloso de su fluidez verbal, de su, digamos, lucidez ideológica. Quiero decir que, para él, crear opinión al galaico modo no era un hecho casual; parecía ser, hasta donde yo era capaz de entender - ¿entenderle? – algo genético. Y, sin embargo, el hombre hacía lo posible: me sonreía, a ratos contaba conmigo y cada vez que yo sentía sobre mí su interés - no siempre pero muchas veces – volvía a pensar en el sexo, bueno, no exactamente en el sexo sino, más bien, en la diferencia de sexos: Un sexo, el suyo, que suele cargarse los instantes más profundamente íntimos con el peso de su pretendida superioridad.

Cuando íbamos por la calle, solía pararse con desconocidos o antiguas amantes que le abrazaban o besaban con pasión - a mí ni me veían. Después, *ellas*, se incorporaban al grupo. Imposible ir a ninguna parte sin toparse con alguien que no necesitase su ayuda o le prometiese, ¡por éstas!

cualquier información de primera mano. “Sólo *un día, unas horas* para nosotros“ suplicaba yo.

Pero no había manera.

Éramos de esos, una generación que creía poder cambiar el mundo con una seguridad tal, que se hubiera dicho que el mismo Dios hubiera venido a pedirnoslo. Era esto, seguramente, lo primero que se le ocurría a quien fuera que nos viera juntos: una pandilla tipo Guillermo y sus amigos, excitados infelices que no sabíamos nada de la omnipotencia pero que nos creíamos todopoderosos, que aprendimos a amar sin medida pero no estábamos preparados para las consecuencias de ese amor loco, que fuimos entrenados para esperararlo todo y que, incluso en los momentos más difíciles, no nos resignamos nunca a aceptar otra cosa que la perfección, el placer sin una mota de polvo. Para Q., pero también para todos nosotros, los valores solidarios procedían de la convicción absoluta de que teníamos, o eso creímos, el poder de reconducir el curso de la historia. En nuestros propios términos, por supuesto. El poder de olvidar todo lo que nuestros padres nos habían enseñado. Tonterías. Al final resultó que no fue para tanto: fuimos lo suficientemente idiotas como para creerlo. Solo eso. Y así nos fue: caímos desde lo más alto y nos rompimos la crisma.

Se conoce que no teníamos nada mejor que hacer.

De a pocos, la oscuridad se fue interponiendo entre nosotros y a Q., mi Guadiana, le dio por empezar a desaparecer días enteros: Unas veces de vuelta a Galicia para visitar a los suyos; otras, en las guardias del imponente edificio blanco y negro para el que entonces trabajaba; de vez en cuando en Galapagar, donde vivían algunos de sus amigos y a donde me llevaba, ocasionalmente, para amarnos bajo las mantas en el horrible frío del invierno o, también, en el ritmo bullanguero de a alguna primavera. Nos

besábamos con la boca llena de manzanillas, en mayo, cuando la Bola del Mundo lucía todavía sus cejas heladas.

Vertí un poco de agua en la tetera y me senté a esperar en la mesa de la cocina a que se calentara el agua. Cuando él se fue a Eritrea, regresé a mi casa pero de vez en cuando, me pasaba por la suya para regar las plantas. En esas pocas ocasiones y no sé muy bien por qué, me movía dentro de ella con cautela, procurando no alterar nada. Una de aquellas tardes volví a buscar la llave del famoso archivador. El libro de Derecho Romano seguía donde solía. Despegué la etiqueta y saqué la llave. Después los abrí por la página en blanco del final y escribí:

Érase una mujer llamada Lilith...

Sólo por fastidiar, para que al volver encontrase estas palabras escritas y supiera que yo sabía, que siempre había sabido.

enamorada de un río de aguas bravas que desaparecía a menudo entre sus ojos. Por una razón que desconozco, este río se hizo con ella y nunca dejó de arrastrarla.

Recuerdo que, algunas noches, cuando él estaba dormido, me inclinaba para descansar en la piel de su delicado cuello. Otras, tumbada boca abajo encima de él, sentía en los pechos y a través de su mano siempre helada, el retumbar del lejano tráfico, allá por la M-30. Después, con mi cabeza apoyada sobre su vientre lo único que sentía era la secreta elevación de su piel acompañando cada uno de los latidos de su corazón. Dormíamos abrazados.

¿Quién eres? ¿De dónde has salido?

Sonreía.

Mis manos sobre sus hombros, los brazos estirados separando nuestros torsos, mis ojos en los suyos atenta a su placer. Su piel acariciando la mía, Y yo que le dejaba hundirse, tan profundamente. Después él echaba la cabeza hacia atrás y yo permanecía inmóvil. No suspiraba, no parpadeaba. Y cuando él me abrazaba de nuevo sabía, una forma de saber con la tripa, que él era la suma de todo cuanto yo había querido en la vida, desde siempre.

Mis uñas arañando su espalda. Su frente reposando en mi mejilla.

Así que ¿Cómo pudo este desgraciado romperme el corazón en la trituradora de su ego y olvidarse de mí? ¿Cómo pudo jugar a perderse entre los muslos abiertos de cualquier zorra con *pedigree*? ¿Cómo alguien como él pudo confundir mi amor, frágil estructura creada con tanta imaginación y entusiasmo, calcular su importancia y su fuerza y decidir que no le parecía necesaria? Nunca pude entender cómo era capaz de saltar de su verdadero ser a su *otro* verdadero ser. Era un vuelo del que nunca supe nada. Pero lo cierto es que nunca hice el menor esfuerzo por cambiarle. Le amaba por ser cómo era pero no estaba segura de que pudiera gustarme de otra forma así que no conseguí unir sus dos personas. Inmerso en su amor, incluso haciendo el amor, le veía observar mis rasgos como si, de un momento a otro, fueran a transformarme en los de una esposa de guerra, un ser al que de ninguna manera hubiera querido encontrar entre sus brazos cuando le estaba besando.

Empezaría a buscar en las pupilas y al terminar de repasar su cuerpo, se hallaría ya en otro país, otro territorio, abrazando a una desconocida.

Si alguna vez regresas, amor mío...



Pasado el tiempo fue una sorpresa darme cuenta de que había ido aprendido muchas cosas a su lado, cosas como las que aprenden los niños observando la forma en que los adultos se aprietan el nudo de la corbata o le hablan a su perro. Pero tenía que absorberlo todo a distancia sin que él se diera cuenta. Q. creo haberlo dicho, reservaba su locuacidad para lugares como el de la plaza de Paris. Aquella sala grande, con una inmensa barra de madera, confortables sofás, inmensos espejos y barandillas de latón brillante donde casi todas las noches, cuando estaba en Madrid, se la pasaba charlando y flirteando, con la izquierda divina del anti-franquismo.

Para mí, no se trataba sólo del simple placer de aprender. Eso podía hacerlo también de día, en la Escuela. Era, más que ninguna otra cosa, el esfuerzo de luchar contra la noche, una rutina tan segura como el hielo de la Antártida donde podías saltar por los aires y caerle encima sin romperlo. En lugar de libros de texto, historias contadas por él y los otros, sueños que me permitían cruzar fronteras ... ¡Aventuras! ¡Amor! ... una mujer danzando un vals con su propio fuego.

Para aquella muchacha que entraba en su dieciocho cumpleaños, que había pasado toda su vida en una ciudad de provincias donde todo era un NO constante, nada volvería a ser lo mismo. Pero esa muchacha no se fiaba lo suficiente de sí misma. No se fiaba tampoco de aquella multitud de bohemios camuflados como para dar un paso adelante y mezclarse de verdad con ellos. Solía regresar a casa sola, entre los árboles castaños. Decir que estas conferencias de salón me daban sueño les hubiera parecido un insulto.

Y así fue, más o menos, como en esa etapa de mi vida, mi mente echó a correr muy por delante de mi cuerpo

*

Como si hubiese sido yo quien hubiera partido de viaje, hace mucho tiempo, en una época en que las comunicaciones no eran lo que son ahora y, en uno de esos días, él hubiese muerto. Como si hubieran pasado dos meses antes de encontrarme para decirme que Q. se había muerto y él hubiera seguido vivo para mi durante todo ese tiempo ¿te das cuenta? y yo lo habría seguido recordando, inquieta como cuando estaba vivo; Lo sé, ¿cómo no voy a saberlo? en realidad, él no lo habría estado, no se habría movido, no habría respirado pero yo habría seguido creyendo que, allá donde se encontrase, se las arreglaría para seguir prometiendo imposibles a diestro y siniestro, transformar el mundo a su modo y manera, olvidada yo de su piel durante aquellos malditos meses y con un rencor sin nombre porque ¿sabes? no hay nada peor que una promesa que no se cumple, es un dolor...

Sí, quizás sea cierto que empezó todo con aquel dolor.

Nueve: Sólo la tierra es oscura.

No había ni una nube a 2000 metros sobre el nivel del mar y a la sombra de las estribaciones del Gran Rift pero el aire límpido de la mañana se iba enturbiando – como le ocurre a la absenta – por un poso amargo compuesto de gritos infantiles y por el rugido de las motocicletas. Dejé el equipaje y salí a dar una vuelta por los alrededores del hotel: palacios ocres de frontón

triangular y frescas mansiones al estilo toscano rodeadas de misteriosos, por lo ocultos, jardines, los trampantojos manchados por las inundaciones y las grotescas esculturas resquebrajadas por raíces tropicales y cubiertas de innoble polvo. Me llevé una sorpresa. Asmara, más que una ciudad, parecía un contrasentido. Pero ¿Cómo fue que llegaron aquí estos italianos?

Tras la apertura del canal de Suez, en 1860, el mar Rojo se convirtió en escenario de las últimas ambiciones coloniales. Los ingleses ocupaban Sudán y Egipto; Francia, Oboe y Yibuti. En cuanto a los italianos, habían terminado de unificar la Bota de manera que cuando iniciaron la carrera llevaban mucho retraso. También ellos querían pillar algo, lo que fuera así que, bordeando la costa, fueron a dar con Mitsiwa, una cala de mala muerte oculta tras unas islas desérticas. Este lugar desolado nunca había atraído la atención de nadie pero ellos la conquistaron sin percatarse que, debido al terrible calor, la vida allí podía ser un infierno. Y lo fue. Desde su llegada sólo pensaron en seguir avanzando hacia el interior y atravesar las murallas rojas que veían desde la costa, a las que bautizaron con el nombre de Eritrea, para ver qué es lo que había detrás.

Detrás estaba Asmara.

Fin de la clase de historia.

Abiye había llegado a Asmara un año antes.

*

La guerra de la independencia está por empezar, me dijo. Y también: la guerra ya ha empezado, la guerra de guerrillas, si sabes a lo que me refiero. Enseguida dejó claro que abandonar a sus compañeros para hacerme de interprete equivaldría a una deserción. Que tendría que pedir permiso pero que, en el mejor de los casos, sería yo quien tendría que abandonar mis

cómodas previsiones para ir con él. Contesté que no había problema, que estaba dispuesto a acompañarle pero que él, a cambio, me serviría no sólo de intérprete sino también de guía. Como si pretendiera que le arrancase, literalmente, un compromiso, no dio señal alguna de haberme escuchado y permaneció largo rato impasible. Después, extendió su mano y apretó la mía suavemente. Por lo visto, esa era su forma de decir que aceptaba el trato.

Cierto que nuestra amistad se movió siempre, o casi siempre, en los límites de una penumbra; esa clase de penumbra que aparece bajo la cubierta de un *tukul* o quizá, también, bajo las mantas negras de lana de cabra de algunas tiendas. Una amistad desde luego limitada por la reserva que los eritreos, ellos también, sienten hacia “los occidentales” cuando febrilmente se esfuerzan en dialogar con ellos para explicar o más bien justificar de alguna manera sus puntos de vista o lo que es igual, la presencia de colonos hace unos años o la nuestra, ahora. Ocurre sin embargo que Abiye y los suyos eran y son completamente impermeables a nuestros puntos de vista y también a todo lo demás, justificaciones incluidas. Para ellos la única cuestión esencial, por ser la más concreta es la tierra, a saber, cómo recuperarán la tierra a través de la independencia. La tierra que es lo que les asegura el pan y, por tanto, la dignidad. Una dignidad que, digámoslo de una vez por todas, no tiene nada que ver con la que nosotros reconocemos como propia del ser humano y de la que, probablemente, ni habían oído hablar. Pero de lo que sí han oído hablar o, más bien, tienen larga experiencia, es de la indignidad de la servidumbre que tanto Abiye como su gente conoce bien ya que se han acostumbrado a ver cómo, en su propia tierra, podían arrestarlos, golpearlos, hambrearlos impunemente y ningún profesor de moral, ningún cura, ningún experto en cuestiones africanas o periodista vino jamás a recibir los golpes en su nombre ni a compartir el

pan con ellos. Por esa razón y no otra, colaborar con nosotros significa para ellos, soportar lo mejor que pueden nuestra condescendencia infecta. Y, de paso, ignorarnos. a ver si de una maldita buena vez lograban hacernos desaparecer de su vista para siempre.

*

“Decir también que estos son días de agitación extrema. El *Uhuru*, espíritu salvaje de la independencia arrasa de un extremo al otro el continente africano. Desde 1960, ya han obtenido la suya diecisiete países. Después, algunos escogieron las alianzas occidentales, otros se alinearon con Moscú y otros, como las antiguas colonias francesas, escogieron, extraña forma de decirlo, una tercera vía: su metrópoli les concedió la independencia a condición de que el nuevo Estado fuese a parar a manos de una elite formada culturalmente en sus universidades fiel, por tanto, a sus intereses.”

“Excepto Etiopía, nadie permaneció neutral. Sólo el Hailé Selassie consiguió establecer un dialogo entre estos dos grupos de esclavos liberados, sólo el Negus vio de nuevo consagrado su prestigio, un prestigio basado en un poder despótico y absoluto heredado de la reina de Saba. Ahora bien, las relaciones de Etiopía con sus regiones, y Eritrea sigue siendo una de ellas, tomaron las más de las veces el cariz de un matrimonio a la fuerza que puso en serio peligro la idea del “único” cuerpo nacional. Por si la geografía no se hubiese empeñado bastante en separar a nuestros pueblos, la historia trazó siempre cursos diferentes para los eritreos y para los etíopes. En la época colonial, a los eritreos les tocó depender de Italia mientras que Etiopia se mantuvo independiente. Tras el breve lapso que supuso la invasión fascista de Abisinia y la segunda guerra mundial, Eritrea

quedó tutelada por Naciones Unidas que, en 1950, cedió a Etiopía la administración de nuestro país a condición de que reconociese su identidad nacional. Pero Etiopía no estaba dispuesta a hacer ningún tipo de concesiones máxime cuando otras zonas del país, como el Ogadén o Tigré, hubieran podido levantarse también y exigir el mismo trato que se daba a sus compatriotas septentrionales. La idea de una Etiopía centralizada en torno a la etnia Amhara, la del Negus, fue tan determinante y, a la vez, tan negativa para Eritrea, que muchos de los problemas con los que el gobierno de Addis Abeba tuvo que enfrentarse, pasaban por esta espinosa trama.”

“Ahora bien, llamar a este desasosiego “*espíritudeindependencia*” es una forma barata de llamarlo. Un flaco servicio y además, no describe nada; no al menos en nuestras ciudades o en nuestras *medinas* plagadas de gentes de color que, aparte de color, lo único que poseen es mala fama y una lubricidad casi animal que los hace nacer a cientos en cualquier parte y de cualquier manera y morir casi igual. En verdad, nuestro mundo es un mundo sin intervalos poblado por hombres y mujeres amontonados que tiene hambre de pan, sí, pero también de zapatos y de luz eléctrica. De una luz eléctrica bien potente y enfocada a la cabeza de quienes nos hambrean para que nosotros, que lo único que de verdad queremos es cortársela de una buena vez, acertemos a la primera.

Lllamarlo pues *espíritudeindependencia*, *Uhuru* o cualquier otra cosa, no muestra sobre todo – es decir, no muestra para nada – este modo extremo que nosotros tenemos de desear, con todo el cuerpo y no sólo con el espíritu, la violencia liberadora que acabará algún día, de un solo golpe, con esta injusticia, con todo este espanto. Y que mostrará al mundo, a muchos en cualquier caso, que de otra cosa no sabremos pero de dignidad, sí.”

*

Al atardecer, en las montañas, sólo la tierra es oscura, el cielo turquesa, las colinas malvas.

A estas alturas empiezo a estar un poco harto de tanto pasar hambre y de no inspirar en los demás otra cosa que sospechas. Con que me retiro: dejo de buscar teléfonos, de comunicarme día sí, día no, con el periódico. Voy a intentar dejar un poco más de lado lo que he venido a hacer aquí y así, no seguiré pareciendo, en el mejor de los casos, un tonto. En realidad, me esfuerzo por pasar desapercibido pero, al mismo tiempo, creen que soy un poco extraño porque me obligo a compartir con ellos su comida, su forma de vida y no quiero volver al hotel. Siento, o más bien he empezado a sentir ahora, que no pertenezco a ninguna parte. Estoy harto de que en Madrid, algunos me traten como el típico “defensor de las causas perdidas”, *reporter tribulete* de moda. Tenía razón Lilit, haga lo que haga se me notan mucho las ganas de aventura y eso hace que, en general, no se tomen demasiado en serio las cosas que digo pero, a estas alturas, si algo me ha quedado claro es que en Eritrea y en los lugares como Eritrea, lo que divide el mundo es, antes de nada, el hecho de pertenecer, o no, a una raza determinada. Si eres blanco puedes hacer siempre lo que te da la gana y, de la misma manera, eres blanco porque haces siempre lo que te da la gana.

*

“En algún lugar del norte – pero ¿qué norte? ¿el norte de qué? – la hambruna siempre fue una tradición, algo natural y a ninguno, ya fuera o no del país, se le hubiera ocurrido escandalizarse. Cada tanto llegaba la sequía y, cuando esto ocurría, moría el ganado, morían los campesinos y se restablecía el normal y eterno orden de las cosas. Sólo que el año pasado

los muertos fueron miles y éste, los esqueletos se apiñan en las cunetas mientras el tipo ese, siempre tan solícito, cuida que el mayordomo no olvide alimentar a sus perros con carne roja de venado servida en bandeja de plata. Pero, desgraciadamente para estas pomposas ratas, no todos estamos dispuestos a dejarnos morir de hambre. Nuestra guerra, desconocida en el resto del mundo, no ha hecho sino comenzar. Así que, toma nota: sobrevivimos para participar en el esfuerzo común. Aquí, en la montaña, nos toca hacer un poco de todo ¿Qué otra cosa si no? Utilizamos los cuerpos destrozados de nuestros compañeros como sacos terreros para protegernos de las balas y así, de sanador de animales me vi convertido en enfermero apenas sin darme cuenta. Debo decir que antes, yo estaba satisfecho con mi trabajo, podía curar a los animales sin tener que aguantar sus parrafadas ni verme atormentado por las desgracias del alma o el espectáculo despiadado de su cobardía. Ahora, ya ves, me toca hacer de lo que no soy. Ni siquiera hago buenas fotos aunque me toque sacarlas para mostrar al mundo cómo viven y mueren los eritreos. Suponiendo, claro, que alguna vez hubieran estado vivos y ahora muertos o muertos y que ahora por fin estuvieran vivos por un tiempo, es decir, justo antes de morir. Y en estas estábamos cuando ocurrió lo inesperado.”



“Asmara es hoy una ciudad en permanente estado de sitio. El ejército patrulla continuamente por el bulevar La Nación, antes Corso Mussolini, y todavía más antes, Corso Vittorio-Emmanuel. Desde siempre nos ha gustado mucho pasear por esta calle y las aceras de la gran avenida, claro que, si te fijas bien, enseguida te das cuenta de que en realidad pasear, paseamos, pero no vamos a ninguna parte: se nos ve caminar en una dirección y, al cabo de unos minutos, dar la vuelta para volver a empezar.

Este pasar por delante de lugares que se han visto millones de veces es algo automático, irreflexivo que, a primera vista, da la impresión de un alegre bullicio. Un bullicio que ya es agua pasada porque lo que toca hoy es morir de miedo. Y es que no sé si te habrás dado cuenta, pero aquí la gente siente un miedo tan grande que acaba volviéndose un poco rara, como si se paralizase por dentro y su corazón dejase de latir; como si nos hubiéramos vuelto mudos de repente y sólo fuésemos capaces de comunicarnos con susurros y a escondidas.

Digo bien, a escondidas.

Porque la policía convenientemente untada y por querer verse libre de cualquier sospecha de colaboración con el pueblo, se ha vuelto ahora más peligrosa y eficaz que nunca. Todo el mundo se ha puesto a sospechar de todo el mundo y los chivatos llenan las comisarías. Los hay también que no son chivatos profesionales pero, asustados, se creen obligados a traicionar, incluso, a su padre. Es así como el país entero se ha llenado de traidores y ésta es una de las causas principales que obligó a algunos de nosotros a unirnos a la guerrilla. Ahora mi tarea consiste en intentar paliar con los mismos recursos, o casi, el variado muestrario de patologías tropicales que afectan a nuestro grupo: desde la malaria a la tuberculosis, desde la sífilis a las diarreas y, de paso, hago también algunas fotos para después venderlas a las agencias o a los periodistas como tú. Con el poco dinero que conseguimos, bajamos a Zula a comprar medicamentos y a descansar un poco. Zula, sabes ¿no? donde las aguas de la bahía bullen de tiburones y para divertirnos, aquel día, *pescamos* algunos a ráfagas de *kalashnikov*".

*

“Nos conocimos en Zula.

Corría el mes de marzo.

Pero no, espera, fue en Arafali arrasada poco después por las tropas etíopes. Los supervivientes se unieron a nosotros y entre ellos, mira por donde, estabas tú, un tipo a lo Guevara que según lo que contaba Yarid, nuestro jefe, acababa de aterrizar en Asmara procedente de Roma con una bolsa azul de deportes por todo equipaje y dispuesto, según decía, a cualquier cosa con tal de conseguir una exclusiva.

Por lo demás, ¿cómo creerte? ¿cómo salvarte de las dudas? Comprenderás que en nuestra situación tal salvación no resulta fácil. Cualquier comportamiento, cualquier modo de actuar no hace sino robustecer nuestra desconfianza hundiéndonos cada vez más en la sospecha. ¿Sospecha de qué? Sospecha de que tu presencia aquí pudiera ser debida no tanto a un interés real por nuestra situación como a la simple curiosidad; a un modo de relacionarse con África y con lo africano basado, digamos, en la propaganda de las novelas de aventuras o de espionaje. Pero no podíamos decírtelo ¡Ay de nosotros si nos hubiésemos prestado a dar esa clase de explicaciones! La dolorosa respuesta no se hubiera hecho esperar ¿Por qué esta ingratitud? Estarás de acuerdo en que hubiera resultado tedioso tener que recordarte, precisamente a ti, la triste historia de nuestra situación. Al fin y al cabo, seguíamos estando inmersos en ella, dentro del África saqueada de sus gentes, arruinada y destruida por gentes como vosotros, una fuerza compacta de *sires*, *masters*, *bwanas*, amos e incuestionables señores enviados por Dios desde tiempos inmemoriales, para gobernar a nosotros, los pobres negros.

Pero al principio tú no sabías. Ni siquiera sabías que nosotros lo sabíamos porque un gran número de los habitantes de estas tierras perforadas no dispone de otra fuente de información que aquello que alcance a oír, por las

noches, al arrimo del *samar*. No deja de ser comprensible que tú nos creyeras a todos iguales. Nos ocurre a nosotros lo mismo con vosotros.

Algunos, sin embargo, estábamos mejor informados.

Sabíamos, por ejemplo, que eras ambicioso y que habías llegado con el objetivo de localizar el cadáver y la documentación de Smith, el piloto americano cuya avioneta acabábamos de derribar. Localizar un cadáver ¿No resulta irónico? Un único cadáver en este lugar donde hay tantos para escoger...Pero esta versión no era la única posible: había también otras. Que fueras un espía disfrazado de periodista lo que, a su vez, nos daba cierta variedad de opciones. La más banal podía ser también la más trágica: que tú, no hubieras querido – sabido o podido – evitar venir a este infierno. O que, manteniendo las convicciones típicas de tu oficio, esos reflejos éticos que en tu mundo parecen transmitirse por vía genética de padres a hijos, hubieras decidido venir a advertirnos, a golpe de consejos, que no fuésemos tan malos, que nos tomáramos las cosas con calma porque como siguiéramos molestando se nos iba a acabar muy pronto el crédito. O que te hubieses equivocado de dirección, a veces sucede y que perdida la verdadera entre tantos datos, muertes y conflictos, no consiguieras recordarla. O por supuesto, también podía ser que ésta fuera la guerra que te interesaba pero que tus directores hubieran decidido enviarte porque confiaban en que tú sabrías lo que hacer, y que no te implicaras demasiado porque, total, para lo poco que ibas a sacar en limpio...

Simple intermediarios, los periodistas no tienen en mucho la muerte de un individuo, o por lo mismo la muerte de tres como es el caso. Cabe incluso la posibilidad de que, manteniendo tus convicciones, la rutina de tu oficio no hubiera alcanzado para volverte otro e inmunizarte y que de alguna extraña manera te hubieras refugiado en la idea correcta, en la decisión de informar,

no sólo del accidente, sino de todo lo demás. Me refiero a sus causas, al por qué y al cómo. No sé...

Sólo que después de haber encontrado lo que habías venido a buscar; después de que el Gobierno etíope hubiera puesto precio a tu cabeza; después de que el ejército hubiese arrasado el Khuddam, destruyendo Arafali hasta dejarla en los puros, calcinados huesos, en fin, después de todo esto, lo único cierto es que tú conseguirías salir del país pero nosotros, no. Nosotros nos quedaríamos aquí, acechando los caminos, asediados como bestias muertas de hambre, esperando las noticias de nuestro amigo, esperando como imbéciles esa mano que, a cambio de nuestra generosa colaboración, había prometido... no recuerdo lo que habías prometido y además ahora... ahora ya nos da lo mismo.

*

...caído en una ardiente mañana de la hermosa primavera de Eritrea, derribado por los disparos de los guerrilleros de la organización Fuerzas Populares cuando con otros dos acompañantes volaba a baja altura sobre los montes de Gheddam en misión de información. Gheddam se halla formado por una serie de estribaciones montañosas situadas muy cerca del Mar Rojo y que van a terminar al borde de la ciudad de Massawa, el puerto más importante de Etiopia. Estos montes de vegetación alta y espinosa, resultan inaccesibles si no se cuenta de antemano con la aprobación de los guerrilleros porque constituyen un terreno propio para la emboscada. Las tropas etíopes rara vez se aventuran a pisar sus laderas engañosas, a veces suaves, a veces escarpadas, como si el paisaje belicista tratara de jugar alternativamente con la confianza y la desconfianza del caminante. Bajo los

montes de Gheddam está la bahía de Zula, bordeada de playas de mareas lentas con aguas verdes y limpias repletas de tiburones, en las que hay que bañarse con el agua por debajo de las rodillas y el refuerzo de un soldado con el “kalashnikov” montado en previsión de la invariable aparición del escualo merodeando por las inmediaciones. En esta bahía donde hay trigo, salinas y riachuelos de aguas sulfurosas, existen dos poblados importantes que figuran en los mapas internacionales de carreteras: Zula, aproximadamente unas 700 casas hecha con paja y troncos de árbol, y Arafali, 400 casas en su día, que ahora me apresuro a poner en conocimiento de los señores impresores de guías de carreteras que ha sido borrada del mapa por las tropas etíopes que han arrasado la población y asesinado a todos sus habitantes en represalia por la destrucción por los guerrilleros de una base militar cercana. Arafali consiste, actualmente, en unos centenares de metros cuadrados de tierra lisa y calcinada.

Contemplando este escenario superpoblado de gacelas, águilas buitres y avestruces, que han recuperado desde hace algún tiempo la confianza en el hombre, desde que las agencias de viajes y de “safaris” no se aventuran a enviar a su distinguida clientela por allí y han dejado de huir ante la presencia humana. Ahora simplemente, se van.

Podríamos decir entonces que esta historia comienza por el final, en el momento exacto que a toda esta gente le da por morirse de hambre. Tan débiles estaban que parecía, bueno nos parecía a nosotros pero también a los etíopes, que no les quedarían fuerzas para levantar la voz y, mucho menos, la mano en especial si ésta se veía obligada a cargar con un *kalasnikof*. Pero nos confundimos, nos confundimos todos. Para empezar, el Gobierno del Negus se vio obligado a hacer frente a unas guerrillas de organización caótica pero dispuestas en pequeños y ágiles cuerpos de

combate que conocían a la perfección cada palmo de tierra, cada risco, cada cueva. Con objeto de debilitar a las guerrillas atacando la base civil, los etíopes movilizaron a la fuerza grandes contingentes de población rural que, desarraigados y abandonados en mitad de la nada, perecían irremediabilmente de hambre. Así fue como las tropas enviadas desde Addis Adeba, que llegarían a contar con 120.000 efectivos armados, se especializaron en el pillaje, saqueo y desmoralización de la población mientras entraban a saco en las aldeas fusilando a los hombres y violando a las mujeres.

La barbarie más absoluta.

En el entretanto, todas las chancillerías occidentales incluida la de nuestra muy amable España en transición, guardaban riguroso silencio y, una vez más, toleraban el exterminio. Eso sí, andaban como locos con lo de la exclusiva de la avioneta.

*

“De manera que la pregunta adecuada hubiera podido ser esta: ¿En qué demonios estabas pensando cuando nos prometiste ayuda? ¿Acaso te creías dios? Los periodistas no hacen nunca promesas de esa clase a pesar de que los famélicos moribundos, y los muertos subsiguientes, no hagan otra cosa que aumentar. Seguramente, porque en sus mentes obnubiladas, en las mentes obnubiladas de tan buenos cristianos, la niebla oculta los cadáveres ya que, como dicen sus curas, la realidad toda, desde la sequía hasta el hambre, desde la muerte del ganado a la de los seres humanos, forma parte del normal y eterno orden de las cosas y que por eso, también dicen, no merece la pena preocuparse demasiado. Así pues ¿qué clase de curiosidad

hubiera podido despertar nuestra desgracia si su condición de algo eterno se daba por hecha y no interesaba a nadie...a nadie, ni siquiera a tí?

Yo mismo desperté un día abrumado por la extraña sensación de ser un asesino. Al prestar atención a los ruidos de la mañana logré desechar ese pensamiento al menos, unos minutos. La aldea se desperezaba lentamente y bostezaba como una anciana desdentada. Oía el crujido de unos pies arrastrándose por entre las ramas secas, pisadas que casi podía distinguir, una a una, arañando el polvo al otro lado de la pared de adobe y que... bueno, podrá parecer una insensatez pero eran ruidos que me tranquilizaban, que me daban una cierta seguridad. Como si esas pisadas fueran la prueba más importante de que mi gente había sobrevivido a otra noche y que en consecuencia yo no era, o no era todavía, el responsable de su muerte.

Protegido de mí mismo por la sonámbula presencia de mis compañeros o por la simple repetición de esas débiles pisadas, igual que en un ritual.

Pero se agitaban en las tinieblas. Las infinitas sombras de seres desconocidos.

Por la noche oía el crujido de sus vuelos nocturnos, el chillido de otros pájaros de presa como yo, el chasquido leñoso de las alas que se plegaban al detenerse sobre una rama, el paso sigiloso, el trote, la carrera, los saltos de los animales. Y también las huellas del enemigo, el choque de los arbustos que se abrían a su paso. Y tal vez fuera esa misma noche o quizá algunas noches después, con la repetición del mismo sueño y los mismos ruidos que yo oía cada vez más fuertes, cuando me di cuenta de que, en efecto, la transformación se había producido y que, por fin, había dejado de cuidar animales para convertirme en un asesino. Bien, lo cierto es que para entonces, eso ya no preocupaba a nadie y menos a mí pues ya había perdido

a la mayor parte de mi familia y la soledad rodeaba mi cabeza como un turbante. El turbante de los *shiftá*

Arrebujado en el suelo, permanecí unos instantes con esa ulcerosa palabra entre las cejas, sorprendido. Como si alguien, mientras dormía, me hubiera pegado un bastonazo.

Y si ahora me enfrentase a los hechos acaecidos desde entonces, mi vida parecería justo lo que es: la historia de un hombre que, hasta ese momento y con toda sangre fría se ha limitado a dejarse morir de tristeza para, a continuación, premeditadamente y no ya por salvarse, sino sólo para vengarse, diera muerte a una serie de individuos, mejor dicho, a una serie de funcionarios de su Majestad Imperial incluido el espía ese, el tal Smith, piloto de las Fuerzas Armadas estadounidenses.

Y eso, más o menos, es lo que he venido haciendo desde que dejé mi casa en Addis Abbeba y escapé a las montañas. Cuando tú te uniste a la partida, yo ya había dado muerte a unos cuantos. Los maté, aunque esa palabra y, en general, la sola idea de esta clase de violencia, me haya asqueado siempre, porque veía su muerte como algo necesario, un paso inevitable para procurar un poco de esperanza a todos los demás, pero si hubiese existido cualquier otra salida o una solución diferente, no lo hubiera hecho. Y no lo digo para disculparme pero lo cierto es que nunca sentí remordimientos. Por otra parte, la palabra remordimiento, tal y como yo la veo, carece de sentido. No abarca ni describe nada y su significado es, sencillamente, inaplicable a nuestro caso”.

*

Contemplando esta naturaleza espectacular encontró la muerte, a las diez y media de la mañana del día 16 de marzo de 1971, el Sr. Smith, piloto de una avioneta civil... Según informaciones de los guerrilleros eritreos que se encontraban cerca del lugar donde fue a estrellarse, la avioneta pilotada por Smith comenzó a perder altura a consecuencia de los disparos recibidos, pero intentó remontar las cumbres de Gheddám para dirigirse a la cercana Masawa. No lo consiguió y cayó en uno de los lugares más inaccesibles de la sierra.

Los soldados de las Fuerzas Populares tardaron tres horas en subir hasta dichos parajes. Nosotros llegamos algún tiempo después con el intérprete, Abiye y el grupo de quince guerrilleros que nos acompañaban, tras una maratónica y agotadora caminata de nueve horas en una sola jornada. Los restos de Smith, de sus acompañantes y del avión se encontraban esparcidos en una radio de cuatro o cinco kilómetros a la redonda. Tanto los hombres como el aparato estaban diseminados en pequeños fragmentos casi irreconocibles, que mostraban la tremenda violencia del choque. No pudo ser hallado el menor rastro de los dos acompañantes, ni tampoco de las armas y del dinero que portaran y que, probablemente, se encuentren en poder de los pastores nómadas que cuidaban sus animales por aquellos parajes y pudieron llegar al lugar del suceso antes de los revolucionarios. En una mano de Smith aparecía un anillo completamente abollado a consecuencia del golpe. En otra parte se encontraba la documentación.

Durante varios días, aviones militares etíopes estuvieron sobrevolando la zona en busca del aparato siniestrado. Seguíamos sus evoluciones a través de las frondas, siempre a primera hora de la mañana, pero habíamos camuflado con ramas de árboles las pocas piezas que podían ser descubiertas desde el aire, de manera que los aviones del ejército no tenían

ninguna posibilidad de descubrir nada. Sus visitas, ya digo, siempre a la hora del desayuno, se convirtieron muy pronto en una rutina y perdieron todo su interés. Es entonces cuando las autoridades etíopes ponen precio a mi cabeza y, de paso, a cualquier otra información que alguien pudiese proporcionar sobre el derribo. No será hasta casi dos meses más tarde cuando los guerrilleros me hagan salir clandestinamente del país con la documentación de Smith que, desde el día de su hallazgo, estuvo siempre repartida entre los bolsillos de los dirigentes guerrilleros.

Diez: este mundo tan diverso.

Aparte de las fotografías y entre las notas que había ido escribiendo, había también otras cosas: mapas, entradas de diario, párrafos recortados de algunos libros, papeles escritos en árabe y algunas cartas. Las únicas que faltaban eran las mías, pero yo seguía sin encontrar la manera de averiguar – sin preguntar - qué es lo que había hecho con ellas.

Todas las demás databan aproximadamente de las mismas fechas y eran comunicados de las autoridades del Yemen o tarjetas enviadas por el director del periódico entremezcladas con descripciones de algunas plantas de la región como la *Boswellia* o árbol de incienso, la *Euphorbia balsámica* o *el ajenjo* y apuntes, con su deshilachada caligrafía, sobre diversas cuestiones prácticas como, por ejemplo, “la forma correcta de comer sin cubiertos:

Se coge la comida con los dedos pulgar, índice y corazón de la mano derecha –la izquierda es tabú porque se utiliza sólo para las abluciones secretas- y se hacen pelotillas con el arroz o la sémola que han de tener el volumen exacto, es decir, ni muy pequeñas ni tan grandes que no puedan

comerse de un bocado. Sentado en la alfombra con las piernas cruzadas, ha de ser uno muy hábil para dar al torso la inclinación necesaria y salvar así el trayecto de la bola entre la bandeja central y la boca, de forma que no te dé tiempo a manchar las esteras o la ropa. Existe también una técnica especial para introducir la bola en la boca haciendo un movimiento muy rápido que evita el contacto con los labios y salva así el contacto con la nariz o las mejillas.

”El mundo es el mismo en cualquier parte”, dijo cuando recién acababa de regresar, “pero tan diverso”.

Me muero de sueño, pero antes de ir a la cama, pienso que mejor sigo leyendo un rato por si acaso no vuelve a presentarse la oportunidad de seguir fisgando.

Mayo de 1971

En Assab, en la parte más baja, se encuentra la zawiya. Detrás, escondida entre patios estrechos con muros de barro, bajo las plumas de palmeras despeinadas por un viento que nunca descansa, hay una habitación de oscuros muros desconchados.

En este lugar sin ventanas, la poca luz de un brasero casi apagado no basta para iluminar lo que hay dentro. La oscuridad multiplica el ruido de los cuchicheos, palabras entrecortadas, suspiros, crujidos de pies descalzos sobre las esteras. Cuando una mano invisible enciende una lámpara en un nicho de la pared, me asombro al ver que sólo somos cuatro: Abiye, Yarid, una mujer con la cabeza y el rostro cubierto por una espesa gasa y yo.

El ruido del viento y la salmodia rítmica de los escolares de la zawiya nos llega con sordina a través del hueco de la puerta. Las voces de los niños se convierten en un murmullo cada vez que la voz gutural del maestro inicia

*un nuevo versículo. A intervalos, la tetera deja escapar un silbido sobre el brasero y el agua que la mujer vierte y vuelve a verter en la tetera para mezclar bien los sabores, borbotea en nuestros vasos. Es costumbre beber por lo menos tres: casi sin azúcar el primero, perfumado a la hierbabuena el segundo y el tercero lleno de piñones tostados. Fue un marroquí, un **za 'luk**, que regresaba de la Meca, quien hace dos siglos enseñó a sus correligionarios cómo se hacía una infusión con aquellas hojas después de que un peregrino chino se lo hubiera enseñado a él.*

*Cuandovamos por el tercer vaso, la mujer se inclina sobre las brasas y echa al fuego unos fragmentos de **mska**, una resina traslúcida que produce un humo dulce con olor a sábanas limpias puestas a secar al sol. Un hervor de frescura se hace entonces a mi alrededor, como si al respirar, hubiera hecho pasar a través de mi cuerpo esta minúscula parte de la atmósfera y, después de pocharla ligeramente en el calor de mi sangre, la soltara de nuevo, levemente impregnada de recuerdos, contagiada de mí mismo.*

Ahora la habitación está casi a oscuras. Vuelvo hacia atrás la cabeza para mirar la hora en el reloj de pared y siento el cuello entumecido. Son las cinco de la mañana y no puedo más. Me voy a la cama.

*

Fue poco después de que Q. hubiese regresado de su famosa aventura. Recuerdo que me había convertido en un ser resentido y suficiente. Escapaba de todo el mundo. No podía soportar que la vida siguiera rulando por ahí fuera como si no pasara nada. Si telefoneaban preguntando por él cuando por casualidad yo estaba en su casa, oía mi voz contestando al fondo del auricular y me parecía que no fuese la mía: “No, nada, no

sabemos nada” y, al decirlo, me invadía una oscura satisfacción. En público, sin embargo, inventaba para mí misma un encanto inocente, que hasta entonces no sabía que tenía, y me las arreglaba para tentar la compasión del respetable con el cinismo de una Popea consumada. Nadie supo hasta qué punto Q. estaba enamorado de mí, o yo de él, o hasta qué punto se trataba de un juego de secretos pero, a medida que habíamos ido intimando, aumentaba el espacio que nos separaba durante el día. Por eso, sus amigos no me daban importancia y nunca terminaron de creerse que, de verdad, estuviéramos juntos. Por otra parte, a mí también me gustaba ¿por qué no decirlo? la relativa distancia que él me dejaba, el espacio que, a su juicio, me correspondía. Me daba una energía particular, un código de aire entre nosotros.

Querida Lilit,

Todas esas vidas extrañas medio iluminadas. Madrid es como un acuario nocturno. Hasta los castaños de Indias de la Castellana parecen árboles subacuáticos; O tú, una sirena, con tu pelo revuelto mientras caminas por San Bernardo de vuelta a casa a las del alba y los ricos duermen en esos pisazos de lujo. Aullando para molestarles fuera de hora. A esos ricos meapilas.

Yo tengo suerte porque te tengo a ti. Eso no es algo que todos sepan... me refiero a los demás, la gente de toda la vida, llena de formas elegantes que utilizan su “clase” como otros utilizan el tenedor. Tiene razón Brassens, “les bourgeois sont comme des cochons” y los muy burgueses, más. Así que no te preocupes. Olvida esos años en que tú y yo no nos conocíamos. Tenías que intentarlo si no querías perderlo todo. Lo único que tu familia tenía que haber hecho era preguntar. Y lo único que tenías que haber hecho tú, era contestar o, en caso contrario, deslizarte como una sílfide por

encima de aquellos fragmentos de cristal. Pero a mí no me gustan las silfides, yo prefiero a mi volvoreta.

Con el tiempo, fui aprendiendo a distinguir todas las variedades de su media sonrisa indescifrable, la belleza, un poco byroniana de su personaje, la largura de sus dedos al templar las cuerdas de la guitarra en contraste con la mirada un poco huidiza que a ratos dejaba caer sobre mi piel. Después se ponía en pie y no volvías a verle en una temporada. Su independencia hubiera podido parecer descortés pero, ahora estoy segura, él la veía como el colmo de la buena educación. Sea como fuere, lo que más me gustaba de él era esa clase de misterio lleno de sugerencias. Siempre mostrándose a medias. Y que poseyera esa doble vida en la que se movían gentes de muy diverso pelaje, gente buena o sinvergüenzas a los que se metía en el bolso utilizando una inteligente desgana melancólica.

Y su olor.

Me mareo todavía al recordar su olor, cuando se bañaba o nos bañábamos juntos y el de su pecho cubierto de sudor al que se me aferraban los dedos cuando lo tenía encima, el de sus oscuros y fuertes brazos entre las sábanas de la cama. A menudo su olor me obsesionaba de tal manera que me sentía incapaz de pegar ojo. Su amor no me agotaba. Él, sin embargo, se daba buena maña para dormirse enseguida y de esa fácil manera, apartarse de mí. Un hombre que tenía sus propios sueños y se perdía en ellos.

No, no me explicaron cómo podía una salvarse del amor. Cómo salvarse siquiera de un amor sin destino.

Y él,

Quiero ir contigo al oasis de Sebka, en la antigua Tripolitania; y a Hebron, de Palestina; Quiero que estés orgullosa de mí y desde ahora te llamaré Lilit. Pero no prestes oído a los que dicen que el destino de las mujeres que llevan este nombre es seducir a los hombres para estrangularlos después. Tu nombre, que lo sepas, viene del árabe *layla*, noche y la luna oscura es tu símbolo. O puede que venga del babilonio *lila* que suena tan dulce. Pero dejando a un lado esas leyendas misóginas que cuentan que Lililth abandonó a Adán y al dejar el paraíso se transformó en diablesa, reina de los súcubos, lo que Lililth fue siempre es una mujer libre que no quiso someterse. Y por eso la desterraron ¿Comprendes ahora?

Los días que siguieron a su regreso sin dar un paso en falso ni vacilar, volví a encontrar el camino que llevaba hasta su cama. Las persianas de la habitación tamizaban la luz de la luna como si habitásemos bajo una tulipa de colores. Desnuda, pegaba el oído a su pecho dormido y escuchaba los latidos de su corazón, de la misma manera que él, a menudo, pegaba su oído al antiguo reloj que llevaba en la muñeca derecha.

Las dos de la mañana. Todo el mundo dormía menos yo.

*

Aquellos fueron días que, en realidad, no pertenecían a nadie.

Q. estaba inquieto y lleno de planes. Cuando cerraron *El Cosmos*, y para que pudiese ir tirando, cierto colega le encargó una serie de artículos como cronista deportivo. En ese mundo macho y nuevo, su carne se tensó y su húmeda ternura se evaporó por completo. Aún así, mientras hacía reír a los lectores con sus comentarios sobre el destino de la Armada española en las competiciones europeas, Q. no dejaba de pensar en cómo podría escapar de

todo aquello cuanto antes. O, por lo menos, eso me decía cuando estábamos solos. A sus colegas no, a ellos, cuando preguntaban, les contaba otra cosa, algo acerca de que el Fútbol y los Toros constituían un fenómeno colonizador, típico del Tercer Mundo y que, muy bien, oye, porque esa era, precisamente, su especialidad.

Llevan décadas colonizando una gran parcela mental de los españoles. Decía.

Pero lo único cierto es que había que comer. Había conseguido ese trabajo gracias a que un amigo suyo, que además sucedía que era el director de un periódico, se divertía muchísimo con sus ocurrencias por lo que a fin de cuentas le daba igual que escribiera sobre Manolete o sobre la poco recomendable actuación de los árbitros, la marcha de la Liga o los intereses ocultos de los equipos. La única condición era que nos hiciera reír.

Y lo conseguía. Sus crónicas despertaban pasiones. Por la noche, en los cafetines de costumbre, los colegas celebraban sus gracietas atusándole el lomo.

Yo, por mi parte, los recordaría así siempre:

Cuerpos cansados de pie, la boca oculta tras el cristal de una copa, sólo la cabeza clara. Si me hubiesen dejado, habría hecho una foto pero, aún entonces, temía muy mucho que me saliera engañosa ¿Qué significaba, en definitiva, tanta cucamona? ¿qué podría haber descubierto una instantánea como esa? Hombres y mujeres de entre veinte y treinta años, en su mayoría operarios de alguna clase de farándula pero también profesionales de la prensa que por término medio conocían tres o cuatro frases en francés pero que nunca habían leído *Le Monde* al completo y, mucho menos, el *Washington Post*. Que a mediodía almorzaban en *Boxer*; que habían consumido lo más cutre de la posguerra, que lo estaban consumiendo

todavía: la muerte de la imaginación, diluida en el vacío que se había ido labrando un hueco entre su carne y su piel, tan blanda la piel que nunca, como Johny, se hubieran atrevido a coger su fusil. Que, antes más bien que después, acabarían muriendo de aburrimiento pero que todavía no lo sabían. Que en la nueva, transitoria sociedad que se estaban inventando, no tardarían en acabar convertidos, ellos también, en una especie de sucedáneo, el sucedáneo de un sueño, un *como si* permanente que a ninguno contentaría demasiado.

Temperaturas tibias las de aquella sala alejada del cierzo exterior y ellos, nosotros, sumergiéndonos en tinas ideológicas de la misma manera que los antiguos tintoreros se sumergían en los estanques de encarnadino para salir, pintados hasta el cuello, cuando el capataz de turno tocaba el silbato.

Voy a contarte un par de cosas de los políticos, dijo un día.

Y luego...

Los políticos son gente que habla mucho, que se jalea mucho. Pasan la vida elogiándose los unos a los otros. En sus despachos, sobre sus céspedes, repitiendo siempre lo de *qué maravilla, somos los más grandes*. Pero cuando alguno se emborracha y le da por lloriquear acerca de los tan cacareados derechos humanos, uno está obligado a seguir escuchándoles durante horas y horas. Eso sí, a respetable distancia, porque no te dejan salir de los corrales. Y es que como ellos no sudan ni trabajan, no tienen ni idea de lo que están diciendo y por eso no les hace ninguna gracia que les llevas la contraria. Prefieren no oír. Y, más vale que lo sepas, digan lo que digan, jamás cambiarán nada que implique desprenderse de algo de lo que ya tienen. Entre ellos y tú se levantan cien

verjas y cien jardines, sin contar, claro, con las aduanas. Así que no te hagas ilusiones y, antes de acercarte alguno aprende de los guerreros de esas

valientes tribus que, antes de ir a la guerra para que no los descubran, se revuelcan en la mierda del enemigo.

*

Puede ser que, en aquellos años equivocados, todavía le hiciesen daño algunas opiniones. En particular, las de alguno de los personajes más profundamente interminables de aquel régimen apocalíptico que aseguraba que *quién discrepa del sistema establecido, no es un saboteador, es un loco*. Pero no, no son locos – insistía Q. - los hombres que combaten abiertamente por una idea, a la luz del día, y sacrifican por ella todo cuanto para la mayoría de los hombres hace de la vida algo digno.

- Conrad. Aún así, no es mi pasaje preferido.

- ¿No? ¿Cuál, entonces?

- *Nada que yo pueda hacer te/ retrasará, nada/ te hará llegar antes.*

Estás serio, eres un portador de ofrendas/Pones un pie/frente al otro...

Hacia la tierra firme y la seguridad. Son de una mujer que se llama Margaret.

En la oscuridad, distinguía apenas el aura leve de su media sonrisa.

- Otra vez, repítemelo otra vez

*

¿Cómo podía hacerle entender – hacer entender – lo que yo tampoco entendía del todo? Toda mi incomprensión, mi enfrentamiento con las ideas,

o no tanto con las ideas como con la forma que tenían sus próximos de ponerlas en práctica, funcionaba en el marco de mi amor por él: podía discutir las con Q. pero no con los demás. Ideas como la responsabilidad o el compromiso que hacían sonreír a muchos por ser tan grandes palabras; tan grandes, que ni yo misma me atrevía a pronunciarlas. Y eso que, a veces, también nosotros hacíamos alguna broma sobre ellas. Nada que ver, desde luego: nuestras bromas eran muy respetuosas porque procedían de alguien que, como él o yo misma, creía firmemente en ellas. Superficiales, sus amigos se burlaban de ellas sin más, o lo que es lo mismo, sin tenerlas ninguna fe. A menudo, esa actitud me hacía discutir sin freno. Cuando me invitaba a sus tertulias y escuchaba lo que decían, terminaba siempre por armarla. Sus puntos de vista eran tan... digamos ¿pragmáticos? que me sentía obligada a buscar complicadas explicaciones para esos pocos principios que yo siempre había dado por supuestos. Fue así como aprendí que era yo, la más joven y, por tanto, la peor informada de todos ellos, la que seguía siendo una ingenua.

Me sentía profundamente avergonzada

- Demasiado intensa. Tienes que tomártelo con más calma.
- Sí, me lo has dicho un millón de veces. Para que luego vengan las serpientes a silbarme en el oído lo mismo que te silbaron a ti ¿recuerdas? *muy gracioso, muy irónico, pero no te das cuenta del peligro que corres...* ¿sabes a lo que me refiero? Porque si de todos modos voy a correr algún peligro preferiría elegirlo yo.
- Digamos que el tipo aquel de la Político-Social no es que fuera demasiado sutil
- Tonterías. Lo que ocurre es que en la guerra como en la guerra y él iba precisamente a eso, a ver si podía pillarte, pero como últimamente estás hecho un dios, ni siquiera te diste cuenta.

Me gustaba – más que ninguna otra cosa – el estilo increíble que tenía de gastar bromas, de decir cosas divertidas y, al mismo tiempo, con una solidez tan inverosímil. Cada metáfora, cada juego de palabras, cada giro conceptual de los suyos superaba a todos los anteriores. Para mí era un juego imposible: lo intenté mucho y siempre lo pagué demasiado caro. Traté de explicarle que no era sólo que fallase mi sentido del humor, es que fallaba todo lo demás: mi autoestima, la seguridad en mi misma, la confianza en el prójimo más cercano. Traté de decirle que no era sólo que me sintiese derrotada sino que además, no sabía cómo explicárselo porque, para empezar, había vivido siempre tan aislada de mi propio entorno familiar que no había sido capaz de aprender qué cosa significaba “pertenecer” a un clan, a una iglesia o a una pandilla y que, excepto a él, yo nunca había pertenecido a nadie. Sueños, algunas ideas. No tenía más nada. Por eso las defendía de la única forma que sabía, con calma unas veces, sin calma las más: estaba convencida que para conseguir un mundo mejor, sólo hacía falta un pequeño empujón, que ese mundo estaba ahí, que conseguirlo era cosa de unos días, de dos o tres años como mucho y que, por eso, no podíamos desperdiciar esa oportunidad. Había que ponerse a ello cuanto antes. Seriamente. No me gustaba hacer bromas con esas cosas.

*

Quizás no fue que llegué tarde porque estaba ocupada con el examen de grado. Quizás fue que perdí el tiempo – voluntariamente, con todas las de la ley – para no llegar a la cita. Quizás, simplemente, fue que en el fondo, no quería ir pero no lo sé porque ahora ya no puedo estar segura de nada. Lo

que si recuerdo es que Q. me había pedido que le acompañase de lejos, por si hiciera falta que le echase una mano.

Sabía, sí, que aquella extraña cita tenía algo que ver con Eritrea.

Era la hora de los guerreros a sueldo, de los que luchaban en otras guerras y en otros países que no eran los suyos por dinero, el botín y el afán de aventura. La hora de los mercenarios. Guerreros europeos comprados por los ejércitos del Tercer o Cuarto Mundo e incluidos, más o menos, en el mismo lote que las bombas de mano. Soldados de fortuna que tendrían una destacada, si no memorable, actuación en casi todas las guerras africanas de la época.

Así que me pregunté si aquella no sería como todas, es decir, si la sensación de inutilidad que yo, y sólo yo, sentiría en aquella ocasión sería igual que la que había sentido siempre e intentaba recordar cómo era Q. cuando preparaba sus reportajes, su forma de caminar por la calle como si la calle fuera la senda de los elefantes y supiera de antemano que cualquier distracción podía costarle el pellejo: ese olor a peligro. Intentaba recordar cómo hacía para convertir su oficio en algo tan absolutamente distinto de lo que hasta entonces casi todos, incluida yo misma, habíamos creído natural. Un oficio, el suyo, donde “desaparecer” seguía siendo el pan nuestro de cada día, donde cada indiscreción podía llegar a pagarse con diez años de cárcel, la voladura de un periódico o incluso la propia seguridad. Un oficio, en fin, donde cada decisión terminaba por ser siempre una decisión decisiva. Intentaba imaginar cómo sería salir de casa a la mañana siguiente repasando la lista de lo que tendría que hacer, según Q., antes de sentarme como si no le conociera en la mesa de al lado, en un local situado en algún lugar a lo largo de la línea del 27 y donde mi única tarea sería estar atenta a sus gestos por si era necesario pedir ayuda. Intentaba imaginar cómo sería

que en ese lugar de la línea del 27 no fuera necesaria mi presencia en ningún caso, ni siquiera para pedir ayuda o prestarla, y que Q. se hubiese inventado aquella necesidad como una forma de darme a entender que su proyecto – por entonces casi secreto- de dar el salto a Eritrea me incluía, quizá, a mí también. O intentaba imaginar cómo sería todo, en caso contrario, es decir, la forma, la manera que Q. escogería para deshacerse de mí, el cuándo o el dónde definitivo, aquel andar por la vida procurándome los medios de hacerme, para él, imprescindible, leer cada mirada suya, cada gesto, cada palabra como un signo de interrogación. Intentaba imaginar cómo sería, en general, saber que siempre seguiría siendo así, sin posibilidad alguna de cambio o, por lo menos saber, en el fondo de las tripas saber, que si algún día él llegase a cambiar, no me gustaría nada seguir a su lado. Intentaba imaginar, digo, cómo sería vivir sin él, ahora que le había conocido y sobre todo intentaba imaginar si aquella vez, la primera – aunque yo no sabía que lo fuera – que planeaba desaparecer iba a ser una excepción o sólo el principio de una larga serie.

Mi imaginación, tú ves, se había vuelto una pesada carga.

Pero no iba consentir, por lo menos en aquella ocasión, que me amargase la vida.

*

Le dijo que necesitaría algún arma porque el lugar a donde tenía pensado ir, había que ir armado, que la gente era muy revolucionaria y había que apaciguar y tratar de evitar que le tomasen a uno como rehén o, en el peor de los casos, que intentasen matarlo. Poco después oí también que aquel tipo, un mercenario que se expresaba en un lenguaje florido a medio camino entre García Márquez y un funcionario de la Diputación, decía que en

Eritrea, eran tiempos difíciles y los rebeldes no tenían tantos medios como en el Congo y que por eso tendría que pagarse el mismo el pasaje hasta Asmara. Un pasaje, añadió, que venía a salir por 45.000 pesetas. Una vez allí, alguien iría a su encuentro y se pondría en contacto con él. A partir de ese instante lo demás era cosa suya. Puede que le ayudaran a encontrar lo que había ido a buscar. O puede que no le ayudaran, pero el orgullo de sentirse libre como los animales de la selva, de conocer el sabor de los peligros, en fin, eso ya no se lo quitaba nadie.

Y después:

- Me parece que todo sería más fácil si se hiciera acompañar por alguna otra persona.

- No hay ninguna otra persona.

- Pero ¿qué vamos a hacer si le ocurre algo? Ya le dije que son tiempos difíciles, que es peligroso

- No se preocupe, tranquilo, no ocurrirá nada.

-Eso no lo puede saber usted y yo estoy obligado a decírselo.

- Pues ya me lo ha dicho.

- No mire: entiendo que esté emocionado con la posibilidad de traerse una exclusiva, pero hablemos en serio: pueden matarle.

- Iré solo. Y nunca he hablado más en serio.

- No puede decidir una cosa así

- ¿Está seguro?

- Sí. Además, esto no es lo que habíamos quedado. Hablaré con su periódico.

- ¿Ah, sí? ¿Con qué periódico?

No sé cómo acabó aquella discusión porque me levanté y me fui. Q. regresó muy tarde a casa y ni aquella noche ni las siguientes volvió a mencionar el asunto.

Simplemente, cuando llegó el día se fue.

Ni siquiera nos dio tiempo a comprar aquellas dichosas botas.

Once: Faltan hombres, dice.

Junio 1971

No ha llovido mucho últimamente. Por la noche, despelujadas acacias se recortan contra un cielo limpio de nubes y en la sierra, entre crestas de piedra y las siluetas patibularias de los árboles, la tierra exhala un intenso perfume. Todavía en lo alto de la meseta, cuando dejamos atrás las últimas estribaciones, no vemos ni un hilo de luz por levante pero a los pocos kilómetros, muy a lo lejos entre los arbustos, divisamos la costa de *Sabal*. A estas horas, el sol naciente empieza a teñir de miel las aguas del Mar Rojo.

El silencio de la mañana hace de su presencia un soplo invisible. En el llano, una pequeña muchedumbre, menguada por la distancia, se agita borrosa alrededor de los pozos, como una niebla dorada al sol. De camino hacia *Sabal* descubrimos las señales de una hoguera que, con toda seguridad, los soldados encendieron algunos días antes dado que la ceniza esparcida alrededor de los tizones carbonizados conserva las huellas de unas botas, probablemente etíopes. Es entonces cuando, agotados por la caminata, irritados y desganados por un esfuerzo en su opinión inútil, Abiye y sus compañeros se reaniman de golpe como sabuesos que, después de haber recorrido durante días enteros trochas y desgalgaderos imposibles, percibiesen en la brisa el picante olor del zorro. Instintivamente, y con el fin de evitar a las patrullas, nos desperdigamos entonces en todas las

direcciones, trepando pendiente arriba, deslizándonos por empinadas laderas y dejando atrás esas malditas huellas que se prolongan, apenas dibujadas, bajo las frondas

de las acacias, entre matojos que nos llegan hasta las rodillas o arbustos espinosos que, cuando llegan las lluvias, se cuajan de grandes flores blancas con pétalos de cera.

A estas alturas, Abiye ha empezado a mostrarse un poco nervioso y no para de bufar y de meternos prisa. Apenas habla, pero tengo la sensación de que sólo mi presencia frena su impulso de dar media vuelta y salir corriendo hacia el interior.

Faltan hombres, dice.

Ayer por la noche, nos organizamos al raso protegidos por una peña a espaldas de un pequeño bosque de palmeras *dum*. Sigue sin llover, pero sobre nuestras cabezas el cielo tiene un extraño color de pizarra y allá en el fondo, hacia oriente, el horizonte se ha convertido en hollín opaco, veteado por el resplandor de los rayos del sol.

*

“Faltan hombres pero no tenemos de dónde sacarlos. Este grupo que ahora ves lo hemos ido formando con jóvenes recién sacados de sus casas y enviados directamente al monte. Sí, ya lo sé, deberían estar en la escuela pero no les queda otra opción; están obligados a defenderse aunque ni siquiera sepan manejar un fusil Es el colmo. Por no tener, no tenemos ni ejército, apenas unos pocos soldados recién reclutados y verdes incluso para pelear. Muchachos que deberían estar estudiando para aprender cómo se construye una casa o se cura a un enfermo y que sólo saben matar para

conseguir que, en nuestro bando haya cada vez menos bajas y en el otro, cada vez más. Y esto es lo que aprenden ¡vaya si lo aprenden! Así que no te extrañe que ni sepan, ni quieran hacer otra cosa que pelear. Morir y pelear. Conseguir esa clase de muerte que sale en todos los periódicos. Por la misma razón, esta huida inexplicable y a través del monte, con el único objetivo de poner a salvo la documentación de un espía norteamericano cuyo avión han derribado otros, les tiene perfectamente sin cuidado. Y también sin cuidado les tiene que tú salves o no el pellejo ¡qué quieres que te diga!; a sus ojos, sólo vales lo que vale el poder que *dices* que tienes, y que nosotros no tenemos, de dar a conocer al mundo una documentación que demostrará, sin lugar a dudas, que el Frente de Liberación Eritreo existe, que nosotros existimos”.

“Existimos ¿te das cuenta? Estos chicos no saben todavía muchas cosas pero han aprendido las suficientes como para darse cuenta que, sin esas miserables pruebas no somos nada”.

*

¿Qué podía decir?

Estábamos sentados alrededor de una pequeña fogata cuando, no sé en qué momento, me percaté de lo fijamente que me miraban. Permanentemente alerta, no por eso dejaba de sentirme cómodo, casi despreocupado aunque, de ninguna manera, me hubiera atrevido a decir que el peligro hubiese desaparecido. Al contrario, podía estar oculto entre los arbustos o en la cabaña de pastor más próxima. Ojos que nos vigilaban sin perder detalle y a los que, con toda seguridad, estábamos expuestos. Tan expuestos como a sus tiros. Cierto que, a pesar de nuestras prisas por llegar a la costa (un

barco esperaba para llevarnos al Yemen) seguía siendo mejor, de cara a posibles desconocidos, comportarse con la máxima cautela. De cualquier forma, mi calma no dejaba de sorprenderles. Mi calma o, más bien, esa extraña seguridad que, decían, seguía conservando en mí mismo a pesar de que me encontraba tan lejos de todo lo mío. En cierto momento, incluso, Abiye llegó a confesarme que sus compañeros estaban seguros de que yo no estaba bien de la cabeza. No podían dejar de verme como un bicho raro, fuera de la realidad y con motivaciones harto extrañas. Tanto riesgo ¿para qué? se decían. Pero mi despreocupación, aunque ellos lo ignoraban, no era tan grande como para hacerme olvidar la situación. Ni una sola noche me acosté sabiendo lo qué sería de mí al día siguiente: Durante las primeras horas permanecía alerta pues no quería que el peligro, fuera cual fuese, me sorprendiese mientras dormía pero, en mitad de la noche, la tensión se relajaba y solía acabar durmiéndome vestido y con las botas puestas. Aún así, no conseguí hacerles cambiar de opinión, los jóvenes guerrilleros, y también Abiye, pensaban que yo estaba de vacaciones y que el interés que yo demostraba por todo aquello era más bien teórico, un poco superficial.

Según Yarid, el cabecilla, si en algún momento llegué a pronunciarme en contra del tirano, no fue porque sintiese ningún afecto por sus víctimas, es decir ellos mismos, sino muy al contrario, porque su situación me dejaba más bien indiferente. En otras palabras, estaban dispuestos a aceptar que no pudiese soportar la injusticia y, mucho menos, ser cómplice de ella pero, en el fondo, seguían pensando que me tenía sin cuidado la suerte ellos pudiesen correr.

*

“No sé de donde viene esa ingenua creencia tuya en la justicia universal. Por lo visto te has creído que todo anda escrito por alguna parte y que en la otra vida una especie de oprobio eterno castigará, desde el primero hasta el último, los errores y los crímenes cometidos por los seres humanos. Pero ¿sabes lo que te digo? Pues que cada pueblo tiene sus propias ideas sobre el asunto. Es posible que, para nosotros, el futuro esté *maktub*, escrito y predestinado por un Dios providencial. Pero estoy seguro de que, contigo, ni siquiera un dios como el nuestro hubiese podido hacer nada. De momento, lo único que sabemos es que, para no sentirte cómplice de un crimen, pareces dispuesto a dejar a las víctimas en manos del criminal es decir, vas a abandonarnos para dar a conocer os hechos que sólo a vosotros interesan. Una coartada perfecta ¿no te parece? aunque si quieres que te diga la verdad, tanta perfección sólo es comparable a la misma fragilidad que afecta pero ¿qué digo? que ha afectado siempre, a tu ánimo fuera cual fuese el compromiso. ¿Y sabes qué? Pues que uno ha de saber rendirse a la evidencia. Yo, por mi parte, he llegado a aceptar que según para qué cosas no se puede contar contigo”.

“No sabría decir por qué, pero desde el principio he estado convencido de que, a pesar de tu aparente interés por la supervivencia de la guerrilla o la corrupción de las autoridades locales, abandonarás esta historia de hoy para mañana (no te extrañes, lo percibo con tanta claridad precisamente porque mi confianza en ti es muchísimo más grande de lo que tú te imaginas); estoy seguro de que la facilidad con la que conseguiste adaptarte a nuestro difícil medio es en realidad un simple producto de tu nomadismo sentimental, el simple hecho de que estés acostumbrado a ir de un lado a otro es, precisamente, lo que te permite reanudar en donde sea una relación aparentemente cercana y tanto más repleta de buenas intenciones cuanto más desprovista está, a medio plazo, de ellas. Esto se llama *implicarse*,

construir redes de apoyo ¿no es eso? Te lo he oído decir algunas veces pero, hasta ahora, no lo había comprendido del todo. Lo de construir redes. Fui tan ingenuo como para creer que eso te retendría. A ti y a los demás. Fui un tonto ¿no te parece? De manera que, bueno, aceptaremos las cosas como vienen pero tú, al menos, entérate bien de lo que hay y cuéntalo. Lo del accidente pero también todo lo demás, es decir, que Eritrea no es sólo una provincia rebelde sino un frente silencioso donde los oligopolios internacionales libran sus propias batallas por las reservas de uranio y de petróleo que se esconden en el subsuelo; que nosotros, los eritreos, somos musulmanes y también, campo de experimentación de una política patronizada por sionistas y norteamericanos a la limón; que los hombres y mujeres que aquí luchamos, constituimos, sí, el movimiento revolucionario más joven del mundo porque sabemos que nuestra causa es justa y, también, porque tenemos hambre.

Al igual que unos pechos que amamantasen a demasiados bebés, nuestras tierras han dado de sí cuanto han podido y ahora se han quedado sin fuerzas. Somos demasiados con demasiado pocos recursos. La miseria, y con ella la guerra, no llega por casualidad. Es algo premeditado y, muy pronto, ya no se trata de miseria sino de hambre auténtica, total, terrible, despiadada. Y cuando se enteran ¿qué hacen las naciones ricas cuando se enteran? Envían para ayudarnos camiones de comestibles y equipos médicos. Y es posible que esas medidas ayuden a corto plazo pero ¿y después, qué ocurre después? Las consecuencias son espantosas: Todos los niños, ancianos y mujeres que han sobrevivido se convierten en bocas que alimentar. Es en ese momento cuando todas las ayudas esparcidas sin ningún criterio sobre esta tierra agostada se transforman en bombas de racimo. En realidad, lo que vosotros alimentáis es nuestra desesperación. Y aunque nuestro hambre no es sólo de justicia, la pregunta sigue siendo la

misma: Mañana, cuando os vayáis y la ayuda cese, ¿qué quedará? Deja que yo te lo diga: más guerra, más hambre, tierras aún más desoladas y una población más miserable aún que cuando llegasteis. Más miserable y, por lo tanto, más manejable. Como la lluvia torrencial que cae sobre un suelo árido, vuestra ayuda lo inunda todo, se desliza por la superficie de nuestros padecimientos como una torrentera y nos deja el alma más seca que antes. Así que anda, no pierdas el tiempo, ve y cuéntaselo a tu gente”.

*

Julio 1971

Sabal. Tengo la impresión de que es el lugar más lejano de cuantos existen sobre la tierra. Impresiona el paisaje: vegetación miserable; árboles salpicados de hojas polvorientas que cuelgan de las ramas como harapos; regueros de arena que resquebrajan el suelo y anegan los cursos de agua, secos. Resulta más que evidente que el ejército tiene problemas para controlar las carreteras, tierras de labranza que ya no son de nadie porque unos y otros han renunciado a conquistarlas y se limitan a impedir que el contrario recoja sus frutos. Destrucción, saqueos, terror, la única cosecha.

Al otro lado del Estrecho las costas de Moka, en Yemen, se alzan desde el mar como los necrosados dedos de un muerto. El cielo, una lámina de metal turquesa. Cabañas con cubiertas de paja que parecen bambolearse sobre las aguas poco profundas como insectos de largas patas. El viento sopla en la dirección que no les conviene. Ciertamente que la hospitalidad de esta gente no conoce límites. Que, aun siendo un perfecto desconocido, te aceptan y te tratan como a un miembro más de la familia pero en esta especie de cabaña,

en medio del bochorno entre dos estaciones lluviosas (no ha caído una gota desde hace meses), la luz cegadora y un calor tórrido nublan el entendimiento de tal manera que apenas sé lo que me hago: tan solo la impresión confusa de un remolino de polvo rojizo y el extraño olor a hidromiel fermentado.

Pasan las horas.

Abiye parece seguro de que nuestro barco no tardará en llegar. Esta certeza, creo, provoca en él una extraordinaria calma mientras que, en silencio, espera la aparición de alguna señal que venga a confirmar su intuición. Una noche, logramos conectar nuestra radio con el *Simbad*, un patrullero de la guardia costera yemení, preparado para recoger esta clase de señales y observar las condiciones climáticas. Por lo que hemos podido oír, las previsiones hablan de la fuerza del viento. A nosotros nos haría falta una mar calma de manera que, tumbado a la sombra de una *Bosewellia*, dejo pasar las horas infinitas mientras observo a los ratones del desierto que, con saltos de canguro, entran y salen de sus madrigueras. A contraluz, sus cuerpecillos parecen disolverse en el aire, pulverizados a medio camino entre la tierra calcinada y la sombra de este único árbol. Sólo la mar, a la misma Puerta de las Lágrimas, permanece idéntica a si misma. Como si los milenios hubiesen forjado para ella una fisonomía inmutable que las estaciones no hubiesen logrado rozar. Tanto es así que, cuando por fin arribó el *Simbad*, creí que se trataba de un burdo anacronismo: ajeno como parecía a aquel mar antiguo y severo en el que un día desplegaron sus velas los *quirquirim* de los faraones y los tajamares, púrpura y azafrán, de los *faluchos* fenicios.

Y un amanecer, no recuerdo de qué día, zarpamos. El pequeño barco se alejó ronroneando de una costa pintada con tiza, perfilada a ratos y a ratos

difuminada por las olas y reducida a un débil trazo. En la bruma, *Sabal* desaparece sólo para asomar de nuevo en mitad del Estrecho. Pero, al otro lado de la bruma no hay más que mar. Un mar de carne. El mismo donde tantos navieros perdieron el ancla buscando los puertos invisibles de la costa. Y después el cielo, un cielo que se arqueaba por encima de nuestras cabezas y que, a ratos sentía estremecerse mientras el reflejo de un sol ardiente prendía fuego a mis ojos y durante horas, me dejaba prácticamente ciego.

Luego llegaba la noche oscura.

Sólo entonces alcanzaba a contemplar el cielo. Un cielo que desplegaba su agujereado manto por encima de nuestros hombros para dejarme descubrir, ensartadas como joyas, extrañas constelaciones que cómplices de los ángulos del agua, hacían guiños a la inmutable *alemna*, su astrolabio.

Sentía que era la hora de volver a casa.

Pero, sin embargo, una parte de mí se negaba a seguirme y susurraba, la muy perra susurraba, que quizás podría la muerte en un lugar así, tan bello, llegar a ser más tentadora que el mismo regreso.

Despierta, dice Abiye, hemos llegado.

*

Lunes 29 de Julio de 1971, fecha de mi salida de Adén (he olvidado la del día de mi llegada)

Ayer llegó algo de correo. Un avión militar inglés lo transporta cada quince días y esta vez volverá conmigo. En las oficinas me han entregado una tarjeta postal con el rectángulo del texto ocupado por una letra regular e inclinada que he reconocido al instante, la tuya Clara, sin fecha ni firma.

*

A veces, me despiertan las llamadas del almuédano desde alguno de los cien minaretes de la ciudad que inician las plegarias antes del amanecer. Entonces me levanto y salgo a recorrer los mercados situados entre..... y el *funduk* donde vivo. Los hermosos cantos de fe entran en el aire como flechas, un minarete responde al otro, como si se transmitiera un rumor entre ellos dos, mientras paseo en el fresco aire matutino, ya cargado con el olor a una extraña flor cuyo corazón se diluye en un fluido que tiene propiedades medicinales. Todas las mañanas hay quien bebe ese jugo acumulado en el mismo corazón de la flor pero la planta sigue floreciendo hasta que por fin, un año, desaparece por falta de algún nutriente

Abiye ha desaparecido, ha regresado a sus montes. Sólo me queda su fluido. Yo, por mi parte, sigo adherido como un musgo a los recovecos y fisuras de su vida, de las vidas de los otros compañeros. En realidad, es así como me siento: extranjero y sin saber, aún sabiendo un poco, nada de este país. ¿Qué otra cosa? La verdad es que, si hubiera estado solo, jamás me habría sido posible vadear la oscuridad de un río, jamás hubiera conseguido lo que tanto me ha costado encontrar. Tres meses en Eritrea pero apenas he logrado entender a esta tierra, la guerra y las circunstancias que determinaron por ejemplo, la muerte del piloto norteamericano, han envuelto a Abiye desde su nacimiento y eran parte de su vida no de la mía. Como un buscador cuya mirada se hubiera inmovilizado en la oscuridad de su propio mundo, como un ciego intentando conducir a otros ciegos, sólo, jamás me hubiera apercibido de nada

Doce: una sinceridad relativa.

La primera vez que soñé que él había muerto desperté a su lado, gritando. Q. acababa de regresar de Eritrea y yo me quedé allí, en la cama, boquiabierta, mirando fijamente al techo hasta que él me echó un brazo por encima y me acarició la cabeza.

- Es una pesadilla, no te preocupes.

- Sí

- ¿Te traigo un vaso de agua?

- Sí.

No podía moverme. No podía volver a tumbarme en el mismo lado de la cama. El sueño sucedía allí mismo, un día a la hora de la siesta, entre un millón de recuerdos: el ansia inagotable de la primera vez, su enfado al darse cuenta de que todavía era virgen. O no, enfado no, quizá su irritación ante los preámbulos. Las prisas. Los presentimientos “en dónde me he metido”, sus repentinos silencios.

Me trajo agua en una taza de café pero no podía siquiera levantar los brazos del puro sopor. Torpemente, me acercó la taza hasta los labios y el agua me resbaló en un hilo de baba hasta el ombligo. Cuando volví a acostarme, ni tiempo tuve de pedirle una toalla: me quedé otra vez profundamente dormida.

Esa fue la primera señal. Al día siguiente, el recuerdo de aquella pesadilla se me vino un par de veces a la cabeza pero, como la idea de su muerte se me hacía demasiado horrenda para seguir dándole vueltas, decidí no pensar más en ella. Fue después cuando fueron llegando las otras pesadillas, más peligrosas por sutiles. Una vez, me vi suspendida en el aire y agitando la

mano por encima de su cabeza. O tal vez fuera él quien estaba suspendido en lo que años después, comprobaría que era un ascensor. Con todo, a día de hoy, sigo sin saber qué o quién pudo arrojar sobre mis inocentes noches aquellos sueños tan angustiosos. Sobre mis noches y sobre el hombre que tanto amaba, un sueño tras otro y, luego, muchísimos más.

Y él, en cierta ocasión,

Contigo se está produciendo una especie de transvase. Igual que un líquido cuela de una vasija a la otra, así tus sueños. Con la recobrada proximidad de nuestros cuerpos, sus sueños y pesadillas habían pasado, quizá, a ser los míos. Levanté las cejas.

- ¿Por qué? ¿Es que tú también has soñado lo mismo o es que...

Y callé al darme cuenta que él hacía como si no me hubiese oído. Yo, en el fondo, se lo agradecí bastante sin poder evitar, eso sí, un pequeño sofoco.

- Quiero decir, bueno, digo que tú sí.... pero yo....

Vamos, que no siempre se atreve una a ser sincera si con eso corre el riesgo de hacer daño: no terminé la frase.

Y es que habíamos hablado tan a menudo de la sinceridad o más bien, de la necesidad de ser sinceros que... en fin, yo rebosaba de argumentos porque suelo tener, mejor dicho, tenía argumentos muy buenos que a veces llegaban a convencerme incluso a mí. No que esto ocurriera muy a menudo pero claro, de tanto en tanto sí y es curioso cuando a veces me veo diciendo algo y tengo la sensación de que hasta yo misma sería capaz de creerlo porque entonces le pongo un énfasis que, normalmente, termina por enredarme y bueno, te estaba diciendo que la sinceridad que yo defiendo es también un poco relativa, vamos, como todo y que será por eso que a veces siento que no viene a cuento, la sinceridad digo, o que hace daño y en ese

caso, no puedo evitar preguntarme qué sentido tiene o para qué demonios sirve toda esa sinceridad de las narices.

Pero, claro, no me estaba refiriendo a él o al menos no a la sinceridad suya con respecto a mí.

Pero sí, hubo una época en la que él pudo haber sido un poco más sincero porque, en realidad, no le hubiera costado nada. Sin embargo, aquel día dijo que sin ser un hipócrita, tenía que reconocer que hacía mucho tiempo que había dejado de pontificar sobre ese tipo de cosas. En su opinión se trataba de que cada uno hiciera un poco lo que le diera la gana, que él no se metía ni estaba allí para juzgar a nadie. Pero claro, *esa* no era la cuestión. Además, añadió, nadie es *sincero* por decir sólo la verdad. Y si a eso añadimos que la sinceridad de los hombres es algo diferente a la sinceridad de las mujeres pues entonces...

Como de costumbre Q. exponía sus teorías sin mirarme a los ojos,

- Pero entonces ¿cuál es la diferencia?

- Pues que la sinceridad de los hombres se basa en comportarse de acuerdo con unos principios pero la de las mujeres consiste, fundamentalmente, en no mentir.

Porque los hombres, insistía, suelen mostrar su sinceridad sin tapujos mientras que las mujeres lo hacen con premeditación y alevosía, siempre con un fin y, según él, esas diferencias respondían bien a sus respectivas naturalezas.

Y yo,

Vosotros, ya se sabe, siempre más bruscos.

Y yo pensé, pero no se lo dije, que para ser sincero él, concretamente, necesitaba también estar desesperado.

*

Dije, eso sí se lo dije, que un reportaje como el suyo tenía que ser publicado entero porque las gentes de Eritrea se merecían mucho más que unas frases hechas o palmaditas de compasión en el lomo; que el apoyo de la prensa internacional – y él formaba parte de esa prensa internacional- a los intereses del mítico Haile Selassie había contribuido a crear, artificialmente, un problema cuyos efectos se prolongaban mucho más allá de las posibles repercusiones diplomáticas del simple derribo de un avión por muy americano que fuese. Que él, como testigo privilegiado tenía la obligación de contarle todo, de publicarlo todo. No había excusa que...

Ni se inmutó. Pero insinuó, a pesar de todo, que *ellos* podrían tener razón, que ya hacia el final, su texto se hacía un poco farragoso con tantos datos y antecedentes históricos sin contar con que las conclusiones ¿comprendes? – él me preguntaba ¿comprendes? - quedaban un poco a trasmano ya que no teníamos – en uno esos escasos plurales que me incluían a mí y que nunca quedaban demasiado claros – no teníamos todos los datos necesarios para entender el criterio de la Dirección.

Dijo *La Dirección*, así, en abstracto. No me pude contener y contesté que estaba abusando, en lo que a mí se refería, de la primera persona del plural por lo que era mejor que a mí, por favor, no me metiese en ese fregado. Añadí que la falta de coraje de los mandamases del susodicho periódico – el mismo que después terminarían volando - era sólo una prueba más de que el tal plural no existía porque yo no pertenecía, ni pertenecería nunca, a ese grupo de personas que comulgan con insípidas ruedas de molino repartidas,

a manos llenas, por supuestos responsables cuyo único problema es - y ha sido siempre - que viven bloqueados por el miedo.

Dije también que si yo hubiera estado en su lugar habría exigido –exigido ¿entiendes? - que el reportaje se publicase completo o que no publicasen ningún reportaje en absoluto.

- Casi me extraña, exclamó, que seas tú quien diga esas cosas cuando sabes mejor que nadie que este trabajo no es cosa sólo de uno, que hay alguien que lo está pagado con su dinero y que ese “alguien” como cualquier otro, hace con su dinero lo que le da la gana y publica lo que le interesa.

- Precisamente. Pero. Por favor, no me digas que estás intentando convencerme con esos argumentos de tres al cuarto...

Le grité, aunque sabía que él también tenía sus razones.

Pero enseguida recapitulé: me dije que las razones eran una extraña cosa y que, en cualquier caso, intentaría no tener en cuenta las tuyas porque por ese camino no íbamos a llegar a ninguna parte.

Salí de casa dando un portazo.

*

Al final, el *Cosmos* publicó su reportaje en la sección de Internacional con el título *Eritrea, tierra olvidada* en donde, junto a una enorme fotografía de **Q.** con barba de dos meses, contaba lo que rezaba el subtítulo: “*La gran aventura eritrea de Q. y la de una documentación perdida y hallada en el monte*”.

Faltaban sólo algunos párrafos.

- ¿Quieres que te lea la parte que, seguramente, no publicarán nunca?

- No.

- ¿No?

- No. Me entran ganas de vomitar sólo de pensarlo.

-No seas desagradable, Lilit.

¿Para qué? ¿Para qué iba yo a dejar que me leyese nada? ¿Para oír una historia de dragones como las que solía contar mi abuela cuando, de niña, me negaba a ir a la cama? ¿Para que demostrara que él sí había sabido estar a la altura de ese modelo, digamos heroico, de periodista que siempre se emplea a fondo y llega mucho más allá de lo que se espera de él mientras que yo, yo o cualquiera de los demás – nos limitábamos a protestar y a mirar lo que él hacía, muertos de envidia? ¿Para que la deplorable rutina de mi existencia quedara todavía más al descubierto? o, por el contrario, ¿ para que al final se viera obligado a humillarse reconociendo que, a pesar de todo su esfuerzo, la prudencia de un par de timoratos iba a privar de verdadero sentido a su trabajo? O quizá también para que yo, el último mono, pudiese darme cuenta de que el valiente **Q.** había terminado cediendo a cierto número de presiones que convertirían su reportaje en un simple cuento de Salgari o para que él, a su vez, pudiese preguntarme qué habría hecho yo en su lugar y acabara diciéndome que, en el fondo, la cosa no tenía demasiada importancia porque se trataba de una cuestión de política de empresa y que aquellos últimos párrafos ni añadían, ni quitaban nada, al verdadero interés de la información?

- No, en serio, preferiría no escucharlo.

Pero igualmente, él me lo leyó.

*

Ésta es la breve historia, de un capítulo más de la guerra de Eritrea, condenada a pasar inadvertida para la opinión pública internacional y que constituye un nuevo frente, frente silencioso norteamericano-israelí, futura pieza a jugar en la estrategia general del Oriente Medio si las circunstancias lo exigieran.

Incluía también datos sobre los instructores israelíes, noruegos y estadounidenses que trabajaban codo a codo con las fuerzas etíopes instaladas en la rebelde Eritrea, hasta tal punto que por las calles de Asmara podían verse patrullas militares mixtas etíope-norteamericanas mientras los intereses estadounidenses e israelíes iban aumentando favorecidos por las autoridades locales. A continuación incluía una rápida enumeración de las empresas cómplices entre las que destacaba, la *Siwa* israelí que controlaba gran parte de los territorios fronterizos con el Sudán, expropiados a los feudales eritreos acusados de colaborar con los revolucionarios en la lucha por la independencia; y la *Incode*, dedicada a la industrialización de la carne y con sede en Asmara, que sacrificaba 800 vacas diarias; o la *Ralph* norteamericana, especializada en investigaciones mineralógicas, que explotaba el potasio del territorio y que, según la confesión de un ingeniero de la citada compañía detenido por los guerrilleros, había descubierto en Eritrea unas reservas de siete millones de toneladas de uranio.

Sin contar, labor supuesto, con la *Shell*, *Mobil Oil*, *Total*, *Caltex*....

*

Tenía el rostro afilado y el pelo y la barba muy negros y crecidos. La frente alta y convexa, la nariz larga con las aletas anchas y los labios túmidos y rosas, como pintados, conferían a su rostro una belleza poética, ahora que

estaba tan delgado, y ambigua mientras los ojos castaños y aterciopelados brillaban con una luz húmeda, indefinible como la que se enciende intermitentemente en los ojos de los antílopes y de los santos.

Yo le amaba. No podía dejar de amarle.

Ni de odiarle al mismo tiempo sobre todo cuando me contaba sus experiencias con aquella falta de empatía y de implicación personal. Lo de las medicinas que Abiye le había pedido. Lo contaba como si se las hubieran pedido a otro o como si no hubiera tenido nunca la intención de enviárselas y cumplir lo que había prometido. De acuerdo, a lo mejor tampoco eso hubiera servido de mucho, pero me daba lo mismo: había empezado a odiarle y, además, no se me quitaban las ganas de abofetearlo. Para él, todas las relaciones estaban sujetas, creo que lo he dicho antes, a la influencia de los astros, a la proximidad o distancia de ciertas estrellas que condicionaban nuestro comportamiento de la misma manera que el azar o la *baraka*. A menudo imaginaba que era un experto en el manejo de unos sentimientos que había ido dejando atrás para concentrarse, a partir de ese instante, en la exploración de otros mundos, a medias inventados, y que nunca tendrían cabida en el suyo.

Frente a esos terribles tiburones, el hasta ahora inoperante frente de Liberación de Eritrea, que en sus diez años de lucha – la insurrección armada comenzó en 1961 – no ha conseguido modificar sensiblemente la situación. Hace un año se produjo una escisión del movimiento que quedó dividido en dos grupos: el Mando General, en el que seguían teniendo sitio los viejos líderes, y las Fuerzas Populares, integradas por los partidarios de imprimir mayor aceleración a la lucha y de radicalizar la política.

El rápido desarrollo adquirido por la organización Fuerzas Populares, que en un año han ganado la adhesión de los campesinos y controlan amplias

zonas del país, ha hecho retroceder al grupo rival del Mando General, cuyos soldados se pasan incesantemente a las filas de la casi recién estrenada organización, más atractiva para las nuevas generaciones de revolucionarios porque en ella no existen grados ni jerarquías militares y los responsables llevan exactamente el mismo género de vida que los soldados.

Probablemente las Fuerzas Populares de Eritrea constituyen el movimiento revolucionario más joven del mundo, la edad de sus dirigentes oscila entre los veinticuatro y los veintinueve años y la de los soldados entre los diecisiete y los veinticuatro que era exactamente la de nuestro guía y colaborador en las tareas fotográficas Abiye al- Ajad así como la de Yarid, el jefe de la partida que nos condujo hasta el lugar donde se encontraban los restos del avión. Por cierto, la muerte de Smith y la elevada cantidad ofrecida por las autoridades etíopes por cualquier noticia acerca de su paradero constituyen un indicio significativo que supera su condición anecdótica. La remozada guerra de Eritrea va a dar que hablar y uno no quiere dejar de aportar su contribución al conocimiento de esta guerra olvidada con la publicación de estos documentos.

Llevábamos algunos días conversando, pero aquella era la primera vez que hablábamos de las posibles causas de aquella censura encubierta. Nuestros diálogos sufrían de cierta tensión, cierto embarazo pero se fueron haciendo más fluidos cuando Q. se resignó a dejar fuera los datos que yo consideraba más interesantes, es decir, aquellos que había ido reuniendo por cuenta propia. Para mí fue una desilusión terrible, creo que no estaba preparada para aceptar un renuncio semejante. Sin embargo, cuanto más se acercaba él a la claudicación final, más amablemente intentaba yo responderle al procurar borrar de mis palabras cualquier tinte de lástima o de cólera por la

vergüenza que me causaban aquellas explicaciones tuyas. No sé si mis esfuerzos sirvieron para algo; sospecho que no. A cada rato, me miraba esperanzado para descubrir si había cambiado de opinión: se ve que no me conocía del todo o que no terminaba de habituarse a la nueva *yo* tan tozuda y silenciosa. Lógico. él me había cambiado pero, al mismo tiempo, yo me había ido haciendo mayor.

Q. también, sólo que de otra manera.

Pero era espantoso tener que reconocerlo.

*

Aquel día celebraban una pequeña fiesta en su honor y él había decidido pasar por Oliver para tomar unas copas: la habitual velada en un lugar que tenía más de logia masónica que de otra cosa, con sus retratos silueteados en negro y aquel aire confortable de capilla privada. Antes tenía pensado pasar por La Totorá, en la plaza de Santa Brígida, un lugar con la “pista de baile más pequeña de Europa” y donde él había empezado a destacar como sentido intérprete de boleros para después, es decir, cuando todo hubiese terminado, perderse por alguna de las calles situadas a espaldas de la plaza de Colón, entre la Audiencia Nacional y la Plaza de París.

Conque me llevó hasta allí en taxi y se despidió de mí hasta el día siguiente.

- Hace tanto calor que me apetece tomar una clara ¿quieres una tú también?

- No, ahora no, ya sabes que me esperan. Tengo un poco de prisa.

- Bueno... no quiero entretenerte.

- Mañana iremos a tomar todas las claras que tú quieras

- Mañana o dentro de un par de semanas.

-...más o menos.

Y cuando echaba a andar:

- ¿Por qué me haces esto? Sabes que me gustaría quedarme....

Ni siquiera se volvió.

De todo, lo que más me preocupaba era que no descubriese hasta qué punto me reconcomía por dentro tanto desamor. Desde que había vuelto de Eritrea nos veíamos cada dos o tres días, algunas semanas, más. Yo era la que llamaba, pero eso nunca fue un problema porque se suponía que él era un hombre muy ocupado – la verdad es que lo era – y que me tocara llamarlo no se me hacía especialmente difícil. Claro que solía respetar los plazos – nunca le llamé sin que hubiesen pasado tres días por lo menos desde la última vez – y, en justa correspondencia, pocas veces me dijo que estuviera ocupado. El sistema funcionaba. Además, no necesitábamos negociar la hora ni el lugar: siempre por la noche y en su casa.

Sólo que aquel día fue un poco diferente.

Yo no había tenido que ir al trabajo y él sesteaba a la espera de un nuevo encargo.

- Que te diviertas.

Y el, ya digo, sin volverse. Nunca se volvía.

- No te olvides de dejar las llaves...

Asentí con la cabeza. Estaba en la sombra y él hacía como si no hubiera visto las lágrimas que me corrían por la cara.

Pero entonces dio la media vuelta y se acercó hacia mí. Por un instante creí que iba a darme un abrazo de despedida pero se limitó a adelantar un brazo y retirarlo enseguida al tiempo que me tocaba la mejilla con la yema de los dedos.

- *illa-liká'a*, hasta la vista.

Y se marchó. Sentí cómo me escocía la cara pero no sabía si eran las lágrimas o fueron sus afilados dedos, afilados como una cuchilla de afeitar,

al tocar mi piel.

*

Esa noche, tenemos que hablar dije y entonces él, pero si ya estamos hablando, qué pasa, te estas quedando conmigo y yo, perdona no se trata de eso, pero es que me gustaría hablar de lo que tú y yo hacemos juntos ¿comprendes? y él va y se sonríe, me mira a los ojos y, después, se coloca a mi espalda para agarrarme por la cintura, su cuerpo-lapa pegado al mío-roca, el aire de la habitación enrarecido y así, sin vernos las caras, fue que empezamos a hablar aunque puede que sea más apropiado decir que empezamos a revolcarnos porque él empezó a quitarme la ropa al tiempo que desde atrás, desde mi espalda, sus manos recorrían torpemente mis pechos, mis caderas, mi entrepierna como buscando, como buscando algo que nunca estuvo demasiado seguro de encontrar pero que intuía, de alguna manera intuía, que podía ser importante sin darse cuenta, en fin, que el dichoso botón no está mal pero que *antes* hubiera debido aprender a escuchar un poco, a captar el sentido de las palabras que salían de mi boca - y también de las que no salían - y comprender qué era en realidad lo que yo estaba intentando decir, no sé si me entiendes..

De manera que, con todo el dolor del mundo y haciendo un esfuerzo enorme, me separé de él, digamos mejor que me despegué de su cuerpo, y coloqué una almohada en mi regazo para protegerme mientras en voz alta iba jurando que si esta vez me hacía el amor no mentiría nunca más para ocultarlo y que si yo se lo hacía a él, pues tampoco. Me quitó la almohada que hacía de barrera y se la llevó al corazón como si deseara sofocar esa parte de sí mismo que se había desmandado y después me preguntó qué era

lo que más detestaba en la vida y yo le contesté que cierta clase de mentiras porque tras ellas se escondía una vergonzosa falta de coraje y yo, ya ves, desde siempre había despreciado esa falta de coraje y ¿tú? le pregunté antes de que contestara que lo que más detestaba él era la posesividad, mirándome, y que lo mejor que podía hacer era olvidarle si es que me sentía incapaz de entenderlo.

Le pegué una bofetada y me levanté de la cama.

Pero en realidad, no podía apartarme de él. O eso creía.

Cuando hacía buen tiempo salíamos a pasear por el Retiro y nos sentábamos en alguno de esos espacios verdes tan abundantemente regados. Era allí donde él se encontraba más gusto pues, según decía, después del secarral eritreo, echaba de menos la humedad de Galicia y la sombra de sus magnolios. Para mí, si he de ser sincera, tanta verdura resultaba un poco ¿cómo decirlo? narcótica: me daba sueño. Pero bueno, allí nos sentábamos. Después nos levantábamos y dábamos algunas vueltas antes de ir a salir por la Puerta de Alcalá y encaminar nuestros pasos hasta la Cervecería de Correos.

Aquel día me había pasado la mañana en la Biblioteca cotejando textos árabes y diccionarios europeos con el fin de elaborar un glosario de voces y raíces de origen árabe, demostración de una arriesgada teoría y la verdad es que me encontraba bastante cansada

Además, me dolía muchísimo la cabeza.

- ¿Cómo va todo?

- Despacio, ya sabes.

- Pensaba que...

Se interrumpió. No quise preguntar en qué estaba pensando no fuera a enterarme de que no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo con ese “todo”. Y no tenía ni idea, vamos a decirlo de una vez, porque al estar tan

ocupado con el suyo le importaba un pimiento el trabajo de los demás, desgraciado detalle que me lleva a reconocer que, hasta entonces, ni siquiera yo había echado en falta su interés. Deduzco que esta sería la razón por la que me extrañó tanto su pregunta y eso que enseguida había creído que no era una pregunta seria sino un poco retórica y claro, al final resultó peor el remedio que la enfermedad.

- No me digas que has pensado alguna vez en *mi* trabajo ¿te refieres a eso? Lo dije de tan mal humor que, estoy segura, a ninguno de los dos le hubiese sorprendido que empezásemos a tortas. Uno de esos instantes crispados en los que no hay duda de que tu interlocutor desea exactamente lo mismo que tú. Seguimos caminando en silencio mientras una voz interior me decía que, por ese camino y cuanto más tiempo estuviésemos juntos, más daño podríamos llegar a hacernos. A unos cinco metros de la puerta de la entrada a la cervecería **Q.** se me quedó mirando:

- ¿Se puede saber qué te pasa?

- Nada. No, en realidad no me pasa nada

Justo en el umbral, sin decidirme a entrar mientras él, su larga melena al viento, se inclinaba un poco.

- ¿Te encuentras bien? ¿te mareas? Te has puesto tan colorada...

- Estoy bien, te lo aseguro

- Venga, vamos a tomar algo.

Se dio la vuelta y me fije en que tenía el dobladillo de la camisa un poco descosido. Se lo dije. Suspiró y se encogió de hombros con una expresión atribulada. Me sorprendió comprobar cuan grandes eran sus reservas ocultas de paciencia. Se lo dije.

- ¿Paciencia? No lo sabía.

Pero sí lo sabía. Y sabía, además, que se estaba hartando.

*

Ocho de la tarde de ese mismo día.

Q. acaba de irse.

La única luz que entra en el piso procede de una farola al otro lado de la calle y de una luz azulada situada un poco más adelante. Cae sobre mi cuello, sobre el brazo derecho, justo encima de la cicatriz de la vacuna contra la viruela tan parecida a la sombra de una monedita. Cae sobre su ropa tirada a los pies de la cama: la camisa de cuadros, los pantalones de gabardina, el raído cinturón de goma trenzada. Cae sobre el polvo acumulado de tantos meses, polvo que yo, desde luego, nunca se me había ocurrido quitar; cae sobre mis libros y su guitarra. Cae, no deja de caer.

En el rato que llevamos aquí el cuarto ha ido oscureciéndose hasta albergar sólo esa luz azul, luz eléctrica parecida a la de un depósito de cadáveres. Solo cuando la sentimos titilar, al rato de encenderse, vamos hasta la ventana para ver qué hora es.

- Podríamos volver a intentarlo.

La misma tarde en que yo acababa de decir que quizá sería bueno dejar de vernos.

- Por una temporada ¿comprendes?

- Comprendo.

Y es que a Q. le resultaba muy fácil comprenderlo todo. Era de las cosas que hacía mejor. Pero en ese momento, vio mis lágrimas y se inclinó hacia delante para lamerlas. Sacaba la lengua y se las metía en la boca. Las saboreaba como si fueran de caramelo Desconcertada, me toqué con las dos manos el vientre entumecido, como si de corcho, y lo único sensiblemente

vivo fuera la picazón del deseo a la altura de la entrepierna junto con la conciencia, instantánea de mi futura desesperación.

No podía decir a ese hombre, lo único que me gustaría decirle.

Ese hombre, cuya libertad semejaba una lanzada y cuya juventud aún no era, ni de lejos, tan mortal como la mía.

Un veintinueve de abril.

Que fue el día que dejé el apartamento de San Bernardo. Ni siquiera me había atrevido a preguntar si creía que algún día volveríamos a vernos (aunque estaba segura que nunca dejaríamos de hacerlo) aunque hubiese querido que me lo prometiese. **Q.** no dijo nada. Seguía habiendo entre nosotros una hendidura, una distancia invisible. Como una barrera que nos impedía acercarnos por completo. Lo adivinaba por mi entrecortada forma de respirar, la vacilación para moverme. Pensé que en aquel momento, antes de una separación que yo creía definitiva, todo era posible. Olvidar. Empezar de nuevo. Renunciar. Huir.

Sabía que él se olvidaría de mí, que sólo era cuestión de tiempo. Era fácil reconocer los signos: la relajación de sus músculos, la respiración cansada. Lo reconocía, sobre todo, en la precipitada, inesperada oquedad que se produjo en el interior de mi cuerpo: de mí se lo llevaba todo y lo único que me dejaba era la mínima esperanza, un sueño que yo mantenía escondido desde hacía algún tiempo, de que por fin esa tarde, la última, me hubiese hecho un hijo.

Y no, no nos besamos, nuestra despedida fue sólo un abrazo. Después él se soltó y, sonriendo, me dijo que no había ninguna prisa que, si quería, podía pasar allí la noche – él no pensaba volver - o darme una ducha antes de salir

mientras me preparaba un café. De reojo vi su media sonrisa un poco torcida y cuando salí de la ducha, ya se había ido.

Quise gritar pero me había dejado sin voz.

Aún ahora, cuando cierro los ojos, puedo reconstruir la escena como si yo estuviera dentro y fuera de mí simultáneamente, como si aquello no me hubiera sucedido o me hubiera sucedido a mí y a otra persona al mismo tiempo. Se fue. Cerró la puerta del cuarto y se apoyó en ella dejándola doblemente cerrada. Fuera no se oía ningún ruido, como si las paredes del apartamento estuvieran revestidas con alguna clase de tela que absorbiese los ruidos. Todavía me veo, descalza en el centro de una habitación iluminada por la luz de la tarde. Envuelta en una toalla. Nos habíamos separado, ya estábamos encerrados en nosotros mismos. Mil murallas se habían alzado.

A partir de ahora, había dicho, jugaremos a convertirnos en astros y sólo la casualidad, o la historia, harán que coincidan nuestras órbitas.

Te estaré esperando.

Volví al cuarto de baño y me encerré con llave. Después, sí, después fue cuando empecé a vomitar y, entre arcada y arcada, no podía dejar de gritar, de ponerme – yo sola - a parir frente al espejo. Estúpida, estúpida, te has pasado la mitad de tu vida inventando una historia para poder disfrutarla durante la otra media y ahora que se ha terminado, en lugar de alegrarte por haber dado con el cuento perfecto vas y te pones dramática y me sales con éste desconsuelo, como si esta ruptura fuera un drama o, más bien, no conocieras otra forma de salir adelante que seguir inventando cuentos que, antes o después, convertirás en nuevos amantes o en aventuras políticas; cuentos que imaginas fantásticos - cuentos fantásticos- y que a estas alturas ¿pero es que no lo ves? ya no te crees ni tú. Tú que te quedaste a su lado

porque sabías que, si te ibas, él se sentiría doblemente libre, se limitaría a sustituir lo que se le había negado. Estúpida. Porque cuando inmóvil y mudo a tu lado, como si la mayor traición a si mismo consistiera en revelar ante ti otro mínimo rasgo de su carácter, le sentías vivir, creíste siempre que, en parte, aunque sólo fuera en parte, vivía por ti. Reconócelo, no tenías ni idea de cuan perfectamente innecesaria podías llegar a ser.

Bueno, pues ahora ya lo sabes.

Salí al pasillo, apoyé la cabeza contra la pared y cerré los ojos. Todo lo que recuerdo es que, entonces, me dije bueno y ahora ¿qué?”

*

El mundo, tú sabes, se estaba cayendo a pedazos y sus artículos y reportajes iban precisamente de eso. El mundo iba en caída libre. Pero como él lo contaba tan bien, se estaba ganando la admiración de todos. Como dijo el poeta, *no te preocupes, visto desde atrás y desde más allá /todo quedará en un mal sueño*. A mí, en cambio, me costaría mucho más salir de Babia.

Por aquel entonces, yo seguía enviando mis pequeños artículos al *Overseas Service* de la BBC y contaba sin fingimientos, un poco brutal y bastante ingenuamente, cosas sobre la actualidad de este país. Cómo vivíamos las mujeres, en qué consistía nuestro peculiar estado de ánimo, cómo nos relacionábamos con los hombres y con el resto de la gente, quién de manera solidaria, quién de forma egoísta. Intentaba echar fuera mis contradicciones de niña bonita, las supersticiones que me enseñaron las monjas y un montón de costumbres anticuadas. Eran pequeños artículos que la tomaban con

grandes cosas. No sé si contribuyeron en algo a eso que se llamó *el cambio*. Creo que no.

Él, por su parte, se especializó después en cuestiones relacionadas con el Tercer Mundo pero, en sus primeros artículos, gustaba de dialogar con un lector hipotético al que contaba los chascarrillos del Congreso de Diputados y los cotilleos políticos de ese gran poblachón que era el Madrid de principios de los setenta. Lo cierto es que, aunque nunca bajó al ruedo, contó las corridas con mucha aplicación y elegancia. Nadie como Q. para revolcarse en la mierda con suprema elegancia.

Éramos así. Creíamos que contar historias nos redimiría y nos pondría por encima de esas historias. Que nuestro esfuerzo serviría para cambiarlas, casi llegamos a creer. Sí, nos lo tragamos todo y eso era, precisamente, lo más gracioso: Llegamos a creer que nos estábamos preparando para hacerlo no sólo bien, sino mucho mejor que nuestros padres y que para demostrarlo y conseguir lo que nos habíamos propuesto no necesitábamos sino una pequeña oportunidad pero el destino, como después nos recordaría Abiye, es lo que está escrito, *maktub*.

Pero entonces, como si no nos hubiésemos atrevido a ser del todo lo que éramos, es decir, una panda de ilusos y niños, nos pusimos a crecer y, sólo con eso, nos hundimos en el mejor de los naufragios. Claro que eso, desde mi punto de vista, fue nuestra mejor victoria: algunos, como Q. se ahorrarían la desilusión porque no vivirían siquiera para contarlo.

Trece: Ritos de paso.

Agosto 1977: Madrid, no lejos del Museo Arqueológico, uno de esos días de calor, cuando los parabrisas de los coches resplandecen como diamantes y la añoranza se hace insoportable y yo me veo a mí misma inmersa dentro del ruido. ¡Cuánto ha cambiado mi vida! De pronto, al ir a cruzar la calzada, mi absurdo, absurdo pasado se despierta de golpe como una gran ola que crece y amenaza con ahogarme. En plena calle Serrano ese rumor de la memoria viene a mezclarse con el fragor del tráfico y vuelve mi vida del revés como una chaqueta que tuviera los fondillos rotos. En momentos así una diría que el recuerdo de sus recuerdos se hace insostenible si no fuera porque lo absurdo de esa forma de decir se advierte al primer pronto. Cierro los ojos. La gran avenida ha sido herida y sanada tantas veces que las cicatrices de brea oscurecen el suelo iluminado por el sol. Todas mis penas parecen muy antiguas. Intermitentes. Pero descubro ahora que contárselas a alguien permitiría convertirlas en un bolo que, al deslizarse lejos de la memoria, me ayudaría de algún modo a digerirlas. Como si fueran las de una mujer anónima, un relato que alguien me contase y que hubiera podido ser el mío, el suyo o el de cualquier otra.

Ritos de paso. Sí, diría que fue aquella lejana tarde cuando me hice mayor. Lo sé, una cosa así no pasa de repente. Ni siquiera una explosión sucede de repente. De la misma manera que el océano prepara en su panza los invisibles *tsunamis*, así la vida. Bueno, en fin, la historia es que seguíamos viviendo en la misma ciudad pero no habíamos vuelto a vernos. Es más, yo estuve cerca de nueve meses sin verle y durante todo ese tiempo él, por supuesto, tampoco hizo nada por verme a mí. Cuando terminó todo, me refiero a ese tiempo y a todo lo demás, y coincidíamos en algún lugar – bien sabía yo dónde no tenía que ir si quería evitarle - comprendí que, si seguía esquivando su presencia no llegaría a acostumbrarme a la nueva situación, a soportar de lejos su indiferente sonrisa. No sé, me repetía a menudo, por

qué tengo siempre deseos de acostarme con él; lo último que quiero en este mundo es volver a tener deseos de acosarme con él. Fue este descubrimiento lo que me dio la clave: Veras - me dije a mi misma – te propongo una cosa: si tanto lo necesitas será mejor que lo hagas. Después, ya te encargarás de buscarte alguna justificación. Por este orden. Es el procedimiento normal desde que el mundo es mundo. Pero entonces, una voz que salía de no sé dónde, pero que desde luego era la mía, respondió cortante: “Yo sólo hago lo que también quiero desear “.

Me dejó hecha polvo.

Recordando que sus labios sabían a dulce de membrillo.

Que fue su primer beso lo que tanto me había trastornado: aquella sensación de empequeñecimiento repentino; sentir que era tan pequeña, tan pequeña que me hundía en su boca, me sumergía en su garganta húmeda. Toda yo allí dentro, como si fuera un bocado mientras él me paladeaba, me tragaba antes de desaparecer en su interior, diluida para siempre jamás.

Sí, **Q.** seguía manteniendo su encanto, cultivando *ex profeso* esa sutil seducción que le hacía tan atractivo. Para entonces, ya había viajado bastante, conocía mucho mundo y sabía cómo funcionaban los corazones de los hombres unidos por el azar en lugares peligrosos y también los de las mujeres a las que tan arteramente asediaba con su mirada un poco miope.

Decía:

Si aprendes a querer a alguien, a veces y al mismo tiempo, también puedes aprender a querer a otro.

Pero yo, que había aprendido a querer, queriéndole a él y luego nunca más, pensaba que aquella teoría era una estupidez. Me había hecho mayor, ya digo, y sería por eso pero estaba casi segura que una cosa así no se aprendía, una cosa así, se sentía y punto.

Elle ne fais pàs l'amour, tu sais, elle m'aime.

Difícil aprender a confiar en los hombres, muy difícil. Años en que los hombres intimidaban y las mujeres mentían. Años equivocados en los que se bebía tanta hipocresía como antaño manzanilla. Y entre los hombres, Q. era uno de los que se había convertido en lo que no sabía, alguien diferente y, además, padre.

Muy lejos de mi intención decírselo.

*

A una mujer sin experiencia le resulta difícil entender las expresiones del rostro que ama, pero intuye algo que la mayoría de los seres humanos ha ido comprobando a lo largo y ancho de toda su vida: a saber, que cualquiera de nosotros es perfectamente capaz de distinguir si el rostro de alguien es el de una buena persona o no.

Cuando Q. se las daba de donjuán e iba por ahí explicando su teoría del amor satelizado o cuando decía que su trabajo fue siempre lo más importante de su vida o cuando prometía a alguien algo que no tenía ninguna intención de cumplir, Q. no llevaba su egoísmo escrito en la cara. Por más que le mirases no descubrirías en sus facciones perversión alguna. Así que ¿en dónde escondía su egoísmo si ni siquiera yo era capaz de verlo en sus ojos? ¿Existiría alguna remota posibilidad de que aquella olímpica irresponsabilidad suya no lo fuera? Y en ese caso ¿cómo entender a la gente que - como él - medio sonrío cuando te está haciendo pedazos el alma?

Sí. Hasta yo misma llegué a creer que era imposible descubrir los signos de una verdadera maldad en la cara de un hombre –o por lo mismo en la de una mujer - pero entonces, si no puedes encontrarla ahí ¿dónde hay que buscarla?

Hubo también una temporada en que leía con muchísima atención todo lo que él escribía, ya fueran crónicas-críticas de fútbol o artículos de toros y toreros tan divertidos pero tan alejados de sus anteriores reportajes que llegaron a parecerme escritos por otro.

Seguía amándolo, pero no estaba segura de que el nuevo Q. me gustase tanto como el de antes.

Desde nuestra separación, Q. había empezado a moverse alrededor de las fronteras, junto a las lindes, por el mismísimo borde de los arcenes. En una palabra, le gustaba explorar la periferia. Por un tiempo, decidió quedarse en Madrid con el fin, diría después, de intentar ver su realidad con otros ojos, como si no la conociera: la bolsa de valores, el mundo de los jueces, de los impresores o los taxistas, los resultados de la copa mundial de fútbol, las mil caras de la aldea. Todas excepto la más íntima, la más verdaderamente humana

Antes – una expresión que abarca toda su vida – le había interesado todo lo que más le gustaba y no le interesaba aquello que le disgustaba. Curiosamente, yo siempre había creído que a todos, incluida a mí misma, nos pasaba lo mismo. Sin embargo, al volver de Eritrea desarrolló una nueva personalidad y empezaron a aburrirle algunas cosas que, antes, tenían su aprobación al tiempo que era capaz de hacer bromas con otras que, en el fondo, desaprobaba. Yo, la verdad, no estaba segura de que esta actitud fuese del todo buena pero el hecho de haberla descubierto – haberla descubierto precisamente en él – me parecía de lo más desconcertante. Se me multiplicaban las preguntas cuando a solas, frente al espejo, regañaba a mi imagen y le decía que lo sentía, de verdad, lo sentía mucho pero que si tan poco le gustaba en lo que se había convertido el hombre que amaba, me explicara las razones por las que seguía enamorada. Las razones, desde

luego, eran muy poco originales ¿el deseo, quizá? ¿el convencimiento, mira tú por donde, de que lo que en algún momento había sucedido entre nosotros debería ser para siempre?

Me costó comprender ciertas cosas. En serio, no podía comprenderlas. Durante el tiempo que estuve a su lado había acabado por perder la poca confianza que tenía en mi misma. Con la impresión, siempre, de que andaba sobrando, de que no conocía las respuestas necesarias. Ni siquiera conocía las preguntas. Cuando Q. fue puesto a prueba por la necesidad de Abiye, cuando ni siquiera se esforzó en enviarle aquellas pocas medicinas, cuando dejó de pelear lo suyo para que la publicación de su reportaje saliera completa entonces, ah, entonces fue cuando yo empecé a cambiar, a sentirme infeliz y, al mismo tiempo, a comprender mejor ciertas cosas.

Y, cuanto más infeliz me sentía, mejor lo comprendía todo.

Q. por su puesto, nunca tendría en cuenta esta pequeña transformación.

Con los años, si por casualidad coincidíamos alguna vez, tampoco reparaba mucho en mí, ni en la sombra oscura que había empezado a rodear mis ojos, ni en el nuevo reflejo de mi figura sobre el cristal de las ventanas, ni en cómo me miraban los demás. Su órbita se había alejado tanto que yo, uno de sus primeros satélites, me había vuelto a sus ojos, indistinguible. Si en aquel entonces, y por algún absurdo motivo, me hubiese atrevido a preguntarle si recordaba de qué color eran mis ojos, él habría sido incapaz de decírmelo. Podría, eso sí, haber jugado a averiguarlo pero si yo, que tengo los ojos verdes, hubiese bajado la vista y dicho que eran negros, él me hubiese creído. O más bien, le hubiese dado igual.

Q. supo siempre interpretar en mis labios ciertos gestos de cansancio pero era ciego ante la muda ternura de mi mirada.

Y, ahora que lo pienso, probablemente ese sería uno de los motivos principales de nuestra separación.

Entre las cosas que tuve que aprender lejos de él, estaba la cólera. Después de nacer nuestro hijo, me volví irritable, demasiado suspicaz. A menudo me pregunté la razón y, por qué - ahora que había conseguido más o menos lo que quería - no me tranquilizaba un poco; ahora que me estaba permitido pensar y me sentía libre por primera vez.

Pero es prácticamente imposible conocer todas las respuestas ¿verdad?

En los principios de la descolonización del Sahara la historia contribuyó a crear media docena de tópicos por cada una de las versiones del problema: cada tópico representaría un solo aspecto, una obsesión que contribuiría a transformar la realidad en un gadget de consumo interno. Frases como: “la lucha justa del pueblo saharauí”; o “su único representante auténtico, el Polisario”; o “la ayuda fraternal de Argelia” no consiguieron sino escamotear todavía un poco más la complejísima realidad del asunto.

Pocos, muy pocos de los artículos publicados resisten hoy una lectura desapasionada. En realidad, en el ánimo de lectores y autores, la descripción de los hechos no tenía que ver con los análisis o los razonamientos sino con manifestaciones de la más estricta militancia. En las habitaciones de los estudiantes e intelectuales “progres” –oscuramente culpables por el hecho de haber dejado morir a Franco en la cama – los posters del Polisario reemplazaban a los ya amarillos y un tanto marchitos del Che Guevara.

Pero si alguien, por aquel entonces, hubiese tenido la mínima curiosidad de levantar un mapa de reptiles, le hubiera sido fácil descubrir la madriguera

de la peor de todas las víboras, esa que ciega a la luz del día, ataca sin ver y salta hacia donde cree que hay seres humanos con alguna clase de lucidez. Con los colmillos hacia afuera, como un perro, ataca una y otra vez hasta que destruye a sus víctimas, inmóviles de puro terror.

Rodeado de arena, el país padece de insobornables espejismos: el ideológico y su complementario: ese no tiene nombre, pero hace políticamente rentable todos los demás.

Catorce: Al otro lado del agua.

Cinco años después de habernos separado volveríamos a encontrarnos. Esta vez en el Aaiun, Sahara.

Corrían los primeros días de febrero de 1977.

Hacía tiempo que había terminado mi dichosa tesis, pero como no tenía ninguna posibilidad de ganarme la vida dando clases en la Universidad, empecé a trabajar como *free lancer* para una nueva agencia de noticias.

Precisamente por esos días y al cumplirse el primer año de la proclamación de la joven república saharauí todos los observadores habían empezado a mostrarse de acuerdo en que, en contra de todos los augurios, la lucha del pueblo saharauí estaba experimentando avances muy notables dentro del terreno militar.

Alguno de nosotros habíamos sido enviados allí para comprobarlo. Y, una vez comprobado, intentar contarlo.

Contar, por ejemplo, cómo nuestros aprendices de brujo habían creado artificialmente un problema cuyos efectos, algunos totalmente imprevistos como la creación del Polisario, se prolongaban mucho más allá de su retirada. Creado en Tinduf, el 20 de mayo de 1973 con la ayuda y la

protección de Argelia, su principal objetivo, hasta entonces, había sido hacer frente a Rabat frustrando así los objetivos de unidad territorial que el movimiento nacional marroquí perseguía desde su independencia. Las pruebas que habíamos ido reuniendo demostraban que este movimiento de liberación era un movimiento un poco peculiar en el sentido de que, en realidad, no fue creado para luchar contra los colonos (españoles) sino contra su entorno natural, Marruecos.

Al otro lado del Estrecho y tocado por una especie de gracia progresista y descolonizadora, el Gobierno del General defendía para el Sahara Occidental unos derechos y libertades cuya reclamación en España hubiera conducido directamente a las Comisarías y al Tribunal de Orden Público

*

Embarcamos en Tarifa. Cuando cruzamos el estrecho de Gibraltar era de noche y me encontraba en cubierta contemplando las luces de Cabo Espartel, el punto más nor-occidental de África. A medida que nos acercábamos a sus costas, empecé a distinguir las bombillas de algunas de las casas de la Montaña Vieja. Más tarde, cerca ya de Tánger, una bruma espesa sólo dejó a la vista el resplandor del faro haciendo guiños en el cielo. A la arribada, soplaban un viento muy fuerte y, una vez en el taxi, con las chirriantes ruedas subiendo y bajando penosamente por la carretera hacia el sur, empecé a sentirme mal. Ahora sí que estaba a punto de hacer lo que siempre había querido hacer pero, una vez más, y justo en ese estratégico momento, había dejado de saber si, en realidad, eso me gustaba. Créeme, hubiera echado a correr en dirección contraria con muchísimo gusto pero, allí estaba, esforzándome por ver en la oscuridad y tras las ventanillas medio bajadas y lo único que podía sentir era la añoranza de lo que creía

que había ido dejando atrás: a ti entre otras cosas. Me arrellané como pude en el asiento de atrás, y cerré los ojos. Decidí dejar de pensar y fiarme del taxista, un marroquí que entendía muy poco español y nada de francés, pero que sí parecía que sabía lo que se hacía. Salimos del malecón y entramos en tierra firme. El coche se detuvo ante la verja y dos inspectores asomaron la cabeza por las ventanillas delanteras. No entendí lo que decían. Después arrancamos y a partir de ese momento no recuerdo nada más porque me dormí. Cuando desperté, era bien entrado el día y estábamos en el Aaiun, a la puerta de un hotel grande y destartalado. A la entrada, en un cartelón decorado con peces y caracolas podía leerse un nombre: “*Hotel Atlántico*” pero en la recepción, no había nadie. Y el taxista, impaciente por marcharse, ni siquiera me ayudó a sacar las maletas.

Fue la noche siguiente cuando coincidimos en el hotel. Mejor dicho, en el salón comedor del hotel cuyo techo de ramas de palma reposaba sobre una decena de enormes pilastras de madera de las que colgaban, a casi dos metros del suelo, unas enormes redes de pescar. Decían que la decoración había sido una idea del primer propietario, un chipriota desaparecido hacía más de treinta años. Después, el establecimiento pasó a manos de su antiguo cocinero, un marroquí que, en cuanto se presentaba la ocasión hacía las veces de confidente para la policía de su muy real majestad el rey de Marruecos. Y allí seguían los mismos atunes de plástico color berenjena que el chipriota se trajo de Melilla, presos en las mismas redes. Hubiera podido decirse, si no te fijabas demasiado, que aquellos peces eran felices, que no echaban de menos el mar, sino fuera por sus morros. Los tenían apretados, fruncidos como si los hombres y mujeres que nos sentábamos allí debajo les diéramos un poco de asco.

Una vez a la semana, con o sin guerra, los camareros retiraban las mesas y la sala se habilitaba como una pista de baile que permanecía abierta hasta la

hora del toque de queda. La orquesta, formada por una banda de legionarios jubilados, disfrutaba dándole fuerte al bombo y al acordeón mientras interpretaba con mucho énfasis una mezcla de jazz y *jarchas*. Aún así y como ésta orquestina había sido siempre una de las pocas diversiones de la ciudad, la gente seguía viniendo.

Sería que, aquella noche, mi cuerpo tenía ganas de juerga.

Con energía mal contenida, rígido como un arma, mi cuerpo se movía en silencio al ritmo de la música brutal y atronadora mientras hacía un poco de tiempo hasta que el ritmo se estabilizase para poder saltar a la pista. Cuando llegó el momento, eché la cabeza hacia atrás, el pelo como un penacho rojo, y me puse a mover las caderas gozando a solas de aquel ritmo con los ojos cerrados y los brazos abiertos. Ciertamente que aquello, más que un baile, parecía una danza guerrera pero al mismo tiempo sentía dentro de mí tanta necesidad de gracia, de extravagancia que me resultaba imposible parar. Como después de un chubasco al final de una tarde de bochorno cuando el aire todo se llena de electricidad y de olor a yodo, así mi piel. Tenía la sensación de que podría salir expulsada de mi cuerpo como una flecha.

Fue entonces cuando le vi. A través de una de las ventanas del comedor vi aparecer un hombre al que nunca antes había visto y al que, sin embargo, conocía desde siempre: un loco, un mago, un ladrón untado de miel. No era el aventurero que, una vez, se había perdido en los montes de Ghuddam; ni de Tosca, el amorcito todas las mujeres. No era el hombre que me había hecho un hijo ni el que cargaba con las ocurrencias de toda una generación de negados, aunque también. Sencillamente, era otro.

Seguí bailando al son de una furiosa canción de amor mientras me despedía una y otra vez, de mi amante, nunca más cuerda que entonces cuando fui capaz de elegir los gestos que le condenaban a él pero, al mismo tiempo, me absolvían a mí. Y no me detuve hasta que, agotada, no pude moverme más.

Entonces me incliné y me tumbé sobre el suelo de piedra. Y allí me quedé hasta que se oyó el sonido de un aplauso. Uno solo, el suyo.

La música siguió sonando furiosa, igual que las aguas de un rápido precipitándose por un despeñadero. Acostada bajo el sonido de la música sentí cómo me volvía la calma, cómo se encendía de nuevo una tea dentro de la catacumba. Respiré fuerte. Respiré una y otra vez.

A partir de la Marcha Verde, el baile del *Atlántico* pasó a ser no sólo el punto de encuentro de los corresponsales extranjeros sino también, el de las tripulaciones militares españolas que, de vez en cuando, se dejaban caer por allí. Durante los primeros días, yo me dedicaba a pasear por el zoco y, de vez en cuando, a hacer entrevistas y a grabar con un magnetófono los comentarios y las historias de algunos viejos residentes –españoles y marroquíes – de la antigua colonia mientras esperaba el permiso correspondiente para ir al frente.

Pero hay que tener cuidado con las historias que una cuenta.

Dan un poco de pena – me decía un militar saharauí mientras me ofrecía un cigarrillo de bromuro que acababa de extraer de su guerrera - después de un ataque por sorpresa, uno entra en el puesto enemigo y la vida todavía está funcionando: la radio a todo volumen, la comida humeante, el pitillo encendido...intentas levantar a un soldado herido y se te muere en los brazos. Un poco más lejos, ves a otro sin piernas o cómo un mismo disparo de *bazooka* consigue atravesar a cinco soldaditos marroquíes que huían en fila y, entonces, el primero queda segado en dos partes mientras las balas trazadoras iluminan la escena. Son escaramuzas que nos conmocionan a todos. La verdad es que ellos no tienen ni idea, están completamente indefensos. Supongo que esperábamos a un enemigo más preparado.

Y ese mismo día, un poco más tarde, cuando pasaba a limpio mi artículo, un antiguo concripto marroquí, ya jubilado, que desempeñaba las funciones de camarero y limpiabotas en el hotel quiso le contara algo de lo que estaba escribiendo. Sin pensarlo demasiado probé a leerle unas líneas pero no me dejó terminar.

- Tú no tienes vergüenza ¿verdad?

Cuando quise saber por qué me decía eso, contestó que yo había descrito los hechos sin ningún respeto. Sin ningún respeto por los vencidos

- Les has convertido en conejos. Has dicho que estaban completamente indefensos.

- ¿Y no es cierto?

- Pues claro que no. Todos, ellos y nosotros, sabemos a lo que nos exponemos. Ellos no estaban indefensos, simplemente no supieron defenderse, que no es lo mismo.

Conteste que, objetivamente, los resultados venían a ser los mismos.

Pero él,

- Ustedes los europeos no hacen más que confundir las cosas. La verdad real, esa que se oculta debajo de los hechos no es, ni ha sido nunca, lo mismo que la verdad oficial. Y para nosotros, que lo sepas, hay muy poca verdad real en todo lo que ustedes cuentan.

No inmediatamente pero sí al poco tiempo llegué a comprender la profunda razón que encerraban esas palabras, unas palabras que expresaban el sentir general de la mayoría de los hombres y mujeres de aquellas tierras ya fueran marroquíes o no.

*

Creo habértelo dicho: **Q.** se extrañó al verme. O al menos, se extrañó al verme convertida en una especie de bacante bailando al claro de luna. Él me llevaba casi diez años y por eso, a sus ojos, yo seguía siendo la misma estudiante que conoció un día camino de la Escuela.

Por otra parte, que él supiera - ¿pero cómo iba él a saberlo? yo nunca había trabajado para ningún periódico así pues ¿qué estaba haciendo allí cuando el Sahara ex – español era, según decían, una de esas zonas reservada, sólo a los más aguerridos reporteros?.

Una de aquellas noches vi cómo cogía de los hombros a Mila, una fotógrafa italiana, y la zarandeaba suavemente al tiempo que se reía de algo que minutos antes le había estado diciendo al oído y, a partir de ese instante, en lugar de preocuparme por las noticias que empezaban a llegar del frente - donde sólo en la segunda quincena del mes de Febrero, cuatrocientos militares marroquíes y mauritanos habían sido puestos fuera de combate por las fuerzas del Frente Polisario – me dediqué a seguirles para comprobar si había algo más entre ellos. No me digas cómo sucedió. Creía, ya para entonces creía, que a esas alturas **Q.** me era indiferente. Pero no. Ni siquiera podía soportar sin que se me revolviere el estómago las indecisas sonrisas que a veces, cuando coincidíamos en el comedor a la hora de la cena, solía dedicarme. En la mesa, si por casualidad me pasaba la botella de agua, yo no la bebía. Si hacía algún comentario sobre la situación en el frente, de mí recibía sólo la callada por respuesta. Otra confidencia de mierda, murmuraba yo entre dientes.

Y todo el rato era como si me estuviera empezando a cansar en algún punto interior de mi cuerpo.

Tambaleante, como si hubiese ido tropezando con todos los baches del camino: daba un traspié, me levantaba, y después seguía andando. Fuera a

donde fuese me perseguía la oscuridad. Aún así, seguía sin querer acercarme a él: mi alma le soñaba pero mi cuerpo temía su contagio.

Y habría matado, antes de permitir que él se enterase.

Mi primer amor. ¿Quién dijo que ese tipo de cosas pueden llegar a olvidarse? No, no pueden. Del amor y la naturaleza humana he alcanzado a entender por lo menos eso.

Y entonces, como te digo, empecé a seguirlos.

Al principio sólo un poco, luego, a medida que mi obsesión se agudizaba, les seguía allá donde fueran en círculos cada vez mayores desde el hotel a la oficina de correos, por la avenida, detrás del pequeño cuartel, entre las mesas del *Atlántico*. Perdí la noción del tiempo, del espacio e incluso del ridículo. Digo que los seguía. A los dos. Al principio, a una distancia respetuosa. Después, cada vez más cerca, lo suficiente en cualquier caso como para darme cuenta de que *ella* se teñía el pelo. Los tonos de aquel rubio que hacía aguas. Un día, al hacer como que tropezaba, tuve la suerte de darle un pisotón pero **Q.** se nos había adelantado y ni siquiera se enteró. Por suerte, aquel mismo día empecé a preguntarme si no estaría haciendo el imbécil. Y como yo misma me contesté que sí, que aquello resultaba patético, decidí acabar con la investigación.

A partir de entonces me concentré en el trabajo y me dediqué a escribir. Saqué de la maleta mi cuaderno-diario de hojas pautadas y lo fui llenando con todo tipo de observaciones y datos sobre las noticias que se iban produciendo. Anotaciones al estilo de *los polisarios no beben agua de los pozos tradicionales, porque los marroquíes suelen envenenarlos de manera que perforan los suyos propios. A veces, consiguen encontrar agua y se las arreglan para vivir durante meses alejados de sus bases lo que les permite llevar sus incursiones hasta el mismísimo territorio enemigo...*

Cosas así.

Y entre medias, mis sentimientos, todas las palabras que hubiera deseado decirle y no podía, pegadas en hojitas de colores. De esa inútil manera, mi verdadera voz, esa que nada más verle parecía licuarse en el fondo de mi garganta, quedó reducida a un borratajo, simples gráficos de una amanuense desconocida, eso que algunos llaman escribir.

*

Pero seguía sin llegarme el permiso para viajar a los campos y pasaba muchas horas en mi habitación. Necesitaba consolarme con viejos amigos, frases de libros, voces en las que pudiera confiar. *Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor*” y que había decidido que me acompañaran siempre, siempre. Porque había llegado a creer que no tenía sino que volver a los libros para encontrar los senderos que me conducirían a la fuente de la mayoría de los misterios porque ellos, los libros, podían explicar siempre la situación y a mí, bueno, a mí me permitían actuar en consecuencia.

Sin embargo, en aquel lugar me di cuenta que, incluso con su ayuda, me movía entre leyes inciertas y una inseguridad que creía superada, impregnó todos mis movimientos. No sé por qué había imaginado que había aprendido lo suficiente de él. Pero ahora, inmersa en aquel negocio de contactos y favores, aburrida por tener que esperar horas en una ventanilla de la oficina de Correos o, por lo mismo, en la ventanilla de cualquier otra oficina con el marchamo de oficial, estaba empezando a arrepentirme de mi nueva responsabilidad. Toda la información, además, se daba a conocer con circunloquios, letra pequeña que terminaba por convertirla en una suerte de

humo opaco: como si la verdad no tuviera ningún interés a no ser que estuviera envuelta en mil celofanes, como un paquete de regalo.

Es probable que creyese, antes, ni sé cuándo, que el verdadero sentido de las palabras - ¿pero qué quiere decir *verdadero sentido*? - era una puerta que me permitía huir del dolor y el miedo. Después comprendí que, cuanto más asustada me encontraba menos hábil me volvía a la hora de explicarme: perdía el poco poder que tuviera sobre el lenguaje. Era, supongo, una manera de aislarme de mis sentimientos, una última protección pero, cuando quería hablar, o no me salían las palabras o terminaba diciendo las cosas de la manera más inoportuna posible.

Luego, un día, camino de la oficina de Correos.

- En serio: ¿cómo te las arreglas para hacer creer a todo el mundo que de verdad, *de verdad* te importan sus problemas?

Q. me miró con interés; pensaría, supongo, que me había ido haciendo mayor. No cabía ninguna ingenuidad en el tono de mi pregunta. Titubeó un instante. Imaginé que entonces, como siempre, tendría preparada una respuesta. Y sí, pero ocurría que antes de lanzarla al aire, quería estar seguro de lo que yo estaba pensando. Ahora bien, mi pregunta, que no tenía nada que ver con el pasado ni con nada en particular, que se trataba más bien de pura curiosidad, aleteó unos instantes entre nosotros y siguió aleteando un rato como aletean al anochecer ciertas polillas alrededor de una lámpara.

Preguntó que a qué me refería con eso de “todo el mundo”.

Contesté que todo el mundo resulta ser *todo el mundo* y que no creía que pudiera haber confusión alguna: ciudadanos de todas las naciones asustadas, supervivientes varios, criaturas que luchaban y, al final, terminaban consumiéndose... De manera que volví a la carga: le expliqué

que era una pregunta que siempre había querido hacer y que ese día se me había venido a la boca como un salivazo y que ahora no entendía, la verdad, no entendía cómo era que, hasta entonces me había costado tanto hacerla. Pero, en silencio, Q. seguía esperando más pistas.

Dije que la noche anterior, cuando nos habíamos encontrado después de tanto tiempo en el comedor del *Atlantico* le ví muy cambiado y que por eso no había podido dejar de recordar en el tiempo que había pasado desde la última vez.

- Pensé en tu amigo- le dije – no sé por qué pero pensé en tu amigo, Abiye creo que se llamaba ¿no? y se me ocurrió que aquella, tu primera vez como reportero, habías tenido suerte al encontrarte con él, un verdadero representante de las voces perdidas y pensé también que aquel encuentro habría sido para los dos, y por razones distintas, una especie de descubrimiento y, una vez más, sentí un poco de envidia ante esa oportunidad que te sirvió, pienso yo ahora, como un bautismo de fuego ¿no es cierto? Pero claro, por supuesto que me equivoqué, me equivoqué como una imbécil, de verdad y sin atenuantes porque después se me ocurrió que tú, en realidad, no fuiste allí con necesidad de aprender porque lo llevabas, para decirlo de alguna manera, aprendido todo. Y eso es lo que me parece más injusto porque después de recoger la información que nos han enviado a buscar, aquí todo seguirá siendo igual de difícil o quizá mucho más; igual de injusto que antes de llegar nosotros –e incluso tú - y encima, muchos de los que pudiesen habernos ayudado habrían puesto en peligro sus vidas.

Y, en realidad, bueno, *esto* es lo que quería decir cuando te preguntaba cómo te las arreglas *tú* para hacer creer a la gente que de verdad, es decir, de verdad de verdad, te importan sus problemas consiguiendo así sonsacarles para que te cuenten su vida.

Traté de recordarle también otros detalles para que me los tradujese y porque quería saber en serio y no forzar unos recuerdos que me sonaban tan lejanos como los de cualquier película – quienes éramos él y yo hacía cinco años. Pero era difícil. Intenté traer a su memoria sus pequeños gestos de cuando en la mesa de la redacción se reía de los miedos del panoli del director- panoli, decía él - o cuando en el Gijón se divertía bebiendo cervezas con la sed de quien no pensaba dejar ni una sola gota para el día siguiente; nuestros paseos en el Retiro, a veces incluso de la mano, en una imagen tan típica (probablemente me la estuviera inventando en ese mismo instante) pero no prestándome demasiada atención, no apasionado ni siquiera aquella tarde, la de las botas cuando, después de hacer el amor me gritó desde la cocina que no podía salir a comprarlas porque tenía que preparar la maleta.

- Éramos demasiado jóvenes pero si nadie me explica todo aquello - o solamente tú, que eres como nadie y otro al mismo tiempo – tendré que aceptar que es así como suceden las cosas. En ese caso tú y yo, todos los que estamos aquí prisioneros, ante los ojos de la gente, de unos roles ejemplares, deberíamos sentirnos humillados. Humillados y tristes al pensar que aquello a lo que dedicamos nuestro tiempo, nuestro arriesgado, ejemplar tiempo, es sólo puro teatro, un error tremendo.

Pero ¿sabes? - dije también - para mí la realidad es, en el fondo, un punto de referencia muy poco consistente cuando trato de dilucidar algo que ya ha pasado. Sé bien que hay quienes se quedan sentados en el brocal de un pozo abierto en medio del desierto viendo en sus aguas el reflejo de la luna blanca, mientras que el que tienen a su lado sólo ve una mancha de tinta negra. Y es que en una misma realidad, siendo como es, ya digo, tan poco consistente, puede que haya lunas claras o puede que no pero ¿quién dice

que no pudiera haberlas habido? ¿Quién dice que no pudiera, al mismo tiempo, haber algunas nubes?

Parecía a punto de salir corriendo pero le rogué que por favor esperase, que aún no había terminado y que, ya que estábamos me permitiese decirle también lo que opinaba de todos aquellos a quien siempre y con tanta reverencia, me presentó como sus *maestros*: periodistas famosos que al terminar de poner su firma en la última cuartilla se levantaban de la mesa a toda prisa y corrían a caja para saber cuánto les correspondía por haber sido tan solidarios; cantautores comprometidos que después de hacer gorgoritos encima de un escenario reponen sus fuerzas en el mejor restaurante para, acto seguido, volver a perderlas con la primera puta que se les cruza en el camino; prestes piadosos a los que su compasión reporta sinecuras de miles de duros al año y hasta, en algunos casos, el título de eminencia. ¡Por favor! Más les valdría a todos desaparecer del mapa después, eso sí, de devolver el dinero y la gloria que habían acumulado. ¿Que por qué? Pues porque las gentes de este pobre mundo no quieren sólo pan, quieren el pan nuestro de cada día, quieren *exactamente* la mitad del que comemos nosotros y nunca van a contentarse con menos.

Lo sabía, ¿verdad? y si él fuera un periodista como todos los demás ellos, es decir la gente como Abiye, todos los Abiyes del mundo, no tendrían más nada que añadir y le respetarían, le saludarían y seguirían su camino. Pero si él aceptaba convertirte en su propio icono, si se ganaba su confianza y se apropiaba de su causa, entonces sí, entonces ellos tendrían todo el derecho del mundo a darle una patada en la espinilla. Todo el derecho del mundo a protestar pero ¡venga allá! qué es lo que crees que estás haciendo? Y si él respondiera, como alguna vez hizo, que la única responsabilidad de su trabajo consistía en ser pragmático y objetivo, seguro que le pegarían un

tiro, le matarían porque a ninguno de ellos se le alcanza ese tipo de sutilezas. Así que mejor que fuese con cuidado porque cuando le pillen, mejor dicho, cuando nos pillen, van a partirnos la cara y, de paso, si pueden, también las piernas.

Argumentos tienen de sobra.

Y él,

- La verdad, Clara, no te comprendo....

Yo creía que él estaba intentando ganar un poco de tiempo y para evitar que se sintiera presionado, que se diera cuenta de cómo se le iba cerrando la soga alrededor del cuello, me esforcé en no mirarlo a los ojos.

- Para mí, este trabajo, siempre tuvo sentido. Resulta tranquilizador saber que lo que haces tiene un sentido. No sé de qué me estás hablando. Quizá sea precisamente ahora cuando las cosas estén cambiando. Pero es lo que suele ocurrir cuando pasan los años: todo se transforma y hay que adaptarse. Esperábamos, primero, que el mayo del 68 y la muerte de Franco, después, nos cambiara. Pasamos la mayor parte de la adolescencia y de nuestra primera juventud, esperando el dichoso cambio como si la cigüeña que viene de París fuese a dejarlo caer encima de nuestras cabezas de un momento a otro. Y ahora que el famoso cambio parece haber llegado, nos hemos quedado sin nada ¿te refieres a eso? Porque, te guste o no, ahora nos toca aceptar que las cosas son como son. Por mucho tiempo. Aceptar ¿comprendes? El problema es que uno no sabe cómo hacerlo.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que quizás no tenía que haber dicho nada, que quizás debería haber seguido reflexionado a solas acerca de todo esto en lugar de atreverme a entrar a saco en el bazar de su conciencia que, al fin y al cabo, no me pertenecía en absoluto. Sí. A menudo, en los

días que siguieron, pensé que debería haberme callado. Pero ¿sabes? pensé también que ya había callado demasiadas cosas durante demasiado tiempo

Y él,

- En el fondo sólo intento ayudar y ellos, bueno, supongo que se dan cuenta.
- Pero ¿por qué habrían de darse cuenta? ¿quién demonios te has creído que eres para que ellos se den cuenta que lo único que intentas es ayudar a alguien? ¿acaso te lo han pedido? Además, para ayudar de verdad hay que participar, comprometerse.... y tú podrás decir lo que quieras pero cuando uno decide hablar de esa cosa, única en la vida de la gente, que es la confianza entonces, cómo decirlo, ¿no te parecería necesario aceptar un compromiso, digamos, algo más... ¿físico?

Seguramente, le hubiera gustado responder sin alterarse, como alguien que, preguntado en mitad de la calle, diese la hora. Sus palabras, sin embargo, sonaron airadas.

- ¿Qué me estás diciendo? ¿Crees de verdad que para ser un informador honrado tendría que coger las armas cada vez que voy a una zona de conflicto? Clara, por favor, no digas tonterías.

- No son tonterías y, además, permite que te diga una última cosa: conozco bien esos razonamientos tuyos, esos y más. Seguro que tú también recuerdas las consignas de objetividad sí, compromiso no, toda esa murga, todo lo que aprendimos en la Escuela, donde nos enseñaron que ir de puros por la vida era, en nuestro caso, no sólo legítimo sino también una obligación y ya sabes a lo que me refiero....

Le oía respirar demasiado fuerte. Era evidente que llevaba días esforzándose por evitar este encontronazo. Imaginé su lucha interior, cómo

buscaba argumentos para convencerme – o para desbaratar los míos - pero también para estar a la altura en un tema que había dejado de interesarle hacía demasiado tiempo.

- No, no sé a lo que te refieres. Y aunque lo supiera ¿dónde pretendes llegar con todo esto?

- Sabes bien a donde quiero llegar. Todo lo que yo sé acerca de la responsabilidad moral de un periodista lo aprendí contigo. Tienes buena memoria, seguro que no lo has olvidado y que ahora yo te lo recuerde es, precisamente, lo que más te enfada. Pero no te preocupes, lo que en realidad quiero decir es que, después de todo este tiempo, de los esfuerzos que hicimos por aprenderlo todo de una forma diferente, nuestro trabajo –el tuyo, el mío, el de todos nosotros, y también nuestras vidas - empieza a parecerse sospechosamente a la de esos *maestros* enjundiosos de los que antes hablábamos. ¿Imaginas alguna forma más dolorosa de fracaso?

No contestó.

Porque, seguramente, estaría dándole vueltas a alguno de sus recuerdos, a la información que tenía que enviar antes de que cerrasen la oficina de correos o a mis palabras, quizá.

En cualquier caso, ninguna de las tres cosas parecía hacerle muy feliz.

- Te lo digo en serio y no pretendo que suene derrotista pero al final resulta que la hemos cagado de puro originales ¿no crees? Puro originales y bastante cuitados.

Me miró sin salir de su asombro. Por lo visto, él ya había dicho todo lo que tenía que decir y un poco más.

- ¿Cuitados? – repitió - ¿lo dices en serio?

Y sonrió.



17 de febrero de 1977

Ayer, un día más tarde de la acometida del Frente Polisario sobre una caravana de camiones marroquíes que se dirigía a Guelta, se produjo la acción de Amgala, con amplia repercusión en la prensa internacional. Los polisarios apresaron treinta y cuatro camiones, con sus conductores dentro, y treinta y un soldados del ejército alauita. En sólo dos semanas, Marruecos ha perdido un caza F-9, dos Fongas, un C-130 y un helicóptero. Al paso que va la cosa van a perder hasta la camisa.

En las zonas liberadas cercanas a Smara, conversamos con algunos soldados, mauritanos y marroquíes detenidos por el Polisario. Parecían satisfechos. “Comemos con nuestros hermanos saharauis y vivimos como ellos – nos dijo Aziz, un estudiante de Uxda en la frontera norte argelina-marroquí – Somos como hermanos y si hubiera sabido antes a donde nos enviaban a luchar, me habría escapado a otro país. Pero no tenemos derecho a hablar y los oficiales nunca nos dicen nada. Sólo hablan entre ellos”.

18 de febrero de 1977

Por la noche, el campamento se convierte en una sucesión interminable de toses. El asma y la tuberculosis hacen estragos entre los más de 100.000 refugiados. Estos campos de refugiados, abandonados por todos los hombres en edad de empuñar un arma, se hallan protegidos por milicias populares integradas por muchachos de catorce y quince años que efectúan a diario ejercicios militares, hacen las guardias y sorprenden por su desusado y grave sentido de la responsabilidad. Pero el frío y la falta de

mantas y alimentación para enfrentarse a las bajas temperaturas hacen estragos. Algunas enfermeras del Partido Comunista Internacional español, tratan de evitar el drama de un genocidio en puertas. Personas, camellos y cabras muertos constituyen el panorama diario de estos campamentos. Uno de sus responsables, Habib Allah confirma que la Cruz Roja Española se ha negado a ayudar a las organizaciones progresistas españolas a transportar los víveres y medicamentos que necesitan los refugiados. Si a esto añadimos los documentos de Franco y Cortina Mauri comprometiéndose a respetar el libre ejercicio de la autodeterminación de los saharauis creo que podría decirse que la actuación de nuestro gobierno ha sido de todo menos gloriosa. Sin embargo, en nuestras conversaciones con refugiados y militantes, no hemos podido detectar ni la mínima huella de rencor. Y eso que también nosotros somos españoles.

19 de febrero, 1977

Con el exterminio de un pueblo como telón de fondo, el noroeste de África se ha convertido en un inmenso polvorín. Y en el centro de ese inmenso polvorín, el Sahara.

Saharahuis y españoles son los únicos que saben moverse dentro de él. Pero a pesar de los éxitos de la guerra de guerrillas motorizada, numerosos polisarios prefieren todavía el camello porque, dicen, ataca y escapa mejor. Y si en el frente de combate uno de estos animales significa para su dueño la diferencia entre la vida y la muerte, en la retaguardia, cuando cae herido o muerto, significa todavía mucho más: Toda una partida de hombres, mujeres y niños puede alimentarse con su carne y paliar la falta endémica de proteínas. Además, su piel sirve para fabricar las jaimas o tiendas de campaña especialmente cálidas en invierno y frescas en verano.

20 de febrero de 1977

Ahora, nos dice Aziz, nuestra principal preocupación consiste en hacerles salir de sus agujeros. Ciertamente, la ofensiva desencadenada por los combatientes saharahuis ha forzado al ejército marroquí a encerrarse en las poblaciones más importantes del Sahara para evitar las permanentes emboscadas. Contra la opinión extendida entre los expertos militares que negaban la posibilidad de una lucha guerrillera organizada en el desierto, los polisarios han creado doctrina en esta materia. La flota de unos quinientos Land Rover y unos setenta camiones de las más diversas marcas (Magirus, Mercedes, Fiat, algunos todavía con matrículas españolas) recorren el desierto en todas las direcciones a la espera de algún movimiento marroquí o mauritano. Y cuando les encuentran, que les encuentran siempre, el ataque es rápido como una centella. Tanto, que cuando entran en el puesto enemigo destruido, la vida sigue funcionando todavía: una radio a todo volumen, la comida humeante, los pitillos de bromuro encendidos. Dicen los polisarios que a la vista de esos pobres soldaditos, sienten pena. Que cuando intentan levantar a los heridos, se les mueren entre los brazos. Y cuando intentan huir, todavía es peor. Ayer nos dijeron que un mismo disparo de bazooka había atravesado a cinco marroquíes que huían en fila, el primero quedó segado en dos partes. Entretanto, las balas trazadoras iluminaban la escena.

22 de febrero de 1977

Las mujeres desempeñan la mayor parte de las tareas materiales y organizativas de los campamentos. “Ahora ya no es como antes, en que cada uno vivía para sí. Ahora hay que vivir para la comunidad” explica Laila, ex maestra en el Aaiún, en una de las frecuentes asambleas femeninas de los campos de refugiados. Periódicamente, llegan los responsables políticos de alto nivel para reforzar la tarea de los instructores. “les explicamos que habrá que hacer varias revoluciones,

porque la revolución no se termina con la independencia”. En las conversaciones con refugiados y militantes no existe el menor asomo de rencor hacia los españoles, aunque Majed al- Aasi asevera: “España es el primer culpable de lo que está pasando”. Se discute ahora en la guerrilla la táctica, que algunos sectores consideran errónea, de haber estimulado a la población a abandonar sus tierras convirtiéndose en un pueblo de refugiados. Existen tendencias que preconizan la creación de un “septiembre negro” polisario que inicie operaciones espectaculares en las principales ciudades marroquíes para desmentir la propaganda oficial de Hassan II de que no existe oposición saharauí a la anexión a Marruecos. Y por si fuera poco, la guerra entre Marruecos y Argelia que amenaza cada día. Con el exterminio de un pueblo como telón de fondo, el noroeste de África se ha convertido en un inmenso polvorín.



La gente de la profesión dice que todos los medios son buenos para llevar a cabo un buen reportaje, incluida la paciencia. Buenos escondrijos y paciencia son cosas que forman parte de sus métodos de trabajo o, como dicen en el oficio, “rinden”. Pero no todo resulta ser paciencia. A veces es posible escribir un buen reportaje con muy poca paciencia. Se habla mucho de la suerte y es cierto que la suerte existe; pero sólo la que uno busca, la que una provoca y persigue hasta que se digna a responder. Y entonces, cuando llega, hay que saber explotarla. En aquella primera misión, no sé si lo logré, pero lo que sí sé es que resultó todo bastante anónimo porque, para empezar, no me gustaba ir diciendo por ahí que era periodista. Como mujer, ya sabes, hubiera tenido que explicarlo una y otra vez cosa que, la verdad, me enfurecía. Así pues, prefería adoptar el papel de simple observadora. Fui

contando las noticias como hubiera contado mi jornada de trabajo: todo lo que ví y todo lo que oí. Bueno, casi todo.

El reportaje de **Q.**, apareció dos días después del regreso a Madrid: cinco columnas en primera página que se convirtieron en el bombazo del año. Uno más.

La novedad fue que a mí me importó mucho menos de lo que yo temía. Durante los tres o cuatro días siguientes conseguí dormir todas las noches ocho horas seguidas: justo hasta que el rechinar de la persiana metálica del bar de enfrente con el silbido sandunguero del portero de la finca atado al dedo meñique como si fuera una cometa, espolvoreaba mis oídos. En ese mismo instante, se me escapaban los sueños por las orejas y por más que intentaba meterlos, gesticulando, debajo de las sábanas, tenía que darme por vencida al cabo de pocos minutos.

Sonaba el teléfono. Él, otra vez.

Quince: Agonía en el limbo.

- Escúchame te digo y escúchame en serio: durante estos años me las arreglé como pude y quiero que sepas que no he vuelto a necesitarte para nada. ¿Que tú no tienes la conciencia tranquila? pues ese es tu problema. ¿O es que, de verdad, habías llegado a pensar que nosotros, tus pobres satélites, no podríamos vivir sin el calor de tus rayos? Ah, ya sé, olvidé que tú también formas parte de ese grupo de grandes hombres que sólo hace quince días entendió por fin qué significa eso del pragmatismo y se cree en el deber de recordárselo a los demás con el único fin de hacerse perdonar sus viejas culpas sin tener, eso sí, que pagar por ellas

Me había llamado para saber si podríamos volver a vernos y, lo reconozco, ésta, la mía, no era la mejor manera de empezar. Pero quizás mi brusquedad fuese tan sólo una forma de hacerle pagar por su indiferencia. De manera que sí, antes de hacer las paces como él quería, necesitaba atacarle de algún modo y mostrar que no estaba dispuesta a dar nada a cambio. **Q.** no contestó: pero volvió a respirar muy fuerte, como solía, desde el otro lado del auricular - o a saber desde dónde - antes de preguntar:

- Llamaba sólo para saber si podíamos vernos...

Y yo,

- Perdona, debe ser...

Me interrumpí, pero estuve por decir: esta manía que tenemos todos de dejar las cosas a medias, de arrepentirse sin hacernos responsables de los desperfectos lo que me encorajina tanto. Pero, por supuesto, nada me hubiera parecido tan inútil como intentar justificar mi brusquedad sólo porque a él le diera por recalar de nuevo en la superficie de mi cuerpo celestial de un tiempo a aquella parte, tan opaco.

- Nada, perdona. Sí, claro ¿A qué hora?

Pensamos que los cambios ocurren repentinamente, pero incluso yo fui capaz de descubrir la verdad: la lucidez puede ser salvaje y arbitraria pero nunca es repentina.

En el restaurante preferido de **Q.**, me levanto para brindar por el primer día del resto de nuestras vidas. Al hacerlo, engancho la punta del mantel y tiro uno de los platos al suelo. El sonido, contra el suelo de granito se multiplica bajo la bóveda. **Q.** me mira a los ojos y después se levanta y tira también el suyo deslizándolo hacia el borde de la mesa.

Hubo signos, señales / pero qué hacer si no eran comprensibles.

*

Enseguida me doy cuenta de que, ya sin fuerzas, acabo de desplomarme en el suelo y sólo aquí, durante un instante, puedo cruzar la frontera de piel hacia sus recuerdos, hacia ese tiempo que pasamos juntos. En el muelle de sus veinte años, ojos húmedos como algas, su espalda fresca y morena bajo la blusa de gasa. Sus preguntas. El olor de su jabón de avena en el cuarto de baño. Su vientre plano, sus piernas escurridizas...pero ¿por qué todo eso ahora? Ya veo, como si morir no fuera del todo una cuestión personal – pero ¿es que me estoy muriendo? - sino una trama amorosa. ¡Todo es tan distinto ahora! Se diría que el ocaso alumbrase por sí sólo el cielo, justo por encima de las copas de los árboles mientras ella, en la barquita del Retiro, imaginase las estrellas como bolitas de anís disolviéndose, una a una, dentro de su boca. Y también los chopos plateados de sombras negras que daban sobre el camino y el cielo, entre la luz y la tormenta; un trueno que se anunciaba sordo como una campanada vieja. Su mano en mi brazo, la mía, volando sobre su pecho. Y la imposible alegría de volver al apartamento en la oscuridad de la tarde...

Aquí es donde por fin largo el ancla irremediabilmente. La mar se encrespa. Me aferro a la borda y floto.

*

La muerte no existiría si mantuviésemos, al menos, un recuerdo de la vida. Pero un recuerdo así no sobrevive si no le utilizamos bien. O como hubiera dicho Clara: cuando ya no poseemos la vida, pero sí el recuerdo de lo que

hemos vivido, entonces ha llegado el momento de cantar un tango. Nada de boleros, un tango.

*

No me asusta cosechar oscuridades. Agujereo con los ojos el velo de mis párpados, los papeles desperdigados por el suelo, las patas de una lámpara de latón, como de camarote de barco, que relucen a unos centímetros de mi nariz. Objetos que se convierten en oscuros presagios ante mis ojos paralizados por el peso de una extraña luz. Una luz que, desde afuera, moldea mi cuerpo en bronce y me hunde en un charco amarillo que despierta la curiosidad de los pocos que pasan: ahora siento que uno me mira, otro se aleja, los dos se inquietan y comprendo que el mundo sigue girando porque, desde algún lugar, tú vigilas. Pero si, accidentalmente, tú te desvanecieras, este mundo, créeme, desaparecería contigo. Se perdería en un torbellino de pesadillas y daría en tropezar con recuerdos imposibles, caería sobre nuestras cabezas, y nuestras cabezas con él, segadas como repollos tronchados.

Pero de momento, aquí estamos. Mis colegas, por fortuna, no me han visto. O bien han hecho como si no me vieran para no violentarme. O porque a lo peor se creen que estoy borracho. La oportunidad no es cosa que esté disponible en todo momento para cualquiera y relacionarse con los demás es un verbo que no se conjuga fácilmente. Resumiendo: que la gente pasa de largo. Lo percibo y en lo cóncavo de mi conciencia algo se pone a funcionar a fuego lento pero no consigo articular palabra ni siquiera para pedir auxilio. ¡Auxilio! Y cuanto más me esfuerzo, más profunda se hace la oscuridad. Polvoriento. El aire que se niega a entrar en mis pulmones es polvoriento.

*

Algo muy difícil de captar con palabras está ocurriendo. Como si se fundiesen los focos que iluminan la escena donde yo me encuentro lo que no quiere decir, en absoluto que cese mi intuición - que es una especie de visión ultravioleta. Simplemente, se va la luz y me siento flotar en el vacío y mis antiguas vivencias flotan conmigo como altísimos cirros planetarios. Lo curioso es que no es su altura lo que ahora me pilla por sorpresa.

Había una vez en Madrid las noches en la terraza de su apartamento. El apartamento de Q. en la calle San Bernardo...

Había empezado casi sin notarlo, y ahora estaba embarcada en una búsqueda que nunca había buscado. Durante algunos años, después de nacer tú, intenté olvidarme de todo – y lo conseguí bastante bien. Ya sabes, tener un hijo es la mejor forma de volver a ser. Breve, pero forma al fin. Lo intenté, ya digo, lo de olvidar. Claro que olvidar, olvidar no era precisamente la palabra. Olvidar es un verbo ambiguo: no consiste en negar lo que ha ocurrido o pretender que le había olvidado, simular que no lo añoraba o aparentar que mi vida había seguido adelante como si nada desde el día que le perdí. Nos perdimos.

Podría. Podría haberlo hecho, pero no me dio la gana. Sin contar, claro, que tú habías nacido. Olvidar significaba además y, ante todo, aprender a vivir como una mujer del montón, alguien que nunca le hubiese conocido. Pero, a esa clase de estímulo, yo no estaba dispuesta a renunciar. Cuando me fui, y después de los primeros meses de desconcierto, decidí que trataría de inventarme una vida a solas – a solas pero contigo- donde las famosas

pequeñas cosas que, según decían, se encontraban al alcance de cualquiera, me ayudarían a sobrevivir. Me convertí en una especie de espora, tú sabes, esos corpúsculos reproductores de algunas plantas: semilla recogida y con corteza. Clausurada.

Para mi sorpresa, aquello resultó si no fácil, bastante llevadero: me sentía protegida, auto-protegida para ser más exacta. Cierto, todo lo que me propuse conseguir entonces, era de una insulsez supina al lado de lo que alguna vez pude conseguir a su lado, pero había llegado a una situación en la que excepto cuidarte, nada de lo que hacía me importaba un carajo. ¿La tesis? Pero ¿a quién podía importarle lo que yo, una recién licenciada sin experiencia, pudiera hacer o decir acerca del origen de unas pocas palabras? o ¿Cómo podía importarme a mí, después de haberle conocido, lo que pudieran opinar de mi trabajo una patulea de cretinos por muy profesores universitarios que fueran? Ya te digo, me inventé la vida de una mujer sola, madre por más señas, que contaba sólo consigo misma para salir adelante.

Al cabo de dos o tres años, conseguí mi primer trabajo fijo en la agencia: iba y venía y no llegaba a ninguna parte, pero siempre regresaba... sin dejar de pensar en él.

Hasta que se presentó la oportunidad de viajar al Sahara.

Tuve la esperanza, creo que ya te lo he contado, de que al volver a Madrid todo sería diferente. No fue difícil creerlo, la verdad. Además, en todo el tiempo que tú y yo pasamos solos, ni una sola vez perdí esa esperanza. Había huido, de acuerdo, pero en mis adentros sentía que era sólo un paréntesis, que todo aquel volar alrededor se terminaría cualquier día con el correspondiente alunizaje. Sabía que, de momento, la felicidad no necesitaba apretar el paso porque estaba plantada más allá, en alguna luna. Y esperaba.

Así que nada me tranquilizó tanto como aquella llamada y la consiguiente invitación a cenar.

Te juro que ese era el momento que yo había elegido para hablar de ti. No pudo ser. Y si no me diera tanta vergüenza te contaría por qué. O si, por lo menos, creyera que tú ibas a entenderlo. Si fue por suponer que, según se rumoreaba, él disponía ya de un nuevo satélite, una italiana llamada Mila; si fue por las prisas, al darme yo cuenta que muy a duras penas había conseguido hacerme un hueco antes del cierre de la edición; si por la forma aquella suya de despedirse, a través del cristal, mientras el ascensor empezaba a bajar: agitando la mano igualito, igualito que la reina de Inglaterra. Lo supe, me di cuenta enseguida: mi amor no se parecía ya más a mi amor, ni yo a mis esperanzas.

¿Te cuento cómo fue?

Yo estaba cansada; es cierto que estaba muy cansada. Me había pasado el día en la calle trajinando de un lado para otro. Hablando, haciendo entrevistas y sonriendo hasta que empezaron a dolerme las mandíbulas. Pero como las cosas, es cierto, habían funcionado más o menos bien, me dije que merecía un descanso. Cuando volví a casa me metí en la bañera con un buen puñado de sales de lavanda y, tomé un largo trago de vino. Bueno dos. Ya sabes lo que es eso: una se dice que es sólo un vino y no piensa, mejor dicho, hace como si no pensara en el resto. Que ¿cuál es el resto?, la placidez, esa falta de prevención que te hace olvidar los límites. Así que digamos que fue porque estaba cansada y me había bebido media botella de Ribera pero, nada más verle, me di cuenta enseguida de que no le reconocía, que en realidad, aquel hombre, no era más él, quiero decir, el que yo recordaba. No era Q., seguro que no era, pero no sabes la zozobra de creer que sí y de hacer como si yo tampoco hubiera cambiado y él siguiera igual; de imaginar cómo sería volver a hacer el amor con él ahora que sabía

cómo hacían el amor los demás; de preguntarme por qué no podía decirle, no podía contarle lo tuyo; de pensar alguna forma de volver al punto exacto en donde lo habíamos dejado hacía cinco años. No sabes la cantidad de cosas que hubiera tenido que explicarle. No sabes el alivio y la desilusión cuando, a todo correr, me tomó y me dejó sobre aquellas sábanas revueltas y luego, no tan de repente sino con toda premeditación y alevosía, me dijo que tenía que volver al periódico, que le acompañase y que, mejor, dejáramos la charla para otro día.

Creo que fue esa noche cuando volví a llorar, después de mucho tiempo. La noche en que me di cuenta de que él se estaba disolviendo como yo me disolvía y que, pronto, no quedaría de él ni de mí otra huella que no fuera la tuya. Comprendí que la esperanza era una forma extrema de ingenuidad, una forma infantil de aguardar, no el futuro, sino el regreso del ansiado pasado, un modo desesperado de avivar las huellas que se borran. Comprendí también que él, como tantos otros inocentes, nunca sabría lo que había hecho y que sólo por eso, porque nunca sabría, la víctima de su irresponsabilidad sería apenas una agonía más en el limbo.

El caso es que no sé por qué creí que, aquella vez, iba a ser capaz de decírselo. No sé si lo creía, realmente.

*

Es curioso cómo el tiempo finge correr cuando en realidad no se mueve.

Como si hubieran comprendido de pronto que me estoy muriendo, algunos vivos se acercan a mí y siento que intentan, de forma instintiva, mantenerme entre ellos en nombre de no se sabe qué desdichada caridad.

No será desde luego ninguno de los guerrilleros a cuya cita secreta ya no podré acudir, pero están aquí de pie, observando mi rostro en silencio. Siento, y no sé cómo lo siento, que en mis labios se dibuja una media sonrisa de reconocimiento. Pero la muerte me tiene cogido por el cuello y no doy más de mí. Voy saliendo de la vida. Mi alma me lleva consigo.

Nieblas como sueños, gotas viscosas de un pasado que no acaba de disolverse, papilla de años de la que uno querría librarse y no puede. Cada segundo, cada décima de segundo que pasa, los recuerdos se derriten en mi mente como el maquillaje de una puta, entre regueros de sudor.

Me levantan, me envuelven.

Cada vez más, deshilachadas gasas cruzan débilmente por debajo de mis párpados. En algún lugar en el centro de mi cráneo veo serpentear las letras de tu nombre, Clara, fantasma lluvioso. ¿Qué ibas a decirme?

Ahora lo sé: dentro de poquísimo todo habrá terminado y ese es mi único consuelo. Y también, en cierto modo, mi única curiosidad porque ¿cómo será el final? quizá una caída infinita acompañada de algún alarido silencioso... o bien un borrarse, un despintarse del todo bajo el aguanieve de la nada? Lento, más lento... la niebla parece disolverse con lentísima pereza, después se aquieta y permanece. Quedan de ella jirones, recortes y despojos de la misma basura galáctica que, hasta hace bien poco, recorrí. Pero, ya crece, se extiende, araña detrás de la nuca...sí, el dolor de nuevo, el trepidante dolor - ¡me estalla la cabeza! – que no se me haría tan doloroso si no hubiera tanto silencio.

El martes 23 del mes de agosto de 1977 embarcaron en el último vuelo de Iberia al continente americano. Unos días después envió la que sería su última crónica: “*Las hermanas patrias*” que se publicaría póstumamente el 10 de septiembre en el número 300 del *Diario*, su nuevo periódico.

Me llamó por teléfono nada más llegar a Lima. Fue la primera vez. No recuerdo que nunca antes lo hubiera hecho: la única y última vez que escuché su voz desde el otro lado del mundo para decirme que estaba bien y tú, Clara – me llamó Clara - ¿no tienes nada que decirme? Que volvería “enseguida”. Enseguida, repitió.

También recuerdo con absoluta nitidez el desolado tono de voz y las palabras textuales del locutor de Radio Nacional aquel primero de septiembre, domingo, frente al mar, en lo alto de la isla de la Magdalena. “Ayer, en la ciudad de Lima ha muerto **Q.**, corresponsal permanente del *Diario*. Durante las últimas 72 horas fue mantenido con vida gracias al respirador artificial que fue desconectado a las 19 horas, hora local, seis horas más en España”.

Q. había dejado de existir.

El dolor me ocupaba demasiado tiempo. Pensaba en él: sin querer, sin proponérmelo: Cómo habría sido ese momento en el que un hombre como **Q.** que había cumplido 37 años – libre, independiente, hijo de la menor de once hermanos y de un hombre trabajador en las oficinas de la empresa eléctrica FADESA - decidió empezar a morirse en la noche de un jueves, primero en el salón del hotel Milton y luego, en aquel hospital sombrío de muros y ventanas chiquitos que dominaba con su misterio la salida sur de la ciudad de Lima, renunciando a todo lo que había hecho hasta entonces o incluso sido hasta ese momento, preparándose para olvidar incluso los planes más secretos, entre ellos, los contactos con los líderes de cierto

movimiento guerrillero especializado en secuestros en Lima y en otras ciudades del país.

Trataba de pensarlo, imaginarlo acostado boca arriba en una cama, cubierto por una sábana hasta el cuello y conectado a la máquina que insuflaba aire en sus pulmones al ritmo pausado de un indicador rojo hasta que la leve señal de una temblorosa línea, única prueba del encefalograma plano, apareciera en pantalla y me preguntaba, me lo preguntaba en serio - en algún momento de descuido llegué a pensar incluso que a fuerza de amarle tanto ya tenía que saberlo - cómo habría sido el momento de darse cuenta que se estaba muriendo sólo y que no había, porque no lo había habido nunca, nadie que pudiese ayudarlo. ¿Golpearía, quizá, un rayo entre sus ojos con la fuerza de una convicción que no podía contrariar y que venía a decirle que así había sido su vida y que así era ahora su muerte? ¿O por el contrario, se trataría de un proceso tan lento, tan gradual que no podría fijarse en un momento dado sino en la sucesión interminable de momentos en que fue aceptando que aquella escalera sólo descendía, que por más que buscara los peldaños, con un estupor desconcertado, no encontraría bajo las suelas sino una masa de nubes y tinieblas? ¿Cómo decide un hombre, una mujer, morir una muerte que no se parece en nada a las muertes que conoce, porque es suya, la única, la sola innombrable? ¿Cómo, con que fuerzas, con qué convicciones, decide uno que va a vivir una muerte para la que nada lo había preparado, una muerte tan radicalmente distinta a todo lo que siempre había pensado que sería su muerte, tan lejana?

Gritaba, yo gritaba y me emborrachaba. Pasé dos días completamente borracha a pesar de acabar rendida y sintiéndome como una idiota; y, al tercero, reconocí por fin, que quizás lo nuestro había sido, sí, como los amores verdaderos, un enamoramiento que nada justificaba y, que por su propia falta de razones, fue mucho más auténtico.

Ese mismo día, un poco más tarde, me acerqué a recibirle a Barajas. Desde allí, lo trasladaron a un tanatorio recién construido en el centro de la ciudad. Me dio miedo ir. Pensé que la razón que justificaba mi ausencia allí, entre las coronas del Frente Polisario y de sus amigos, los Montoneros argentinos, era, en el fondo, la misma falta de razones. Pero no hubiera podido soportar el imaginado desfile de sus viudas, embajadores, artistas... dejándose ver.

Aún así, me acerqué hasta allí pero no quise entrar; claro que tampoco hubiese podido porque no había sitio. Pero no me moví de la acera de enfrente hasta que el cortejo fúnebre, con el capote de Diego sobre la grupa de su brillante ataúd, puso rumbo al cementerio.

De pronto, me golpeó como un rayo la pena y no pude soportar –no quise soportar –que hubiera llegado al final de sus días sin conocerte, y quise imaginar que, de alguna manera lo había lo había intuido - *y tú Clara, ¿no tienes nada que decirme?* – al otro lado del hilo y por primera vez en nuestra historia. Entonces me construí un guion en el que él habría estado clamando –en silencio clamando, en un murmullo sordo, como clama la gente de su clase- por una respuesta, ese momento perfecto en que todas las dudas se desvanecen. Quien clama por una respuesta así, me dije, no hace más que ir diseñando esa respuesta, hasta que, de tanto esperarla, puede llegar a adivinarla sin sospecharlo siquiera. Y eso es lo que le pasó a él.

Oh, si en un momento inventé todo tipo de justificaciones -seré tonta -: creé todo tipo de imágenes, muchas pequeñas historias que relataban ese episodio nuestro que, ya por entonces a él le parecía tan ajeno. Algunas eran de una banalidad extravagante, me avergonzaban; otras diseñaban situaciones groseramente extraordinarias. Y, finalmente, decidí que lo más

parecido a una realidad posible era aquella que lo mostraba un veintinueve de abril, la tarde que abandoné definitivamente el apartamento de San Bernardo, inclinado hacia mí, saboreando mis lágrimas como si fueran de caramelo. Él habría cerrado los ojos con cierta furia resentida para no seguir contemplando mi tristeza y entonces habría oído las bromas tontas de sus compañeros que le decían que, si seguía conmigo, cualquier día le acusarían de corruptor de menores y habría entendido que, aunque eso ya no fuera posible, más le valía recoger velas no fuera a complicarse su, hasta entonces, tranquila existencia. Y, al cerrar la puerta a mis espaldas, se habría tapados los oídos con las manos para no oír mi llanto y entonces, justo entonces, habría olido los olores mezclados de mi sudor y del jabón de avena y las sales del agua y se habría dado cuenta que esa última vez y la anterior, y en realidad desde hacía casi dos meses, habíamos estado haciendo el amor sin ninguna precaución, vamos que no me había visto utilizar el diafragma y, entonces, habría fruncido las narices para dejar de oler, para dejar de recibir “ese” mensaje – faltaría más que la hubiese dejado preñada – y entonces, en ese mismo instante, habría sentido una especie de espasmo a la altura del plexo y un sudor frío, muy frío y el rechinar de sus dientes diciéndole que siguiera su camino, que por ningún motivo volviera la vista atrás no fuera a convertirse en la estatua de un padre de sal.

Me habría gustado pensar que entonces, como si de verdad todo esto fuera una novela de amor, el joven y aguerrido periodista que ya era para entonces **Q.** se apoyó en la pared y dudó, al menos, un instante. Pero en el fondo no me lo creía; lo que sí creía, es más, estaba completamente segura de ello, es que, si las hubo, consiguió ahogar todas sus dudas. Aun así, me sorprendí algunas veces pensando - lamentando - no haber podido confirmarlo nunca.

Pero entonces me decía, por supuesto, me decía que no podía haber cosa que me importara menos.

La escena imaginada de lo que sucedió cuando Q. cerró aquella puerta, siguió repitiéndose dentro de mi cabeza – y también mis dudas sobre el fin de las suyas. ¿Qué hubiera hecho él? ¿Cómo te hubiera querido?

Pero eso, estaba claro, ya nunca podría preguntárselo.

*

Y sí, según me contaron después algunos de sus amigos, allí estaban todos: eran las seis en punto de la tarde cuando en el cementerio de Camino Alto sonaron las primeras palabras de tierra contra la madera del ataúd, contra las flores, contra los sollozos que pautaban el seco sonido de las paletadas. Allí estaban sus compañeros de viaje, de tertulias, de copas y parranda; las mujeres que le amaron, los amigos que le quisieron. Estaban todos- insistían los periódicos – y caía un sol de justicia.

Todos menos yo. Todos menos tú y yo.

*

Esto es una carta de Lilith a C. que envía a su casa después de su muerte, para que la lea su hermano o quien sea. Ella no va al cementerio.

GUARDAR (esto es para el DINA de la novela)

Mientras iba tomando notas, me esforzaba sin aparentarlo en modo alguno, por analizar los extraños efectos que tu desaparición tan

dolorosa para cada uno de nosotros, había desencadenado también en mí. Sentía por tí, como creo haber dejado dicho, una admiración e incluso un entusiasmo inexplicable que si excluyo la hipótesis de la pura pasión, sólo podría entenderse por la presencia, tras el velo de las convenciones sociales, de una verdad nunca declarada y que en cierto modo había tratado de disimular: los celos. Y es que yo, no sólo había querido nacer hombre, sino que hubiera querido ser tú por lo que tu muerte me dejó en la situación de quien presiente que un fuego brilla en el fondo de la bruma, apenas luz de gas, y sobre el que una se pregunta si no lo habrá también soñado cuando de repente lo comprende todo, comprende que la pregunta que se ha estado haciendo no es la correcta. Y no lo es porque en ningún caso resulta correcto afirmar que nadie, y mucho menos tú, tenga la más mínima posibilidad de ser inocente.

Recuerdo tu sonrisa en aquella foto de luz quemada tomada al final de tu estancia en Eritrea mientras, supuestamente, andabas desaparecido y todos te buscábamos, sentado a la puerta de un chozo y sonriendo a cámara con las manos cruzadas sobre la hebilla del cinturón ¡Parecías tan contento! Y una más, también en Eritrea, en el hueco de una ventana, con las paredes enjalbegadas de un lado y el valle en el otro, leyendo tranquilamente un libro. O aquella otra, publicada en los periódicos, a pie de avión en el aeropuerto de Barajas, a punto de despegar definitivamente, con la cámara al hombro y el hombro pegado al Cesar.

Sí, me introduje en tu historia sin saber que saldría de ella con la sensación de haber estado inmersa en una vida que no me correspondía, en una trama que se remontaba a doce años atrás y con un dolor insoportable en el pecho lleno de frases y momentos ajenos, como si alguien, tal vez tú mismo, me hubiese despertado de un portazo y, apenas un minuto después, me fueras imposible recordar las pesadillas que me

habían impedido respirar durante el sueño. Y ahora, bueno ahora sigue siendo difícil ordenar lo poco que aún retengo entre mis manos: tus besos, una historia, algunas imágenes robadas. Imagino que ésta fue la razón principal que me hizo acudir a..... Vera o a Abiye para pedirles ayuda. Hablábamos de lo mismo: cómo aprender a vivir sin tí, cómo seguir vivos a partir de entonces. Humanos, al fin y al cabo, nos dedicamos a la infelicidad ¡con tanto ahínco! Pero, aún así, este indecible dolor, no dejaba de sorprendernos. Se diría que somos incapaces de entender por qué nos abandonan, ni siquiera los muertos. Y aunque comprender el origen de estas adversidades no nos inmuniza, no dejo de pensar que esta comprensión bien hubiera podido constituir la base de nuestra liberación porque es lo único que hubiera podido garantizarnos cierta sabiduría acerca de cuáles son nuestras limitaciones, cual es la amarga lógica que opera tras nuestro sufrimiento. Sin embargo, sobre esto como sobre todo lo demás, nunca quise hacerme la más mínima ilusión porque con frecuencia el sufrimiento nos empuja en una dirección que no nos enseña nada nuevo, hacia una región en la que vivimos sujetos a otros fantasmas, o quizá los mismos, y en la que nos son permitidas menos ilusiones que si, de entrada, nunca hubiésemos sufrido. Esta pudiera ser una de las razones por las que me temo muy mucho que esta historia esté repleta de lo que podríamos llamar “malas víctimas”, pobres almas traicionadas que no han extraído lección alguna de ese mal que es la traición y que, de hecho, como Abiye, Vera o incluso yo misma, tienden a reaccionar dedicándose a una amplia gama de ruinosos mecanismos de defensa que van de la arrogancia al autoengaño, de la insensibilidad a la rabia.